

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador
Departamento De Sociología Y Estudios De Género
Convocatoria 2022 - 2024

Tesis para obtener el título de Maestría En Sociología

LOS HILOS QUE NOS UNEN: MUJERES INDÍGENAS EN LA CONFECCIÓN
DOMICILIAR DE OTAVALO

Cachimuel Aguilar Dayana Lisbeth

Asesora: Vega Solís Cristina

Lectores: Marega Magali Del Valle, Carrión Diego

Quito, febrero de 2025

Dedicatoria

A mis padres, Luz María Aguilar y Segundo Cachimuel, por estar siempre a junto a mí y apoyarme en todo momento.

Índice de contenidos

Resumen	8
Agradecimientos	9
Introducción.....	10
Capítulo 1. Condiciones de vida y relaciones de parentesco dentro de la confección domiciliar: un acercamiento desde la teoría.	13
1.1. Estado de la cuestión: confección domiciliar	13
1.2. El trabajo domiciliar: un acercamiento desde las teorías feministas y los estudios de género.	17
1.2.1. Interrelación entre lo productivo/ reproductivo y lo afectivo/económico	18
1.2.2. El trabajo a domicilio y la confección	20
1.2.3. Feminización del trabajo textil domiciliar.....	23
1.2.4. La confección domiciliar como parte de la economía informal	25
1.2.5. Legislación Laboral sobre trabajo a domicilio: América Latina y Ecuador	27
1.3. Trabajo domiciliar y relaciones de parentesco	28
1.3.1. La familia y la comunidad	30
1.3.2. La familia como la base de la estructura productiva en el caso otavaleño	32
Capítulo 2. Un antes y un después del sector textil y la confección domiciliar. Contextualización y estrategia metodológico.....	34
2.1. Aspectos contextuales de la industria textil y la confección domiciliar.....	35
2.1.1. Caracterización del sector textil otavaleño	38
2.1.2. Los obrajes en Otavalo	40
2.1.3. Primeras fábricas: modernización del sector textil otavaleño	42
2.1.4. Del trabajo artesanal a la producción textil “industrial”	44
2.1.5. De fibras naturales a insumos artificiales	46

2.1.6. Migración en la transformación del textil otavaleño	48
2.1.7. El sector textil actual: un preámbulo	49
2.2. Estrategia metodológica	50
2.2.1. Observación participante	52
2.2.2. Entrevistas	55

Capítulo 3. Redes de parentesco y transformación del sector textil en las trayectorias laborales y de vida de las mujeres indígenas otavaleñas en la confección domiciliar.....57

3.1. El inicio en el mundo laboral y de confección textil.....	58
3.1.1. Una temprana inserción en el ámbito laboral y la economía familiar	59
3.1.2. El primer paso en la confección: talleristas	63
3.1.3. El primer paso en la confección: de comerciantes a confeccionistas	68
3.2. “Mi propio taller”: confeccionistas domiciliarias	70
3.2.1. Confeccionistas domiciliarias a destajo.....	73
3.2.2. Confeccionistas domiciliarias y comerciantes.....	75
3.3. Relaciones de parentesco en la dinámica de confección textil de Otavalo	77
3.3.1. Las redes de parentesco: el boleto de entrada a la confección	78
3.3.2. Las redes de parentesco en la confección domiciliar	79
3.4. Cambios en el sector textil otavaleño.....	81
3.4.1. Las máquinas de coser	83
3.4.2. Cambios constantes en los productos textiles.....	85
3.4.3. Las zonas de comercio.....	88
3.5. Conclusiones del capítulo.....	90

Capítulo 4. El taller/hogar: superposición de los espacios de producción y reproducción en la confección domiciliar.....92

4.1. Las mujeres kichwa-Otavalo en la confección domiciliar	93
---	----

4.1.1. La inserción del taller al hogar: el lugar de trabajo de las confeccionistas	94
4.1.2. Superposición de tareas productivas, reproductivas y comunales.....	100
4.1.3. Consecuencias de la organización del trabajo en los cuerpos de las confeccionistas	108
4.2. El precio de la dependencia.....	114
4.2.1 Horario de trabajo y remuneración.....	114
4.2.2. Una dinámica de trabajo inestable.....	117
4.3. Mujeres kichwa-Otavalo confeccionistas, madres y amas de casa.	119
4.3.1. Los significados que las mujeres dan a su trabajo y sus roles en el hogar	120
4.3.2. Sueños y aspiraciones personales	125
4.3.3. Taller de confección Siray en Cuatro Esquinas	128
4.4. Conclusiones del capítulo.....	131
Conclusiones generales	133
Bibliografía	138

Gráficos

Gráfico 3.1. Dinámica de producción y comercio de textiles	58
Gráfico 3.2. Trayectorias laborales de las mujeres confeccionistas al instalar su propio taller	72

Mapas

Mapa 2.1. Otavalo y sus parroquias	38
--	----

Fotos

Foto 3.1. Máquinas de coser industriales	83
Foto 3.2. Prendas producidas y comercializadas por Efraín	87
Foto 3.3. Puestos de venta de prendas étnicas en la Plaza de Ponchos	89
Foto 3.4. Feria de textiles del mercado Copacabana.....	89
Foto 4.1. Taller de confección en la comunidad de Huayco Pungo.....	97
Foto 4.2. Sara en su casa/taller preparando el almuerzo para su familia.....	98
Foto 4.3. Francisca preparando la mercadería confeccionada.....	99
Foto 4.4. Confeccionista en su hogar/taller.....	110
Foto 4.5. Taller de confección de Elena	121
Foto 4.6. Clases de confección en el taller Siray de Cuatro Esquinas.....	129

Tablas

Tabla 2.1. Estructura de empresas del sector textil ecuatoriano año 2020	36
Tabla 2.2. Ranking de cantones que concentran unidades productivas confeccionistas 2020	37
Tabla 2.3. Estructura de empresas del sector textil otavaleño, año 2020	39
Tabla 2.4. Unidades de producción domiciliar analizadas en la investigación	53
Tabla 3.1. Número de hogares que se dedican a la producción de ropa en Otavalo.....	82

Declaración de cesión de derechos de publicación de la tesis

Yo, Dayana Lisbeth Cachimuel Aguilar, autora de la tesis titulada “Los hilos que nos unen: mujeres indígenas en la confección textil domiciliar de Otavalo”, declaro que la obra es de mi exclusiva autoría, que la he elaborado para obtener el título de maestría, concedido por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador.

Cedo a la FLACSO Ecuador los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, bajo la licencia Creative Commons 3.0 Ecuador (CC BY-NC-ND 3.0 EC), para que esta universidad la publique en su repositorio institucional, siempre y cuando el objetivo no sea obtener un beneficio económico.

Quito, febrero de 2025



.....
Firma

Dayana Lisbeth Cachimuel Aguilar

Resumen

La presente investigación busca analizar el modo en que las transformaciones de la producción textil y las relaciones de parentesco influyen en las condiciones laborales y de vida de las mujeres indígenas otavaleñas que trabajan como confeccionistas domiciliarias. Con los testimonios de las mujeres y mi participación directa en el trabajo de confección construyo las trayectorias laborales de las mujeres que se insertan en este sistema de trabajo e identifico a las redes de parentesco como uno de los principales mecanismos de inserción laboral y al mismo tiempo un recurso importante que mantiene la dinámica de trabajo de estas mujeres.

Dentro de los talleres, analizo el medio ambiente de trabajo en el que viven las mujeres indígenas de la ruralidad y las consecuencias de estas condiciones y la superposición de tareas relacionadas con el ámbito productivo, reproductivo y comunal sobre sus cuerpos y los de su familia.

Reconozco que los cambios desarrollados en la línea de producción, la entrada de nuevos insumos y la influencia de las tecnologías de la información han resultado en un creciente número de unidades domésticas indígenas que se insertan en la producción de prendas ordinarias de bajo costo y menor calidad que se ajustan a las tendencias de moda emergentes. Esta situación ha derivado en una mayor competencia, la devaluación del precio de los textiles y ha obligado a las mujeres indígenas a asumir cada vez mayores cargas de trabajo para sostener a la familia. Frente a la necesidad de obtener los ingresos suficientes para el hogar, las confeccionistas han tenido que ocupar la mayor parte de su tiempo en el trabajo, lo cual ha resultado en la reducción de su participación en el ámbito comunal y las tareas agrícolas.

Agradecimientos

A mi familia (Luz María, Segundo, Diego y Margarita), por apoyarme en cada paso de mi vida académica. Gracias por enseñarme que la educación es una herramienta importante para afrontar la vida. Ustedes me dieron el valor y la fuerza para lograr cada objetivo.

A Milton Peña por su paciencia y amor incondicional. Gracias por aparecer en mi vida.

A mi amigo y profesor Diego C. por impulsarme a seguir la maestría y acompañarme en este proceso académico incluso desde la distancia. Gracias por creer en mí.

A Cristina Vega, por su amistad, paciencia y mentoría, que fueron vitales para el desarrollo de mi investigación.

A las grandiosas mujeres confeccionistas que me acogieron en sus hogares y las muchas otras confeccionistas y comerciantes que me contaron su historia.

Introducción

Otavaló es reconocido como uno de los centros de producción textil más importantes del Ecuador desde la época de la colonia. En esta región se instalaron los primeros obrages de la Real Audiencia de Quito: los españoles se inspiraron en el trabajo artesanal que los indígenas manejaban en el incario y aprovecharon sus saberes ancestrales. Luego, a inicios del siglo XX varios sucesos entre ellos, la introducción del ferrocarril, la entrada del Ecuador en los circuitos de comercio interregional y la reducción de las importaciones como resultado de las Guerras mundiales permitieron un crecimiento importante de la demanda de textiles nacionales (Rivera 1978). El crecimiento del sector productivo y comercial ecuatoriano estimuló una mayor inversión en la industria textil y favoreció un paulatino proceso de modernización que permitió la construcción de las primeras fábricas. Pese a los cambios que se dieron en los medios de producción y el funcionamiento de las nuevas unidades productivas, hay que reconocer que esta industria seguía sostenida en el trabajo de los indígenas en condiciones de precariedad y explotación laboral muy fuertes.

La literatura existente demuestra que los kichwa-Otavaló ya eran hábiles tejedores e hilanderos incluso antes de la época de la conquista española, sin embargo, su inserción en las fábricas les permitió adquirir mayores conocimientos, de tal manera que empezaron a instalar talleres en sus propios hogares. Peter Meier (1985) a partir de una investigación que realizó durante la década de los 70 del siglo XX señala: “en la región de Otavaló encontramos a una verdadera 'sociedad de artesanos'. Casi no hay hogar campesino que no tenga por lo menos un telar”. Sin embargo, con la entrada de nuevos insumos y medios de producción se dio una reducción de los talleres artesanales y la consecuente aparición de unidades domésticas mecanizadas dentro de las comunidades.

Esto significa que a las unidades de producción artesanal existentes que trabajaban bajo sistemas rudimentarios de hilatura y tejeduría, se sumaron talleres mecanizados con altos niveles de productividad. Además, debido al crecimiento de la demanda, la línea de producción que antes se limitaba a bayetas, casimires, cobijas y tapices con alto valor cultural, se expandió a la confección de prendas ordinarias. En definitiva, se dio un cambio crucial en la lógica de producción, y los bienes que empezaron a producirse dentro de las industrias domésticas se diversificaron. A pesar de que las confecciones fabricadas a base de tejidos andinos dieron fama a

los textiles de la región, la producción se ha diversificado al punto de que hoy en día el mercado esté abarrotado de prendas ordinarias fabricadas a base de insumos importados.

El sistema de producción en el que se inscriben las unidades productivas de Otavalo es el trabajo a domicilio, el cual constituye un eslabón importante dentro de la cadena de confección textil. Dadas las aparentes ventajas que otorga este trabajo en cuanto a la realización de las labores domésticas y de cuidado, es uno de los empleos más feminizados. Además, debido a las características que subyacen en esta modalidad de empleo gran parte de las investigaciones reconocen las condiciones poco favorables sobre las que funcionan: los ingresos que reciben las personas que se insertan en este trabajo son muy bajos, así que para obtener el dinero suficiente la mayoría debe asumir fuertes cargas laborales; además, afrontan las coyunturas críticas de la economía y una creciente competencia que devalúa el valor de los productos.

Si bien hay un amplio compendio de investigaciones que sitúan a los Otavalos como prósperos y exitosos comerciantes y productores de textiles, no existen investigaciones que den cuenta de las condiciones en que laboran las mujeres kichwa-Otavalo frente a los cambios producidos durante los últimos años en el mercado textil otavaleño. Además, “el éxito atribuido a los Otavalo se refiere solamente a una parte de la historia, la de una elite comerciante” (Torres 2005, 436), así que, mi intención es contar la otra parte de la historia, la de las mujeres que deben vivir y sobrevivir en la pobreza, que desde la escasez de recursos han buscado incursionar en la actividad textil y hoy sufren la inestabilidad laboral y la precariedad que significa el trabajo de confección.

En la presente investigación pretendo dar respuesta a las siguientes preguntas: ¿qué cambios se están produciendo en los mecanismos de producción y la línea de confecciones textiles otavaleños durante los últimos años?, ¿qué lugar ocupa el trabajo domiciliario y cómo se organiza?, ¿cómo influyen las relaciones de parentesco en su desarrollo? ¿cómo lo experimentan las mujeres indígenas y cuál es el significado que le dan?, ¿cómo articulan su trabajo productivo y reproductivo en el domicilio? Con todo lo mencionado, en este trabajo pretendo analizar el modo en que los cambios en la actividad textil y las relaciones de parentesco intervienen en las condiciones laborales y de vida de las trabajadoras textiles a domicilio en Otavalo.

Las entradas teóricas que hacen parte de mi investigación son: por un lado, los estudios de género y las teorías feministas del trabajo que analizan las condiciones de desigualdad que atraviesan las mujeres en el ámbito productivo y reproductivo, las consecuencias de su histórica reclusión al

espacio doméstico y su participación en el sistema de trabajo a domicilio; por otro lado, los estudios étnicos que analizan la comunidad y la familia indígena dentro de las relaciones de producción y la importancia de las redes de parentesco en el ámbito productivo, familiar y comunitario de las pueblos indígenas del Ecuador.

Para cumplir con los objetivos propuestos, esta investigación se nutre de la información obtenida a partir de la observación participativa y entrevistas a profundidad realizadas a mujeres kichwa-Otavalo que trabajan como confeccionistas domiciliarias dentro de cuatro comunidades rurales de Otavalo: Huayco Pungo, Cuatro Esquinas, Cuaraburo y Pinsaquí. Además, se incluyen entrevistas informales realizadas a las familias de estas mujeres, confeccionistas en talleres, comerciantes y otros actores vinculados al sector textil.

El trabajo se encuentra estructurado en cuatro capítulos. En el primer capítulo presento un breve estado de la cuestión sobre la confección domiciliar a nivel internacional, nacional y local, y, además, planteo las entradas teóricas que analizan la interrelación entre el ámbito laboral y reproductivo, realizo una conceptualización del trabajo domiciliar y abordo la importancia de las redes de parentesco en la estructura productiva y familiar de los pueblos indígenas.

En el segundo capítulo realizo una contextualización/caracterización del sector textil otavaleño actual y la estrategia metodológica utilizada dentro del trabajo de campo. Para desarrollar la primera parte del capítulo, es decir, la contextualización, realicé una revisión bibliográfica de estudios realizados sobre el sector textil de Otavalo y procesé datos estadísticos publicados por entidades como el Banco Central del Ecuador (BCE), Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INEC) y la Superintendencia de Compañías.

En el tercer capítulo construyo las trayectorias laborales de las mujeres kichwa-Otavalo que son confeccionistas. A partir de ellas analizo la influencia de las redes de parentesco y los cambios desarrollados en la producción y comercio de textiles. En el cuarto capítulo estudio las condiciones laborales y de vida de las mujeres confeccionistas. Para esto estudio las rutinas en las que se insertan las confeccionistas, el lugar de trabajo, el modo en que organizan su tiempo y actividades —productivas, reproductivas y comunales—, y los significados que otorgan a su condición como trabajadoras, su rol dentro del hogar como mujeres, madres y amas de casa. Y finalmente presento las conclusiones generales que resultaron de mi investigación.

Capítulo 1. Condiciones de vida y relaciones de parentesco dentro de la confección domiciliar: un acercamiento desde la teoría.

Este capítulo tiene como finalidad revisar los avances y límites en la producción investigativa en torno a la confección textil domiciliar, y sentar las bases teóricas que permitan analizar las condiciones laborales y de vida que atraviesan las mujeres insertas en este sistema de trabajo. Para cumplir con este objetivo, en primer lugar, construyo un estado de la cuestión sobre la participación de las mujeres en la confección a domicilio a través de una revisión de trabajos empíricos desarrollados a nivel internacional, nacional y local.

En segundo lugar, establezco las entradas teóricas feministas y con enfoque de género que guiarán mi investigación, con los cuales abordo: i) la discusión teórica sobre la interrelación entre lo productivo/reproductivo; ii) un acercamiento conceptual sobre el trabajo a domicilio; iii) los planteamientos que analizan la feminización del trabajo domiciliar; iv) el empleo domiciliar dentro de la economía informal; v) y, el lugar que ocupa este sistema de trabajo dentro de la legislación laboral en América Latina y en el Ecuador.

Y, el tercer apartado, establezco los insumos teóricos que analizan las relaciones de parentesco — familiares y comunitarias— que intervienen en la dinámica productiva de las unidades de producción domiciliarias en el contexto comunitario.

1.1. Estado de la cuestión: confección domiciliar

En el sector textil funcionan distintas modalidades de producción, entre las cuales se encuentra el trabajo textil a domicilio. Este es una pieza fundamental, sobre todo en la cadena productiva de la industria de confecciones, y ocupa un lugar específico en la literatura producida tanto a nivel regional, nacional y local. Esta modalidad de trabajo está compuesta principalmente por mano de obra femenina y forma parte de la economía informal, ya que en general, no hay una reglamentación que regule las condiciones laborales existentes dentro de las unidades productivas (García et al. 1996).

La mayor parte de estudios que investigan la confección domiciliar colocan su atención en la precarización laboral y limitan sus análisis a las condiciones que enfrentan las confeccionistas en el ámbito productivo, dejando de lado las complicaciones que surgen al combinarlas con las labores domésticas y la vida en familia. Este es el caso de la investigación de Zulma Acosta (2011), que realiza un estudio sobre la industria textil en la ciudad de Buenos Aires. Esta

socióloga argentina aborda los efectos que tienen las condiciones precarias de los talleres textiles a domicilio en la vida familiar, identifica los factores de riesgo inmersos en esta actividad e incorpora el concepto de medio ambiente de trabajo. Para la autora, el espacio físico de las unidades de producción, los materiales utilizados y las relaciones laborales al interior del hogar repercuten no solo en la salud física, sino también en la salud mental de las trabajadoras.

Otra investigación, también realizada en Buenos Aires, pertenece a Paula Salgado y Jorge Carpio (2017), sociólogos que a partir de una metodología cuantitativa basada en la interpretación y procesamiento de datos estadísticos analizan la superexplotación laboral en la industria de confección a domicilio. Los resultados de la investigación emprendida por estos autores demuestran que la sobreocupación horaria y los bajos salarios son un problema frecuente en el trabajo textil domiciliario. Además, señalan que la ausencia de leyes ha permitido que los trabajadores se inserten en talleres de confección incluso en condiciones de servidumbre.

Para Mariana Pellegrini (2019) el aumento de los talleres de confección domiciliario en Argentina es resultado del proceso de descentralización de los procesos productivos que cobra más fuerza dentro de la industria textil. La situación de precariedad que enfrentan las mujeres confeccionistas domiciliarias está relacionada a la ineficiencia de las políticas estatales que, por un lado, impiden que las mujeres tengan la oportunidad de acceder a otras opciones de empleo, y, por otro, refuerzan las condiciones de explotación existentes en las unidades productivas.

Un rasgo en común entre estas primeras investigaciones es que el trabajo textil a domicilio está ligado a las empresas confeccionistas que tercerizan el trabajo, ya que analizan la producción textil en los centros urbanos reconocidos por una intensa actividad textil. Si bien muestran un escenario general de las condiciones laborales, se pierde de vista la situación del sector textil en las zonas rurales y en aquellos lugares donde el trabajo domiciliario no se encuentra tan encadenado a la producción industrial, tal como sucede con el caso de la actividad textil en Otavalo.

Los estudios que relacionan la ruralidad con la actividad textil analizan principalmente la transformación que ha tenido la producción artesanal como efecto de los procesos migratorios, la globalización y la modernización. Este es el caso del estudio de Jimena Méndez y María Ávila (2019) que con su estudio sobre el sector textil en Yucatán (México), plantean que los cambios de la producción textil en las zonas rurales están relacionadas a la inserción de los productos en

diferentes nichos de mercado fuera de la región. Para estas autoras, los vínculos comerciales que los confeccionistas yucatecos tienen con distintas regiones y países determinan aspectos como los diseños de los productos textiles.

En esta misma línea, Teresa Ramos (2004), investigadora mexicana que analiza el entorno de las mujeres indígenas y mestizas dedicadas a la artesanía textil en Chiapas, plantea que la modernización de las zonas rurales ha permitido que aumenten las unidades productivas como la maquila industrial y que las ocupaciones tradicionales como la confección artesanal empiecen a desaparecer. En otras zonas como Tlaxcala el crecimiento de las unidades de producción textil industrial o las llamadas maquilas es resultado de las políticas estatales que buscan impulsar la industria y generar alternativas de trabajo en el campo (Vallejo y Rodríguez 2018).

La mayor parte de trabajos analizan las condiciones laborales existentes en el trabajo a domicilio y el confinamiento de la mujer a la esfera doméstica, no obstante, también hay investigaciones que reconocen que este sistema de trabajo concede a las mujeres cierta libertad y empoderamiento económico. Dentro de la primera línea, están Rosario Palacios, Isadora Levy y Daniela Urbina (2015), quienes consideran que, si bien el trabajo a domicilio funciona en condiciones precarias, algunas mujeres otorgan a su trabajo un sentido vinculado a la realización como mujer, madre y ama de casa. Según estos autores, la diversidad de experiencias que existen alrededor de esta actividad demuestra que las mujeres pueden sentirse orgullosas de poder trabajar en casa y dedicarse a sus hijos al mismo tiempo.

De manera similar, Ramos (2004) argumenta que el trabajo a domicilio ayuda a las mujeres a combinar el trabajo productivo y el de cuidados sin confinarlas al hogar, puesto que les ha permitido que se conviertan en empleadoras, comerciantes y líderes de redes de comercio que se movilizan entre distintos territorios. La autora reconoce que el trabajo domiciliario, “no se trata sólo de un modelo doméstico de relaciones laborales, lo doméstico se quedó atrás [...] pues para la gran mayoría de las mujeres no representa un confinamiento permanente en sus viviendas” (66).

Las investigaciones que tratan la confección domiciliar en el Ecuador son escasas y se concentran en la incidencia que tiene la producción textil en el desarrollo económico de una zona. En esta línea se encuentran dos estudios, uno hecho en Pelileo por Luciano Martínez y Liisa North (2009), y otro realizado por Cesar Paredes (2010) en Atuntaqui, los cuales dan cuenta de la

importancia que tiene la actividad textil en el desarrollo local. Ambos estudios, indican que las pequeñas empresas y talleres confeccionistas basan su producción en la mano de obra familiar no asalariada y la subcontratación de trabajadores textiles a domicilio, no obstante, tanto Martínez y North, como Paredes, mencionan las condiciones laborales del sector textil de manera marginal y se concentran solamente en la contribución económica de la confección.

Respecto a la literatura que aborda el sector textil de Otavalo, se han encontrado diversidad de investigaciones, sin embargo, la mayor parte de ellas realizan análisis históricos sobre los obreros y la producción artesanal. Mientras que los más recientes examinan la transformación del diseño textiles y los motivos decorativos que contienen. Uno de los estudios empíricos que se aproximan al estudio de la confección domiciliar en Otavalo es el de Peter Meier (1985), que analiza la artesanía textil en las comunidades rurales de Otavalo en 1978.

El objetivo de Meier (1985) fue analizar las relaciones que existen entre la situación económica de los indígenas otavaleños de la ruralidad, el tipo de producto que elaboran y la modalidad de trabajo en la que se insertan. La información que proporciona este estudio es muy importante para entender la situación de la industria textil otavaleña, ya que presenta de manera detallada los productos y las técnicas de trabajo artesanal imperantes en 30 comunidades rurales de Otavalo, pero, además, ofrece información valiosa de las unidades de producción mecanizadas.

Meier (1985) en su investigación expone que en los años 70 ya se evidenciaba un cambio en la línea de producción y una importante diversificación de los productos textiles, pues a la fabricación de tejidos suéteres y ponchos andinos se suma una pequeña producción de prendas ordinarias como ropa deportiva, sacos, camisas, ropa interior, etc. La introducción de las máquinas de coser en Otavalo permitió el crecimiento de los volúmenes de producción, al menos en aquellos talleres que podían implementar mayor inversión por medio de créditos. En cambio, los productores unipersonales a domicilio o trabajadores independientes complementaban sus ingresos con otras actividades como la agricultura para poder subsistir.

A pesar de que la investigación de Meier (1985) data de hace aproximadamente 40 años, su trabajo refleja que la precarización laboral es uno de los mayores problemas en la confección desde hace tiempo atrás. En realidad, la mecanización y el desarrollo tecnológico en los medios de producción no han significado una reducción en las horas de trabajo, más bien ha incentivado a los trabajadores a tomar cada vez cargas laborales más altas.

Un estudio empírico posterior al de Meier es el de Fredy Rivera (1988), quien estudia el proceso de inserción de los indígenas otavaleños a las fábricas textiles y el proceso creciente de proletarización. Este autor, mediante revisiones bibliográficas y documentales, apoyadas por entrevistas a indígenas otavaleños, contradice los discursos que plantean que la industrialización atenta contra las relaciones comunitarias y la identidad otavaleña.

De acuerdo con Rivera (1988), la industrialización del trabajo textil, dada por la creciente incorporación de máquinas más sofisticadas para esa época, no generó una desestructuración de las comunidades, al contrario, los indígenas se vincularon a las fábricas textiles sin que esto signifique una pérdida de su identidad o lazos comunales. Este estudio es valioso porque a diferencia de aquellas que se centran en la producción meramente artesanal, permite mirar la introducción de una lógica empresarial indígena, que según Rivera (1988) se aprovechó de la mano de obra barata de los indígenas otavaleños.

Estas dos investigaciones ofrecen un análisis importante en la transformación de la actividad textil, sin embargo, son muy antiguos. En realidad, es interesante que, aunque el trabajo textil como actividad productiva es muy importante en Otavalo, no hay una investigación que permita conocer el panorama actual del trabajo textil a domicilio, que como se evidencia en las primeras investigaciones, es la base de la cadena productiva textil. Básicamente las investigaciones se han concentrado en el comercio o la identidad inscrita en los productos otavaleños y han relegado el estudio de las unidades productivas que existen en las comunidades, sus implicaciones re/productivas y sus dinámicas de género.

1.2. El trabajo domiciliario: un acercamiento desde las teorías feministas y los estudios de género.

Esta sección tiene como fin abordar las categorías analíticas propuestas desde las teorías feministas y los estudios con enfoque de género que permitan analizar el caso de las mujeres confeccionistas que laboran bajo la modalidad de trabajo a domicilio. Estas perspectivas son valiosas porque al proponer la necesidad de una redefinición del concepto de trabajo, proporcionan un punto de vista más amplio que arroja luz sobre las desigualdades que atraviesan las mujeres en el mercado laboral y las dificultades que se generan cuando las labores de reproducción se entrelazan con el trabajo remunerado (Aspiazu 2014; Norverto 2021).

1.2.1. Interrelación entre lo productivo/ reproductivo y lo afectivo/económico

En el mercado de trabajo confluyen múltiples realidades que han sido analizadas desde varias perspectivas y ámbitos de estudio, sin embargo, la mayor parte de investigaciones se limitan en estudiar el aporte de las actividades asalariadas realizadas por los hombres y dejan de lado el análisis de la participación de las mujeres en la esfera laboral. Así, las teorías convencionales han tendido a reducir el concepto de trabajo únicamente a las actividades remuneradas, dejando fuera a las mujeres y el valor del trabajo reproductivo (Brunet y Santamaría 2016). Esto no solo oculta la contribución de las labores domésticas al sistema económico capitalista, sino que también desvaloriza las actividades realizadas por las mujeres, ubicándolas en una posición desigual dentro del mercado laboral (Federici 2018).

De acuerdo con Nora Goren (2017), la división sexual del trabajo es el principal mecanismo que ha permitido que la participación de hombres y mujeres tanto en el ámbito reproductivo como productivo sea desigual. Como resultado de la asignación social de tareas, en el espacio de la reproducción, las mujeres asumen la mayor parte de las actividades domésticas, y, en el mercado laboral, se concentran en sectores económicos y puestos específicos que por lo general son los más desvalorizados (Goren 2017). Esto sucede con la confección, que es una de las actividades más precarizadas y peor remuneradas dentro de la cadena productiva de la industria textil (Delmonte 2020).

Dado que el trabajo —asalariado o no— se encuentra estructurado en función de las diferencias de género (Weeks 2020), la esfera doméstica se convirtió en un espacio reservado para la mujer. Esta situación se ha traducido en diversos problemas para las mujeres y su participación en el terreno laboral, económico, político y social. Para Goren (2017, 9)

el hecho de que la mujer esté situada en el espacio reproductivo es una primera forma de desigualdad, puesto que la limita tanto en sus oportunidades laborales como en la participación en las relaciones públicas, y a la vez, respecto a su desarrollo, el uso de sus capacidades y competencias.

Con el peso de las responsabilidades del hogar, prácticamente la entrada de las mujeres al mercado de trabajo se ha traducido en sobrecargas y tensiones más complejas, ya que trabajar nunca ha significado dejar de realizar las actividades domésticas y de cuidado (Goren 2017: Federici 2018).

El trabajo a domicilio visto desde un enfoque de género arroja luz sobre distintas formas de conciliar la familia y el trabajo. No se trata de mujeres que deben lidiar con su empleo “productivo” fuera del hogar, y al volver a casa deben encargarse de las labores domésticas y de cuidado (Federici 2018), al contrario, en la producción domiciliar hay una superposición de tareas que produce un desgaste físico, psicológico y emocional en el trabajo productivo y reproductivo al mismo tiempo.

“La actividad productiva en la esfera doméstica introduce un corrector importante de aquellas teorías que separan sistemáticamente el hogar del trabajo asalariado” (García et al. 1996, 221), puesto que esta modalidad muestra claramente como la reproducción y la producción constituyen dos ámbitos que se interrelacionan (Narotsky 1988). No obstante, también hay que reconocer que esta interrelación no solo se da a nivel empírico, sino más en un sentido estructural. Se condicionan mutuamente; si las mujeres cuidan de la casa, tienden a tener una inserción más frágil y estacionaria en el mercado laboral.

Esto sucede en el caso de la confección textil domiciliar, el cual refleja como “hoy en día, el trabajo y la vida misma se confunden: entre ambos se formó un continuum sin fronteras distinguibles” (Concheiro 2016, 70). En este sistema de producción, la dicotomía entre el trabajo productivo y reproductivo se difumina y se crean nuevos modelos de vida donde varios vínculos se entrelazan. Esto invita a pensar cómo la línea que separa la intimidad y las transacciones económicas es demasiado fina. Sobre todo, porque al momento de que la vida del trabajo se mezcla con la vida familiar hay una convergencia entre las relaciones económicas e interpersonales.

A la luz de la propuesta de los circuitos interpersonales de Zelizer (2008) es posible entender que el trabajo domiciliar ilustra el modo en que los vínculos económicos y afectivos pueden coexistir en diferentes contextos. La perspectiva de esta autora es un aporte innovador en el campo de la sociología económica, principalmente porque intenta romper con la dicotomía que existen entre los vínculos interpersonales e íntimos. Con su planteamiento, Zelizer establece una crítica a aquellos analistas sociales que se han limitado a pensar “que el mundo social se organiza alrededor de principios contrapuestos e incompatibles: *Gemeinschaft* y *Gesellschaft*, atribución y logro, sentimiento y racionalidad, solidaridad e interés personal” (13).

De acuerdo con Zelizer (2008), no hay límites estrictamente marcados que impidan la intersección de todo tipo de relaciones, más bien los individuos constantemente están cruzando fronteras entre espacios diferenciados que incluso podrían considerarse irreconciliables. En otras palabras, el mundo social no está dividido en compartimentos que nunca pueden estar conectados. Esto no sucede en la realidad, pues de una u otra forma los individuos están inmersos en múltiples relaciones.

La propuesta de Zelizer (2008) sobre los circuitos es útil para pensar en la intersección de lazos sociales en donde se encuentran inmersas distintos tipos de prácticas, acuerdos, medios de intercambio y obligaciones. En las unidades domésticas es muy común que existan acuerdos o una distribución de actividades tanto de producción como de reproducción y cuidado. Esto ocurre especialmente cuando el hogar se convierte en una unidad de producción y las responsabilidades —por más sencillas que sean— se deben distribuir entre todos.

Un planteamiento similar lo encontramos en Narotzky (1988), autora que determina que las relaciones económicas están incrustadas a distintos tipos de lazos sociales no-racionales y ligados a la moralidad y el sentimiento. Evidencia de ello son los pequeños talleres conformados por amigas, vecinos o parientes que funcionan en base a amplias redes de confianza y fidelidad, donde la amistad, el cariño, el amor o la vecindad constituyen un eje central de la dinámica productiva (Narotzky 1988).

En tal sentido, se entiende que los procesos económicos no se deslindan de los procesos sociales, sentimentales y morales, ni las relaciones que los atraviesan son ajenas a las relaciones económicas. La colaboración familiar, comunitaria y los vínculos “no-económicos” se han convertido en la base del éxito empresarial y, en diversas regiones, constituyen un modelo “alternativo” de desarrollo económico (Narotzky 1988); tal es el caso de los indígenas otavaleños.

1.2.2. El trabajo a domicilio y la confección

El trabajo a domicilio es un sistema de producción muy antiguo que está teniendo un auge en algunas ramas de la actividad industrial (Tomei 1999). Factores como los procesos de descentralización del trabajo, resultado de una reestructuración de los procesos productivos (García et al. 1996; Narotzky 1988), y la mundialización de la economía (Tomei 1999) han incentivado la proliferación de las unidades de producción a domicilio. En tal sentido, a lo largo

de los años, este sistema de trabajo se ha expandido y adaptado continuamente para contribuir a la acumulación capitalista (Nari 2002).

Al rastrear el origen de esta modalidad de trabajo, diversos autores nos llevan a los inicios del desarrollo del sistema capitalista y el proceso de industrialización de las economías europeas. De acuerdo con Federici (2010), en el siglo XVI y XVII ya existía una industria artesanal de base doméstica que poco a poco fue aprovechada por los comerciantes capitalistas que veían en estos trabajadores una oportunidad de conseguir mano de obra barata. Con el desarrollo del capital, esta industria artesanal se convirtió en lo que hoy conocemos como trabajo a domicilio.

Violeta Sara-Lafosse (1982) plantea que el trabajo domiciliario apareció a la par del trabajo industrial, ya que el crecimiento de las unidades de producción domiciliar está estrechamente relacionado a los procesos de industrialización. Para esta autora “a nivel mundial el trabajo a domicilio se extendió como consecuencia de un pobre desarrollo tecnológico, entre artesanal y manufacturero. La industria doméstica se transformó durante el siglo XVIII en una prolongación de la fábrica, de la manufactura o del bazar” (83). Por otra parte, Perrot (2009) establece que el despunte de la industria de la confección apoyada por la división del trabajo y la expansión de la máquina de coser casera contribuyó en el desarrollo del trabajo a domicilio en las ciudades europeas del siglo XIX.

A pesar de que no hay datos que precisen la magnitud de la expansión del trabajo domiciliario en América Latina, el crecimiento de los talleres familiares y de trabajadores autónomos que se insertan en la cadena de subcontratación de diversas empresas, reflejan el auge que está teniendo la actividad domiciliar en distintos países de la región (Tomei 1999).

La producción de base domiciliar o “trabajo a domicilio” es definido por García et al (1996) y Tomei (1999) como un trabajo productivo realizado por cuenta ajena dentro del propio hogar. Si bien no hay un jefe que controle directamente el proceso de producción, el trabajador está subordinado a las exigencias de sus empleadores. Este funciona bajo diversas modalidades de pago, aunque el más utilizado es el sistema a destajo. Además, una de las principales características que identifican a este trabajo es la falta de regulación laboral y las bajas remuneraciones que reciben los trabajadores.

La mayoría de los autores distinguen a las unidades de producción domésticas como “trabajo a domicilio”, pero también suele reconocerse como talleres domésticos, trabajo industrial a

domicilio o trabajo externo (OIT 2022). Dado que los significados son los mismos, estas denominaciones muchas veces han sido incluso utilizadas como sinónimos. Pongamos por caso el “trabajo externo”, que es definido por Jhon Clapham (1926) como una modalidad de producción donde “la materia prima pertenece al empleador y regresa a él después de haber sido completado el proceso para el cual la habilidad del trabajador externo ha sido requerida” (178-179).

Debido a las condiciones desfavorables que atraviesan las personas que se insertan en el trabajo domiciliario, esta actividad es considerada por autoras como Patricia Arias (1998) una rémora del desarrollo que lejos de desaparecer se está ampliando a diversos sectores económicos.

Especialmente en aquellas industrias intensivas en mano de mano como la confección textil, que para varios autores es una de las principales actividades a la que se dedican los trabajadores industriales a domicilio (Narotsky 1988, García et al. 1996).

Dicho esto, conviene subrayar que la industria textil y el sistema de producción doméstico están muy ligados: los dos se impulsaron conjuntamente y fueron un puntal en la expansión de la industria en Gran Bretaña; y, en términos generales, ambas contribuyeron al desarrollo del sistema económico capitalista (Federici 2010). Esto quiere decir que el trabajo a domicilio desde sus inicios ha estado ligado a la industria y el artesanado textil, y, en la actualidad, representa un sistema esencial en la cadena de confecciones de distintos países.

Dentro del sector confeccionista —al igual que en otros sectores—, el trabajo a domicilio está vinculado al sector industrial y al empresariado textil, aunque, también es un servicio a la que acuden pequeños talleres y comerciantes (García et al. 1996). Para ser más específicos, el trabajo a domicilio funciona bajo dos modelos: uno más concentrado, donde las unidades de producción domiciliar están ligadas a la gran industria; y otro más desconcentrado donde los trabajadores a domicilio prestan servicios a varios pequeños productores y comerciantes de textiles; este último sería el caso de los talleres de Otavalo.

El primer caso, es decir, los hogares confeccionistas que trabajan para grandes fabricantes existen principalmente en las zonas urbanas con una importante dinámica económica y, por supuesto, donde hay una significativa presencia de empresas textiles. La expansión de este tipo de unidades está relacionada a la dinámica de acumulación de la gran industria que busca generar mayores ganancias a partir de la externalización de la producción (García et al. 1996). Esta es la

modalidad de trabajo que más ha llamado la atención a la mayor parte de investigadores, y, el que los gobiernos han intentado regular a través de leyes y códigos laborales, como sucede en Argentina, Paraguay, Perú y otros países de América Latina (Tomei 1999).

En cuanto al segundo caso, hablo de los confeccionistas domiciliarios insertos en un modelo de pequeña producción, podría decirse que la dinámica y funcionamiento es muy parecida a la anterior, aunque en menor escala. Básicamente, el trabajo a domicilio es utilizado por los pequeños empresarios y comerciantes para asegurar un mayor rendimiento en la producción sin realizar una inversión en capital. No obstante, cabe aclarar que estos confeccionistas están fuera de cualquier posibilidad de protección laboral legal. De acuerdo con Tomei (1999), como los trabajadores a domicilio forman parte de clasificación de “trabajadores autónomos o independientes”, es más difícil que se beneficien de algún tipo de legislación laboral.

Cabe mencionar que es justamente este tipo de vínculo laboral el que se busca analizar en esta investigación, pues como vimos en la sección anterior, en Otavalo no hay una gran industria textil —a excepción de dos empresas grandes: Pinto y Indutexma—. Al contrario, el sector textil otavaleño se sustenta en el trabajo de pequeños talleres textiles y confeccionistas a domicilio que laboran en condiciones de informalidad y se esparcen en las distintas comunidades.

1.2.3. Feminización del trabajo textil domiciliario

A pesar de que el trabajo a domicilio es un trabajo informal que funciona bajo condiciones de precariedad y los pagos son demasiado bajos, muchas personas, en especial las mujeres se han insertado en esta modalidad de empleo, por lo cual es considerado una de las actividades económicas más feminizadas.

Al respecto, García et al. (1996) argumenta “de todas las formas de trabajo sumergido es en el trabajo a domicilio [...] donde las mujeres prácticamente tienen la exclusividad” (219). Hay varias razones que explican la feminización de este sistema de trabajo, la mayor parte de autores atribuyen esta situación a las desigualdades que enfrentan las mujeres en el mercado de trabajo y a los roles de género que han confinado a la población femenina al ámbito doméstico.

Para Aspiazu (2014), la falta de alternativas de trabajo y las desventajas que enfrentan las mujeres en el ámbito laboral las ha encaminado a actividades que funcionan en las peores condiciones. Esto como resultado de un proceso histórico de opresión y devaluación que ha relegado a las mujeres a la esfera doméstica (Federici 2010). A esto se suma la división sexual

del trabajo que al conferir a la mujer las actividades del hogar ha desencadenado una serie de condiciones —por ejemplo, bajo nivel educativo— que las impiden acceder a mejores oportunidades laborales. Además, al formar parte de la gran masa de desempleados, las mujeres se han convertido en candidatas potenciales para trabajos precarios y explotadores (Aspiazu 2014) como el domiciliario.

Ante estas circunstancias, el trabajo a domicilio se ha convertido en una actividad atractiva para madres y amas de casa, ya que otorga la posibilidad de ocuparse del hogar y los hijos, convirtiéndose así en un camino viable —para muchas, el único— de obtener ingresos. De manera similar Narotzky (1988) determina que, una de las justificaciones frecuentes de las mujeres para realizar trabajo a domicilio está relacionado al rol que ocupa dentro del hogar y la necesidad de cumplir sus “responsabilidades”. Es decir, gran parte de las mujeres deciden participar en el trabajo a domicilio porque sus actividades de reproducción no entran en conflicto con el trabajo productivo.

Por otra parte, al analizar la entrada de las mujeres en la actividad de confección es posible mirar elementos que explican la forma en que determinadas ramas de actividad, industrias y fases de la producción han sido identificadas como tradicionalmente femeninas. En realidad, la confección, la costura o lo textil, históricamente ha estado ligado a la mujer y su confinamiento al hogar. Al respecto, autoras como Pilar Díaz (2007) manifiestan que la industria de confección es considerada un “oficio de mujeres” que se originó en el seno familiar donde las madres transmitían conocimientos de confección y bordado a sus hijas.

Esta situación deriva en términos de Scott (1996) de las representaciones que se han creado alrededor del trabajo de la mujer. Básicamente, cualidades como destreza, sumisión, perfección y delicadeza han ayudado para que labores como la confección textil sean consideradas como un trabajo exclusivo de las mujeres.

Para Ramos (2004) la inserción de las mujeres en el trabajo domiciliario está vinculada a las transformaciones de los sectores productivos y de las industrias que tienden a incorporar cada vez más a las mujeres.

La ocupación de las mujeres en el trabajo a domicilio ha sido vista como el resultado de las grandes transformaciones en la división internacional del trabajo, misma que observa para los países subdesarrollados, un proceso creciente de incorporación de la mujer al trabajo asalariado y

actividades remuneradas, básicamente, en plantas maquiladoras, agroindustrias, comercio ambulante, empleo doméstico y demás actividades que se ubican en el sector de la economía llamado “informal” (Ramos 2004, 63).

Si bien, hay múltiples causas que explican el aumento de las unidades de producción domiciliar y la participación de las mujeres, no podemos olvidar que las crisis económicas tienen un papel relevante en este proceso.

Las emergencias económicas han producido una serie de problemas y limitaciones que afectan tanto al sector industrial como a los hogares. Ante estas circunstancias y la necesidad de seguir acumulando ganancias, “la nueva economía industrial, ha descubierto en la mujer, urbana y rural, un veneno casi inagotable de fuerza de trabajo barata, adaptable, poco exigente” (Arias 1998, 80). Por el lado de los hogares, en cambio, los problemas económicos han generado una escasez de empleo para los hombres que llevan a las mujeres a ingresar al trabajo a domicilio ligado a la gran industria o a los pequeños talleres.

En definitiva, la feminización del trabajo domiciliar y específicamente de la confección, ejemplifica el modo en que determinadas actividades incluso al ser asalariadas y consideradas como “trabajo”, cuando más se acercan a lo reproductivo menos se pagan. Es decir, cuanto más reproductiva es la actividad, más devaluada se encuentra en las jerarquías de trabajo.

1.2.4. La confección domiciliar como parte de la economía informal

Como vimos en los párrafos anteriores, las diferencias de género han ido configurando la posición de las mujeres en el ámbito laboral. Si bien, en la actualidad hay cada vez mayor participación de las mujeres en los diferentes sectores económicos, gran parte de ellas se han enfrentado a una serie de desventajas y trabas que las ha encaminado a empleos que forman parte de la economía informal. Un sector que para teóricas como Federici (2010) tiene como antecedente a la industria artesanal textil de base doméstica.

De acuerdo con María Mies (2019) la integración de las mujeres a la idea del desarrollo —por tanto, al mercado de trabajo— en los países periféricos parte del discurso planteado por primera vez en 1975 en la Conferencia Internacional sobre la Mujer en México. Si bien, estos planteamientos expresaban la posibilidad de mejores condiciones de vida para las mujeres y la tan anhelada independencia económica, la mayor parte de ellas —asociadas con mano de obra barata, manipulable y dócil— se incorporaron principalmente al sector informal de la economía.

En esta misma línea, Aspiazu (2014), a partir de la revisión de varios estudios realizados en Argentina, reconoce que aun cuando la presencia de las mujeres en el mercado de trabajo está creciendo actualmente, en realidad estas siguen sumándose a trabajos precarizados y de baja remuneración. Por su parte, Mies (2019) vincula esta tendencia a las estrategias de automatización, racionalización e informatización que tienden a expulsar a las mujeres del sector formal y las empuja a empleos informales.

Con todo esto, no cabe duda de que “la economía sumergida [o informal] es cuantitativamente aún un feudo de las mujeres” (García et al. 1996, 219), pues “son las primeras en ser expulsadas de los expedientes de regulación de las empresas y a menudo reconducidas hacia la producción sumergida”. Prácticamente, las mujeres, limitadas por un mercado de trabajo injusto y desigual, han visto en actividades informales como el trabajo a domicilio el mejor medio para adquirir ingresos y sobrevivir.

No obstante, las condiciones en que funcionan el trabajo a domicilio y, en general las actividades que pertenecen a la economía informal son las más precarias. La ausencia de leyes que regulen el trabajo, la inexistencia de prestaciones o seguro social, pagos que no llegan a cubrir ni siquiera el salario mínimo y cargas horarias que sobrepasan las 8 horas diarias, caracterizan a esta forma de empleo. De hecho, esto explica que gran parte de los trabajos revisados se enfoquen en las condiciones de precariedad que subyacen en el trabajo a domicilio.

Como todo trabajo informal, no existen datos que cuantifiquen y recopilen información sobre la población que participa en el trabajo a domicilio, por esto varios autores han reconocido que este sistema de producción es una especie de trabajo invisible que no figura en ningún contrato o documento. Tomei (1999) habla sobre esta realidad al estudiar algunos países latinoamericanos como Argentina, Brasil, Chile, Paraguay y Perú y plantea que “los instrumentos de registro estadístico nacionales, tales como las encuestas periódicas sobre la población activa o sobre establecimientos industriales o el censo demográfico, suelen ignorar habitualmente esta forma de trabajo” (16).

Este es un problema que impide en cierta medida establecer políticas adecuadas que regulen el funcionamiento y las relaciones laborales al interior de las unidades de producción. Limitación que, por su puesto, está presente en los estudios empíricos abordados en los distintos países, incluido el Ecuador.

1.2.5. Legislación Laboral sobre trabajo a domicilio: América Latina y Ecuador

Si bien varios autores coinciden en que las condiciones de precariedad laboral se vinculan a la falta de un marco jurídico que regula las condiciones de trabajo en las unidades de producción domiciliarias, hay que mencionar que esta situación también se presenta en países que tienen este tipo de leyes. En Argentina hay una ley especial sobre la producción domiciliar, mientras que en Paraguay y Perú el tratamiento del trabajo a domicilio está incorporado en el Código de Trabajo y empleo (Tomei 1999). No obstante, ambos marcos jurídicos imponen restricciones que expulsan a gran parte de los trabajadores a domicilio de algún tipo de protección legal.

Según Tomei (1999), la inclusión de los trabajadores domiciliarios dentro de las leyes generales de trabajo está relacionado a los criterios que los distintos países incorporan en la definición de “trabajo a domicilio”. Así, por ejemplo, en Argentina, Paraguay y Perú el trabajador a domicilio es aquel que “efectúa un trabajo para terceros, sin control o supervisión directa del empleador, en su domicilio o en un lugar de su elección” (44). Sin embargo, como hay una gran gama de trabajadores que laboran de este modo, cada país establece sus propias pautas para definir qué segmento de trabajadores domiciliarios pueden beneficiarse de las leyes especiales.

Uno de los criterios más usados es el apoyo que reciben los trabajadores en el proceso de producción. El problema es que este criterio descarta de la clasificación de “trabajador a domicilio” —y, por tanto, de la legislación laboral— a los talleres familiares y trabajadores por cuenta propia, que son el principal tipo de unidades productivas que existen en ciudades como Otavalo. Tomei (1999) ejemplifica este hecho

En Paraguay, [...] toda persona que trabaja en casa por cuenta de terceros y que emplea, para tal fin, a un no pariente queda excluido de la aplicación de las disposiciones relativas al trabajo a domicilio. En Argentina, el obrero a domicilio *strictu sensu* puede contratar como máximo a una mano de obra auxiliar (ayudante o aprendiz), mientras que el tallerista no está sujeto a ningún límite en cuanto al número de ayudantes. En Perú, en cambio, el trabajo familiar o en taller de familia queda excluido del alcance de la legislación especial en la materia (45).

En el caso del Ecuador, al parecer esta modalidad de trabajo si se encuentra regulada por la legislación laboral (Ortiz et al. 2020). El capítulo II del Código del Trabajo hay una serie de artículos que plantean las condiciones que se requieren para que una persona sea considerada

como trabajador domiciliario, sin embargo, también se plantean restricciones que limitan el acceso a las leyes laborales a la mayoría de los trabajadores.

En el artículo 271 del Código del Trabajo se menciona que el “trabajo a domicilio es el que se ejecuta, habitual o profesionalmente, por cuenta de establecimientos o empresas comerciales, en el lugar de residencia del trabajador” (78). Mientras que en el artículo 272 se plantea de manera explícita que el trabajo familiar no es considerado como trabajo a domicilio. Estos artículos permiten entender dos cosas: primero, que las personas que pueden ser legalmente consideradas como trabajadores domiciliarios son aquellas que laboran bajo relación de dependencia, es decir, aquellas unidades productivas o “maquilas” que constituyen una especie de prolongación de las empresas o talleres de confección más grandes; y, segundo, que la legislación laboral no está al alcance de los talleres familiares, trabajadores independientes o por cuenta propia que no forman parte de las redes de subcontratación ligada a la gran industria.

Es clave aclarar que, si bien el Código de Trabajo plantea la posibilidad de que cierto tipo de trabajadoras puedan acceder a los derechos laborales, la realidad es distinta, pues incluso las confeccionistas que cumplen con los criterios descritos por el marco legal ecuatoriano suelen quedar fuera de la legislación laboral. De acuerdo con Diego Carrión, investigador que estudia la maquila textil en Quito “los patronos se niegan a reconocer la relación de dependencia [que tienen con sus confeccionistas] y entienden a la maquiladora como trabajadoras autónomas o independientes” (comunicación personal, 2 de diciembre 2023). Este investigador me explicaba que “aun cuando en la maquila hay una relación de dependencia que legalmente se puede demostrar, los patronos se niegan a reconocerlo y las trabajadoras por tener un trabajo, por tener un medio de vida, también renuncian a ese derecho”.

1.3. Trabajo domiciliario y relaciones de parentesco

A pesar de que las legislaciones laborales han tendido a reconocer como trabajo a domicilio solamente a los talleres unipersonales o aquellos que se apoyan como mínimo de un ayudante, — sea pariente o no—, la realidad es que este sistema de trabajo se organiza en base a una diversidad de relaciones de cooperación, tanto laborales como personales. Esto sucede en el caso de la población indígena otavaleña, cuya estructura productiva se sostiene en complejas relaciones de parentesco y rituales.

De acuerdo con González (2022), el parentesco ha sido uno de los temas más importantes y debatidos en el campo de la antropología. En el caso del Ecuador los estudios se han centrado en la función que los lazos de parentesco cumplen en las comunidades indígenas y el modo en que estas se han transformado. Diversos autores ligan el parentesco con lo “andino”, y a partir de ello estudian las estructuras y organizaciones políticas, sociales y económicas de los indígenas (González 2022). Este vínculo es importante porque contribuye a un análisis centrado en la particularidad del mundo indígena y permite entender la diversidad de relaciones que intervienen en la dinámica productiva de estas poblaciones.

Para Luciano Martínez (2002), “las relaciones de parentesco constituyen el elemento soldador de las comunidades” indígenas de la sierra ecuatoriana, lo cual “ha ampliado notablemente las posibilidades de implementar tanto la cooperación como la interacción incluso fuera del ámbito indígena y fuera del ámbito comunal” (29). Esto significa que, los indígenas forman parte de amplias redes personales y de confianza que incluyen unidades domésticas e individuos que se encuentran incluso fuera de la comunidad.

Leslie Ann Brownrigg (1977), a través de su estudio sobre los sistemas de descendencia, constató que en Cañar y Azuay las comunidades se estructuraban en hogares nucleares que se vinculan por medio de relaciones de parentesco, tanto bilaterales como rituales. En este sentido, las redes familiares de una persona pueden estar conformadas; en un primer momento, por su consanguíneos matrilineales y patrilineales; y en un segundo momento, por los lazos que emergen de una unión matrimonial. No obstante, estos vínculos suelen complementarse con lazos de parentesco ritual generados a través del compadrazgo y el padrinzago (Gonzales 2022; Martínez 2002).

Los vínculos rituales son importantes para la población indígena, ya que extienden el acceso de las unidades domésticas a redes de cooperación, recursos y mano de obra más amplia. Esto se debe a que la designación de padrinos o compadres suele incluir a los miembros consanguíneos —para reforzar las redes de parentesco ya existentes—, pero también a amigos o vecinos que, a través de rituales como el bautismo, la confirmación y el matrimonio se convierten en “parientes por extensión” (González 2022). Al respecto, González (2022) apunta, “el compadrazgo estudiado en Ecuador revela, en la perspectiva planteada por Mintz y Wolf (1950), una gran

apertura y flexibilidad, y era usado estratégicamente por las personas para crear nuevas alianzas en función de sus contextos sociales” (170).

Estos planteamientos son valiosos, pues al analizar el sector textil otavaleño debemos considerar que los vínculos de parentesco que se conectan con la descendencia y la consanguineidad, entre otros aspectos, actúan de manera particular en las relaciones laborales y tienen una importante influencia sobre la dinámica productiva de la actividad textil.

1.3.1. La familia y la comunidad

La “familia” es entendida como una institución social conformada por una amplia red de relaciones de parentesco construidas socialmente y ligadas a determinadas prácticas y reglas de convivencia (Román et al. 2009). Estas residen en una unidad doméstica u hogar, el cual básicamente representa el espacio donde las personas organizan las actividades de reproducción cotidiana y generacional (Peiró 2005). Según López, Salles y Tuirán (2001) y Rubalcava y Salles (2001), existen diferentes tipos de unidades domésticas, a las cuales denominan: la “unidad doméstica obrera”, donde hay una separación entre el trabajo y la familia; y, la “empresa familiar”, en la cual se genera una asignación de tareas y actividades ligadas, tanto a la producción —trabajo— como a la reproducción —lo doméstico— entre los miembros del hogar. Cabe destacar que es precisamente en la “empresa familiar” donde se inserta el trabajo domiciliario, los talleres industriales o manufactureros y artesanales.

Según Xavier Albo y Galo Ramón (1994), autores que analizan las dinámicas organizativas de las comunidades de Bolivia, la mayor parte de las unidades de producción, tanto en la región andina como en las zonas amazónicas, se componen principalmente de la familia, sobre todo, de padres e hijos que se organizan para ejercer determinadas actividades productivas. No obstante, hay muchos casos en que los miembros de la familia extendida y ritual se incluyen en el trabajo sin compartir necesariamente el espacio de convivencia.

Las familias en el mundo andino se encuentran organizadas dentro de una “comunidad”, la cual constituye la principal unidad social que permite que las unidades de producción familiar puedan seguir funcionando (Albo y Ramón 1994). Si bien, ciertos trabajos pueden ser compartidos entre los comuneros —limpieza y adecuación de calles o construcción de espacios comunales —, la comunidad no es una unidad de producción, aunque sí tiene un papel complementario muy

importante para la organización de las familias y sus actividades. Albo y Ramón (1994, 91) determinan

por lo general la comunidad no funciona como una unidad productiva, pero las familias que viven en el campo pueden seguir siendo unidades de producción gracias a que entre ellas se organizan en una comunidad. Si cada familia estuviera aislada, no podría funcionar. Gracias a que están insertas en un contexto comunitario, se pueden reproducir, pueden seguir funcionando como unidades de producción.

De manera general, la comunidad puede ser definida como una institución conformada por un grupo definido de familias que comparten un sistema propio de gobierno, un territorio, normas, símbolos y significados (Albo y Ramón 1994), sin embargo, esta definición puede englobar muchos otros elementos.

En el Ecuador, la comunidad ha sido vista como una forma de organización social y económica de los pueblos indígenas que necesariamente está asociada a una ocupación territorial, esto significa que, “la comunidad es igual a organización social más territorio” (Torres 2004, 4). A partir de este planteamiento, se han abierto varias líneas de investigación, que según Martínez (2002) no permiten entender la especificidad de las comunidades indígenas del Ecuador y su funcionamiento.

A través del análisis de los diferentes elementos que abarca la definición de comunidad, Martínez (2002) establece que los aspectos centrales que caracterizan a las comunidades indígenas ecuatorianas son las siguientes:

a) La posesión en común de algún recurso comunal. b) Se encuentra conformada por grupos de familias que actúan interactivamente para enfrentar situaciones y necesidades concretas. c) La presencia de relaciones de “cooperación e interacción” entre las familias [...]. d) Las relaciones de parentesco conforman el tejido social y facilitan la fluidez de las relaciones de cooperación e interacción (27).

Esta caracterización es útil porque sugiere analizar la comunidad ligada a los procesos históricos, pero sigue incorporando elementos de la tradición al considerar que la comunidad está vinculada a la propiedad de bienes comunales y al mantener la confusión entre territorio y organización social (Torres 2004). Algo que limita el análisis de casos como las de Otavalo, donde la comunidad es producto de procesos concretos y puede extenderse por fuera del territorio.

De acuerdo con Torres (2004), las comunidades de Otavalo son resultado de diferentes hechos como: la Reforma agraria y la disolución del sistema hacendario; las políticas estatales que buscaban promover la educación y la salud en las zonas rurales; programas sociales y proyectos de desarrollo agropecuario; separación de comunidades más extensas; y, compra de tierras. Además, el proceso individual a través del cual varias familias tuvieron acceso a las tierras permite entender a la comunidad como “un espacio desterritorializado y transnacional de construcción de relaciones basadas en el parentesco consanguíneo y ritual” (435). Estas relaciones que se construyen incluso más allá del espacio comunal son las que precisamente han contribuido en la dinámica comercial y productiva de los kichwa-Otavalo insertos en la actividad textil.

1.3.2. La familia como la base de la estructura productiva en el caso otavaleño

Para los indígenas otavaleños, las relaciones familiares son fundamentales en la cadena productiva textil. Como anotaba Meier (1984) “la familia campesina es la más importante unidad social y económica” (84). Esto se refleja en los obrajes, las primeras fábricas y en las unidades de confección a domicilio. En el caso de los obrajes, por ejemplo, generalmente trabajaban familias enteras de hiladores y tejedores. Así lo retrata Borchart (2007) quien plantea que en el Obraje Mayor los tundidores —indígenas que se encargaban de igualar con tijera el pelo de los paños o telas de lana— pertenecían a un mismo ayllu.

Asimismo, tras la primera etapa de modernización textil, los indígenas utilizaban sus redes de parentesco y afinidad para insertarse en el trabajo fabril. Por esta razón la mayor parte de trabajadores declaraban haber llegado y conseguido trabajo en las fábricas gracias al apoyo de vecinos, amigos o familiares (Rivera 1988). Lo mismo sucedía en la década de los 70, donde la estructura productiva estaba compuesta por los miembros de la familia nuclear y extendida (Meier 1996). Además, los tejedores y comerciantes de diferentes comunidades estaban unidos por vínculos de parentesco y compadrazgo (Meier 1984).

Al parecer, el trabajo familiar sigue manteniéndose en los hogares dedicados a la confección, así lo muestran Martínez y North (2009), quienes a través de su investigación establecen que la mayoría de pequeños productores de jeans se apoyan en la mano de obra familiar no asalariada. Si bien la organización del trabajo al interior de la estructura familiar ha cambiado debido a la desaparición de algunas fases de la producción como el hilado (Meier 1984), hoy en día la

producción textil sigue basándose en una clara división del trabajo entre las personas que componen el hogar.

Las redes de parentesco han sido fundamentales para la población Kichwa Otavalo. Como apunta Alicia Torres (2005) “la base productiva y social de este empresariado indígena es, por un lado, la familia y, por otro, la comunidad; las dos construidas sobre la base de relaciones de parentesco, tanto consanguíneo como ritual” (434). Estas redes han sido utilizadas por los indígenas de múltiples maneras, tanto en el proceso de producción como en la comercialización.

El productor acude a la familia nuclear y ampliada que generalmente es de base comunal, pero no necesariamente. Es decir, el productor puede acudir a su familia ampliada en otras comunidades. El comerciante, por su parte, acude a sus lazos de parentesco real y ficticio de manera inter-comunal para adquirir la mercadería necesaria. El productor-comerciante, por lo general, tiene una base más comunal; es decir, los pequeños talleres se ubican en una misma comunidad y es en donde se recluta la mano de obra (Torres 2004, 9-10).

En este sentido, el empresario indígena ha sido construido sobre los lazos familiares y de confianza que mantienen dentro y fuera de la comunidad (Males 2012).

Asimismo, las habilidades en producción textil que poseen algunas familias están vinculadas a los lazos de parentesco. Si bien, eran los padres quienes enseñaban a sus hijos diferentes técnicas y el manejo de telares o máquinas (Borchart 2007), en ocasiones las relaciones de compadrazgo actuaban como un medio importante de transmisión de nuevas técnicas de tejidos (Meier 1984). Estas formas de transferencia de conocimientos ha sido la base para que las nuevas generaciones de indígenas mantengan la tradición textil. Sin embargo, también hay casos de familias confeccionistas cuyas habilidades fueron alcanzadas por el apoyo de primos, hermanos o vecinos de la comunidad.

Capítulo 2. Un antes y un después del sector textil y la confección domiciliar.

Contextualización y estrategia metodológico

La industria textil otavaleña ha sufrido una importante transformación. Por supuesto, los cambios no han sido de la noche a la mañana, ha tomado décadas y años de esfuerzo en manos de los indígenas, que en miras a mejorar la producción y generar ingresos para sus hogares han establecido diversas estrategias de innovación. Si bien, el indígena otavaleño es reconocido por su trabajo artesanal, hay que reconocer que hoy en día, gran parte de las unidades de producción trabajan bajo el uso de máquinas de coser eléctricas e insumos importados. Para conocer esta realidad es necesario hacer un recorrido sobre el funcionamiento de la actividad textil de Otavalo y examinar los cambios desarrollados en el interior de las unidades domésticas que se dedican a la confección.

En tal sentido, el presente capítulo tiene dos objetivos: en primer lugar, caracterizar el sector textil otavaleño a través de un recorrido histórico que permita entender la transformación de la manufactura otavaleña desde los obrajes hasta la actualidad. Y, en segundo lugar, plantear la estrategia metodológica y los instrumentos de recolección de datos que utilicé durante el trabajo de campo.

El capítulo se dividirá en dos secciones principales: en la primera, realizaré una caracterización del sector textil otavaleño a partir de fuentes primarias y secundarias. Partiré de una descripción general sobre la importancia de la industria textil y el peso de la confección en la economía ecuatoriana. Luego, aterrizaré a la situación de la actividad textil en Otavalo mediante un breve recuento sobre los obrajes, la modernización del sector durante el siglo XX y el estado actual de las unidades de confección domiciliarias —en cuanto a insumos, medios de producción y mano de obra— en comparación con el escenario imperante a finales del siglo. Cabe destacar que la información estadística presentada en esta sección fueron procesados a partir de los datos oficiales publicados en el año 2020 por el Banco Central del Ecuador (BCE), el Instituto de Estadísticas y Censos del Ecuador (INEC) y la Superintendencia de Compañías.

En la segunda sección abordaré los aspectos metodológicos de mi investigación. En esta parte presento información acerca de los talleres de confección a los que visité, las mujeres indígenas confeccionistas que protagonizan mi investigación y las técnicas que utilicé para la recolección de la información durante la construcción del presente trabajo.

2.1. Aspectos contextuales de la industria textil y la confección domiciliar

La industria textil del Ecuador tiene una larga tradición dentro de las actividades productivas del país. Si bien, este sector nace con los obrajes instaurados durante la Real Audiencia de Quito, fue a partir del siglo XX que alcanzó un desarrollo significativo y se convirtió en una de las primeras industrias manufactureras de la economía ecuatoriana (Cuvi 2011). Factores como las innovaciones técnicas, el crecimiento de la inversión y la diversificación de la producción, permitieron el surgimiento de las primeras fábricas textiles. Sin embargo, la restricción en la importación de maquinarias, derivado del contexto económico y político mundial a mediados del siglo XX —crisis internacional derivado de las Guerras Mundiales—, contribuyó para que los beneficios se sustenten en la explotación laboral y salarios demasiado bajos (Cuvi 2011).

En la actualidad el sector textil del Ecuador está conformado por tres grandes industrias: Fabricación de hilos, hilados, tejidos y confecciones; Fabricación de prendas de vestir; y, Fabricación de cuero, productos de cuero y calzado (BCE 2020). En cada uno de estos subsectores se fabrican una amplia variedad de productos textiles, catalogados de acuerdo con la Clasificación Internacional de Industrias Uniforme (CIIU) y la Clasificación Nacional de Actividades Económicas del INEC.

Pese a que la producción textil es muy diversificada, la industria más importante es la fabricación de prendas de vestir. Esto se debe a dos razones: primero, por su peso en la producción total de la economía y, segundo, debido a la cantidad de trabajadores que se concentran en este sector. De acuerdo con la información disponible, se estima que en el 2020 la industria de fabricación de prendas aportó con el 43% a la producción total del sector textil y concentró el 70% de todos los empleados de esta rama productiva (BCE 2020). Si comparamos el número de empleados que trabajan en cada una de las industrias manufactureras del Ecuador, la confección sigue en la primera posición. Según las estadísticas oficiales del BCE, de todos los trabajadores del sector industrial, el 16% se dedican a la fabricación de prendas de vestir.

Otra característica importante es que, en la industria de confección, así como en todo el sector textil, destaca la participación femenina. Los datos recogidos en la Encuesta Nacional de Empleo, Desempleo y Subempleo (ENEMDU) demuestran que el 65% de los trabajadores que se dedican a la fabricación de prendas fueron mujeres de 25 a 45 años (INEC 2020). No obstante, muy pocos confeccionistas trabajan en empresas grandes y bajo contratos laborales formales, la mayoría se

inserta en talleres de confección familiares o unipersonales de carácter domiciliario. Según los datos oficiales, en el año 2020, el 49% de los confeccionistas trabajaban por cuenta propia, una clasificación que se inserta dentro de los parámetros de la economía informal (BCE 2020).

En cuanto a la estructura productiva, es evidente que el tipo de empresas textiles que predominan en el país son las pequeñas empresas familiares. Los datos del Directorio de Empresas y Establecimientos (DIEE), que proporcionan una mirada sobre la estructura empresarial, demuestran que en el 2020 el 96% de las unidades productivas que elaboran algún tipo de textil son clasificadas como microempresas, de las cuales el 87% se dedican a la producción de prendas de vestir. Por el contrario, existen apenas 10 establecimientos catalogados como grandes empresas que se dedican a la fabricación de ropa, cifra que representa apenas el 0,05% del total de empresas textiles que funcionan en todo el Ecuador (Ver tabla 2.1).

Tabla 2.1. Estructura de empresas del sector textil ecuatoriano año 2020

Empresas	Microempresa (1 a 9 trabajadores)	Pequeña empresa (10 a 49 trabajadores)	Mediana Empresa A (50 a 99 trabajadores)	Mediana Empresa B (100 a 199 trabajadores)	Grande empresa (más de 200 trabajadores)	Total
Fabricación de productos textiles	2 404	135	29	21	23	2 612
Fabricación de prendas de vestir	16 573	440	48	19	10	17 090
Total	18 977	575	77	40	33	19 702

Elaborado por la autora a partir del INEC (2020).

Esto quiere decir que, el sector textil nacional se sustenta en la producción de miles de trabajadoras cuentapropistas y microempresarias que laboran de manera informal en distintas zonas del país y funcionan bajo la modalidad de trabajo domiciliario.

Las provincias que concentran el mayor número de empresas confeccionistas son: Pichincha, Guayas, Tungurahua, Azuay e Imbabura. Lo que significa que la producción textil es una de las industrias más importantes de la Sierra ecuatoriana. De igual modo, al realizar un ranking de los

10 cantones más importantes según la cantidad de establecimientos productores de ropa que se ubican en ellos, es posible identificar las zonas de mayor producción de confecciones (ver tabla 2.2). Las estadísticas reflejan que Quito, Guayaquil, Cuenca y Ambato encabezan el ranking. El dinamismo económico y la actividad empresarial que existe en estas ciudades ha permitido que solo estas cuatro concentren el 53% de las empresas confeccionistas.

En esta lista, también están Antonio Ante y Otavalo, que se encuentran en quinto y sexto lugar respectivamente con el 3% de establecimientos. Si bien, son cantones más pequeños en relación con los primeros del ranking, ambas concentran una cantidad considerable de microempresas.

Tabla 2.2. Ranking de cantones que concentran unidades productivas confeccionistas 2020

Nro.	Cantón	Microempresa	Pequeña empresa	Mediana empresa	Grande empresa	Total
1	Quito	4 052	145	29	4	4 230
2	Guayaquil	2 033	60	13	2	2 108
3	Cuenca	1 493	44	8	1	1 546
4	Ambato	1 169	47	9	1	1 226
5	Antonio Ante	531	41	3	0	575
6	Otavalo*	533	5	0	1	539
7	Riobamba	411	12	0	0	423
8	Santo Domingo	405	4	1	0	410
9	Machala	217	2	0	0	219
10	Durán	189	2	2	2	193
	Demás cantones	5 729	80	4	1	5 814
	Total	16 573	440	67	10	17 283

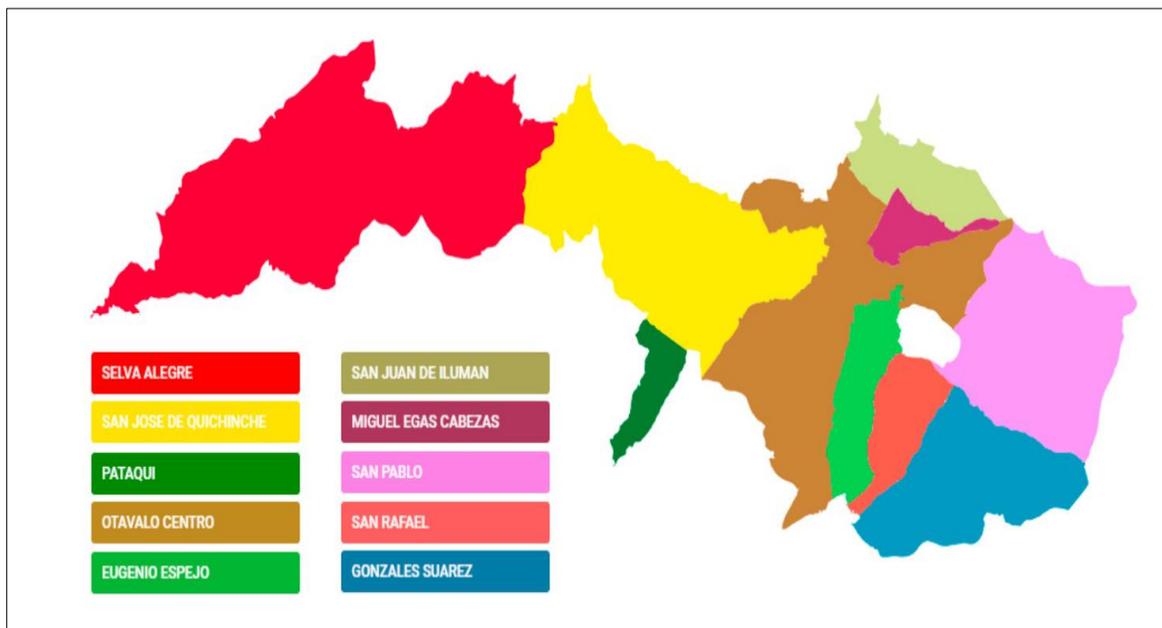
Elaborado por la autora a partir del INEC (2020).

En Otavalo la industria textil parte de los obrajes y batanes en los que participaban principalmente los indígenas de la zona, en cambio en Antonio Ante no hay datos que registren la existencia de este sistema de trabajo (Paredes 2010). Según César Paredes (2010), en Atuntaqui, cabecera cantonal de Antonio Ante, el textil empezó a desarrollarse alrededor de 1925 con el

establecimiento de la Fábrica textil Imbabura. Es recién en 1997, con el cierre de esta fábrica, que empiezan a aparecer un sin número de talleres dedicados a la confección de prendas de vestir. En tal sentido, los referentes de la actividad textil en Otavalo son más antiguos que las de Antonio Ante y están relacionados, tanto a los obrajes, como a los conocimientos ancestrales de los indígenas otavaleños (Meier 1985).

2.1.1. Caracterización del sector textil otavaleño

Mapa 2.1. Otavalo y sus parroquias



Fuente: Cartografía Cultural Otavalo

Otavalo es un pequeño cantón de la Sierra Norte del Ecuador que tiene una extensión aproximada de 579 kilómetros cuadrados. En base a los datos censales recogidos en el año 2022, se estima que en esta zona habitan 114.303 personas —41.718 en la parte urbana y 72.585 en la parte rural— de los cuales el 67% se autoidentifican como indígenas, el 31% como mestizos y el 1,3% está conformada por la población considerada como afroecuatoriana, blanca, montubia y otras autoidentificaciones.

De acuerdo con el Plan de Ordenamiento Territorial de Otavalo, una de las principales actividades que forman parte de la dinámica productiva es el comercio y la producción textil, el cual representa un aspecto distintivo de la identidad Kichwa Otavalo. Las cifras del Censo reflejan que para el 2022 el 32% de la población económicamente activa trabaja por cuenta

propia. A su vez, el 11% de estos trabajadores independientes se dedican a la producción textil. Este porcentaje es el más alto si se le compara con otras actividades manufactureras desarrolladas en el cantón.

A partir de la información publicada en el DIEE (2020) es posible identificar que el 98% de las empresas textiles otavaleñas son microempresas que se encuentran distribuidas principalmente en las zonas rurales del cantón, y de estas, el 79% se dedican a la elaboración de prendas de vestir (Ver tabla 2.3). Las microempresas se diferencian de otros establecimientos debido a que, todo el proceso productivo se ejecuta dentro de la vivienda del trabajador. Hay que mencionar, además, que en Otavalo hay 8 establecimientos catalogados como pequeñas empresas y 2 que clasifican como empresas grandes.

Tabla 2.3. Estructura de empresas del sector textil otavaleño, año 2020

Empresas	Microempresa	Pequeña empresa	Mediana Empresa	Grande empresa	Total
Fabricación de productos textiles.	139	3	0	1	143
Fabricación de prendas de vestir.	533	5	0	1	539
Total	672	8	0	2	682

Elaborado por la autora a partir del INEC (2020)

Las pequeñas empresas otavaleñas que se encuentran registradas en la Superintendencia de Compañías son: Medias Cris García, Kaypitex, Aly textiles, Jeemsotex e Industrias Arellano, todas entran en la línea de confecciones. Mientras que las 2 empresas grandes son: Pinto, fundada en 1913 que se dedica a la confección de prendas de vestir; e Indutexma que desde 1970 produce distintos tipos de telas y tejidos de punto. Ambas tienen una larga trayectoria dentro de la industria otavaleña, sobre todo Pinto, que fue una de las primeras fábricas instaladas en Otavalo.

La producción textil otavaleña es bastante diversificada. Según Hernán Jaramillo (2021) los confeccionistas de esta zona producen distintos tipos de prendas, desde sacos y ponchos de lana destinados al mercado turístico nacional y extranjero, hasta calcetines, chompas y ropa deportiva

dirigida al mercado local. Los otavaleños han logrado insertar exitosamente los tejidos y confecciones con motivos decorativos andinos en el mercado mundial, el cual está vinculado a la migración de los kichwa-Otavaló. Lo contrario sucede con las demás prendas elaboradas a base de telas importadas, ya que se enfrentan a una gran competencia de fabricantes nacionales e internacionales (Jaramillo 2021).

Si bien, el éxito de la producción textil otavaleña en el mercado mundial inicia durante la segunda mitad del siglo XX, Otavaló tiene una larga tradición en la producción textil. Hernán Jaramillo (2021) apunta que las destrezas textiles de los indígenas tienen sus precedentes en la época prehispánica. Luego, con la conquista española, las habilidades en hilado y tejido que esta población dominaba ampliamente fueron aprovechadas dentro de los obrajes (Borchart, 2007).

2.1.2. Los obrajes en Otavaló

Los obrajes fueron un sistema de producción textil instaurado por la Corona española durante la segunda mitad del siglo XVI. Este sistema de producción fue esencial para la dinámica productiva de la Real Audiencia de Quito. Meier (1996) describe

los obrajes se convirtieron en el soporte central de la economía colonial, puesto que a partir de ellos se producía exactamente lo que los españoles querían: bienes exportables que pudieran rendirles lo suficiente como para pagar los tributos a la Corona e importar productos de lujo, tanto del Perú como de Europa (74).

A medida que crecía el número de obrajes, poco a poco distintos sectores de la sociedad colonial empezaron a depender de la actividad textil.

Guerrero (1977) señala que había diferentes tipos de obrajes, algunos eran establecidos por los encomenderos y otros más pequeños eran instalados por los españoles en sus propios hogares. Estas unidades productivas eran grandes talleres artesanales que al parecer se inspiraron en el trabajo artesanal doméstico que funcionaba en el imperio Inca.

El proceso productivo se basaba en una clara división del trabajo, es decir, los indios estaban especializados en hilatura, tejeduría, teñido de fibra, lavado y preparación de lana y algodón (Guerrero 1977). Los insumos textiles eran proporcionados por las haciendas cercanas, donde los indígenas se encargaban de prepararlos para que posteriormente ingresen a los obrajes. Según la documentación y archivos existentes, entrados a 1681 en Otavaló existían dos obrajes principales que estaban bajo el control de la Corona Española: San Luis de Otavaló y San José de Peguche

(Rivera 1988; Borchart 2007). El obraje de Otavalo era el más grande e importante de la Real Audiencia de Quito. Fue fundado en 1594 por el encomendero Rodrigo de Salazar para cobrar el tributo tasado a las comunidades (Guerrero 1977). Aquí trabajaban alrededor de 490 “indios enteros”, que eran indígenas obligados a pagar enteramente la tasa tributaria.

El obraje de Peguche se instaló alrededor de 1620 en la comunidad que lleva el mismo nombre. En este lugar laboraron cerca de 200 indios en la producción de casimires, telas y prendas ordinarias que se enviaban a trabajadores mineros de Perú y Colombia (Lebret 1981). La actividad textil en esta comunidad sigue siendo la más reconocida, dado que aquí se empezaron a elaborar “una diversidad de productos textiles que han dado fama a los artesanos y comerciantes de la región” (Jaramillo 2021). Sin embargo, con las olas migratorias de artesanos y comerciantes otavaleños desarrolladas en 1970 y 1990, se dio un significativo crecimiento de la producción textil que se extendió en gran parte de las comunidades indígenas.

Los españoles instauraron los obrajes en Otavalo con el fin de aprovechar la mano de obra indígena y las habilidades de los *cumbicamayos* —indígenas especializados en la artesanía textil— que habitaban en esta zona (Rivera 1988). No obstante, la elaboración de textiles “encerraba un mundo de injusticias y de opresión” (Jaramillo 2021, 11), ya que se sustentaba en el trabajo de hombres, mujeres e incluso niños indígenas bajo diversas formas de dominación y explotación. Al respecto, Álvaro San Feliz (1988) en *Monografía de Otavalo* escribe “la existencia de obrajes llena todo un capítulo doloroso en la explotación humana en Otavalo” (266). Esta población estaba sometida a constantes maltratos y enfermedades, algunos morían dentro de los mismos talleres debido a las malas condiciones del lugar y la poca alimentación que recibían (Jaramillo 2021).

Pese a los diversos mecanismos de los terratenientes por captar mano de obra indígena y la expropiación de sus tierras, los kichwa Otavalo pusieron resistencia y empezaron a trabajar textiles por cuenta propia en sus hogares (Meier 1985). Según señala Joseph Casagrande (1976), la instalación de los obrajes influyó en el reconocimiento que alcanzaron los indígenas en las décadas siguientes. Además, este autor considera que las habilidades aprendidas por los kichwa en estas unidades de producción fueron utilizadas en su propio beneficio, pues, no cabe duda de que los conocimientos adquiridos fueron utilizados posteriormente por los indígenas en sus

pequeños talleres. Por supuesto, hay todo un proceso histórico y una lucha política que requiere una mayor profundización, sin embargo, excede las posibilidades de este trabajo.

Durante todo el siglo XIX, los obrajes se enfrentaron a diversos problemas, uno de ellos los altos costos de producción y una creciente competencia de textiles extranjeros que los obligó a cerrar (Meier 1985). Los pequeños talleres de confección que se sustentaban en la mano de obra familiar lograron sobrevivir gracias a la inserción de sus productos en Colombia. A partir de 1860 empezó una nueva época de la industria textil, muchos de los obrajes se transformaron en unidades de producción mecanizadas, se importaron máquinas de diverso tipo y se implementaron técnicas de producción más modernas (Meier 1985).

Esto no significó un deterioro de la producción textil en manos del campesinado indígena. Meier (1985, 102) determina que “la producción fabril solo era posible en un conjunto muy limitado de ramas económicas y los campesinos-artesanos seguían siendo los que abastecían el grueso del consumo textil (y de otros bienes manufacturados) a la población rural”. Es decir, los artesanos independientes seguían siendo las principales unidades de producción que suministraban la industria textil.

2.1.3. Primeras fábricas: modernización del sector textil otavaleño

Rivera (1988) ubica dos etapas de modernización y mecanización de sector textil otavaleño. La primera etapa se desarrolla durante la primera mitad del siglo XIX gracias a la inversión que empezaron a realizar algunos terratenientes en la producción textil. Tal es el caso del Obraje de Peguche cuyo propietario, para ese entonces Manuel Jijón Carrión, en 1838 empezó a mecanizar las instalaciones y la convirtió en una fábrica de tejidos de lana. A finales de 1850 se instala la fábrica de tejidos de algodón llamada “La Quinta”. Esta fue fundada por Pedro Pérez Pareja, un terrateniente que logró incorporar en el proceso productivo maquinaria importada desde Inglaterra.

A pesar de que las instalaciones y el sistema de producción en estas dos primeras fábricas sufrieron importantes cambios, al interior de estas unidades los indígenas aún trabajaban bajo condiciones de explotación y maltrato muy fuertes. En conversación con Luis, joven indígena que trabaja como guía del Museo Viviente Otavalongo —antigua fábrica San Pedro— menciona que para 1950 los indígenas aún vivían bajo constantes abusos de los patrones y capataces dentro de

las fábricas. Luis recoge la experiencia de un extrabajador mestizo de la fábrica San Pedro en su primer día de trabajo y narra lo siguiente:

En 1956 aparece aquí un señor llamado Arturo Benalcázar, les voy a hablar de la misma forma que él nos detallaba. “Primer día entrar a trabajar yo, en mi ciudad natal, qué hermoso, pero el primer día me llevé una mala impresión. Cuando entro, el patrón agarrado de un *taita* mayor, agarrado del pelo, en el suelo. Tack, tack, le daba como a bombo”. “Llora pues chuccha” disque le decía el patrón al *taita*. Y este señor, “me llené de odio” dice. “Mi alegría de entrar a trabajar me dio más tristeza, porque yo he visto a mujeres llorar, y es triste, pero ver a un hombre anciano llorar..., diferente” dice. [...]. “Agarrado del pelo, como a perro le fue llevando en cuatro patas al *taita*” dice. “Desapareció y vino lavándose las manos, como que no paso nada. Me explicó dónde voy a trabajar, [...]. Me enseñó, todo bien y sin nada de remordimiento”. “Acabó y yo corrí atrás a verle” dice. “El *taita* sentado en el telar, el labio partido, la ceja partida, hinchado el ojo, como *wawa* llorando atrás..., trabajando”. “¿Por qué te pegó?” le pregunta este señor. Y responde “es el patrón, él sabe”. “Pero ¿qué hiciste?” le vuelve a preguntar. Y el *taita* responde “nada..., solo vivir” (entrevista a Luis, guía museo Otavalongo, 30 de abril de 2024).

Una cruel realidad que no solo atravesaron hombres indígenas, sino también mujeres, niños y ancianos dentro de las fábricas textiles de Otavalo. Tales experiencias quizás no se registraron en documentos e incluso en investigaciones de la época, pero siguen guardados en la memoria de nuestros *taitas* y *mamas*.

De acuerdo con Rivera (1988), Jijón y Pérez tenían grandes extensiones de tierra y acceso a la mano de obra indígena. Es decir, tenían el poder y los suficientes excedentes monetarios para invertir grandes cantidades de dinero en la compra de maquinarias y aumentar la productividad. De modo que se convirtieron en los pioneros en la mecanización de la industria textil otavaleña. No obstante, tras el terremoto de 1968 ambas fábricas sufrieron daños irreparables y tuvieron que cerrar (Rivera 1988).

La segunda etapa de modernización se da a inicios del siglo XX. La llegada del ferrocarril y la firma de un Tratado comercial con Colombia en 1906 permitieron una mayor dinamización de la economía y la entrada de Otavalo al comercio interregional. Además, la reducción de las importaciones a raíz de la Primera Guerra Mundial obligó a los productores otavaleños aumentar la producción para cubrir la demanda de textiles. Dadas estas circunstancias, muchos obrajes y obrajuelos se mecanizaron y se crearon nuevas fábricas textiles. Cuví (2010) hace un recuento

similar de esta etapa de modernización del sector textil ecuatoriano. Según este autor, a partir de 1910 el sistema obrajero empezó a desaparecer y se dio una transformación del textil a un sistema más empresarial.

En esta etapa se crearon varias fábricas en manos de la élite otavaleña. La más importante y que sigue funcionando hasta hoy es la Pinto —inicialmente llamada San Miguel— fundada por los hermanos Tomás y Joaquín Pinto, el cual es para Rivera (1988) “un caso que expresa un proceso económico, donde la acumulación de capital proviene de actividades comerciales locales y de excedentes logrados a base de una producción textil generada en talleres con baja tecnología” (49). Al parecer, estos hermanos adquirieron conocimientos en textil al trabajar un tiempo en la fábrica Industrial Algodonera. Con las destrezas adquiridas, los Pinto instalaron su propio taller donde confeccionaban tejidos de punto con máquinas muy básicas. A partir de 1925 la fábrica incorporó constantemente tecnología nueva y creció rápidamente.

Los Pinto, no solo lograron sumar maquinaria norteamericana y alemana en sus instalaciones, sino que también acumularon en su poder años tras año varias fábricas como: la Inca Sedalana en Quito, Laconia, medias Nylon Pinto y la fábrica hilandera Cotocollao, todas solo en la década de 1950 (San Félix 1988). Para finales del siglo XX los Pinto eran dueños de Inca Sedalana, Susantex, Medias Pinto, Hilatura Andina y Tejidos Pintex —las tres últimas aún están activas y se encuentran registradas en la Superintendencia de Compañías—. En 1970 los principales insumos utilizados por la fábrica Pinto eran el algodón nacional, poliéster y nylon. Para 1978 incorporaron insumos sintéticos y maquinaria más sofisticada, con lo cual ampliaron su línea de confecciones en algodón.

2.1.4. Del trabajo artesanal a la producción textil “industrial”

La tradición textil otavaleña estuvo ligada inicialmente a la fabricación de hilados, tejidos y prendas destinadas principalmente para el autoconsumo y una pequeña parte al mercado local (Jaramillo 2010; Meier 1996). Ahora se ha dado una importante reconfiguración tanto de los mecanismos de producción como de los diseños textiles. Tal es así que el Instituto de Antropología Otavaleño (IOA) pronuncia de manera reiterada la preocupación por la pérdida de los conocimientos ancestrales y habilidades propiamente artesanales que forman parte de la identidad Kichwa Otavalo. Por ende, es esencial mirar cómo se han configurado los medios de

producción, los tipos de productos y las formas de organización del trabajo en la actividad textil otavaleña.

Los cambios más significativos empiezan a finales del siglo XX, para ser más específicos alrededor de 1960 con la llegada del orlón (Jaramillo 2010) —una fibra sintética muy parecida al algodón con la cual se elaboraban hilos—. Meier (1985) hace una descripción muy completa del sector textil otavaleño en 1978. Según este autor, para estos años casi ya no existían hogares que destinaban sus textiles al consumo doméstico. Si bien, de vez en cuando los indígenas fabrican un poncho o bayeta para su propio uso, todo lo producido en el taller tenía como fin el mercado.

El número de confeccionistas a domicilio creció enormemente, pues de acuerdo con Meier (1985) “casi no hay hogar campesino que no tenga por lo menos un telar”. A partir de una encuesta realizada a los artesanos textiles y los datos censales de 1974, Meier afirma que Otavalo es el cantón más industrializado del Ecuador y predomina el trabajo textil independiente. En las 30 comunidades encuestadas había en total 576 hogares dedicados a la artesanía, de los cuales el 92% se dedicaban a la producción textil.

En esta época ya existían talleres indígenas que trabajaban con máquinas de coser sofisticadas. Por ende, las unidades de producción artesanales coexistían con otras más mecanizadas. Esto quiere decir, que mientras había talleres artesanales donde los niveles de producción eran muy bajos, los que habían incorporado telares y máquinas de confección eléctricas fabricaban grandes lotes de tejidos y prendas de vestir.

Los altos niveles de inversión que se requerían para obtener medios de producción mecanizados impidieron que los artesanos más pobres puedan competir con los talleres de confección más grandes. Solamente unos cuantos indígenas que tenían el capital económico suficiente y acceso a créditos bancarios lograron mejorar sus establecimientos y aumentar la productividad. Los demás productores lograron mantenerse a flote porque complementaban sus ingresos con otras actividades como la agricultura y la crianza de animales (Meier 1985).

En 1978 en Otavalo los artesanos indígenas tejían fajas, bayetas, cobijas, suéteres, ponchos y lienzos. Para el hilado utilizaban un torno de madera o el huso tradicional y en el tejido utilizaban el telar de cintura o telar de pedales introducidos por los españoles (Jaramillo 2010). Ambos instrumentos podían ser heredados, fabricados por el mismo artesano o comprados. Los

productos elaborados eran vendidos directamente a los consumidores, a comerciantes mayoristas y minoristas e incluso a exportadores.

Algunos textiles, como los suéteres, estaban destinados para los turistas extranjeros o el mercado internacional, por ende, los productores adaptaban los diseños a los gustos y preferencias de la demanda externa. Los productores de ponchos, que antes eran numerosos dentro de las comunidades, han disminuido debido a que los indígenas ya no usaban de manera regular esta prenda (Meier 1985) y preferían “adoptar la moda occidental” (Jaramillo 2010, 40). Los otavaleños especializados en la producción del poncho de dos caras lograron mantener su producción, pues la calidad y finura de estas prendas permitió que los tejedores puedan obtener un precio elevado por ellos (Meier 1985).

Los talleres mecanizados o talleres domiciliarios a los cuales Meier (1985) llama pequeñas “industrias domésticas” empezaban a surgir esporádicamente en las comunidades en manos de unos pocos indígenas. Esto significaba todo un reto, dado que era necesario tener “capital, conocimientos técnicos y administrativos, así como buenas relaciones comerciales y bancaria[s]” (143). La inversión total que utilizaban para adquirir máquinas rondaba cerca de los 5 millones de sucres. La ventaja de la mecanización radicaba en el nivel de productividad que alcanzaban, pues podían producir en mayor cantidad y aun ritmo mucho mayor que los talleres artesanales.

Este tipo de talleres más “mecanizados” podían producir un sin número de productos como: bolsos, vestidos, sacos, ropa deportiva, calcetines, camisas, ponchos, ropa interior, etc. Es decir, a diferencia de los artesanos que se enfocaban en indumentaria tradicional, diseños y prendas con simbología andina, las pequeñas unidades de producción industrial producían, tanto confecciones étnicas destinadas para la exportación, como “ropa ordinaria” dirigida al mercado local.

2.1.5. De fibras naturales a insumos artificiales

A finales de los 70, la materia prima más utilizada por los tejedores eran la lana y algodón —ya sea en crudo o hilado— que adquirían generalmente en las ferias de la ciudad —aunque unos pocos talleres los producían en sus mismos talleres o los compraban a vecinos de la comunidad—. Las mujeres se encargaban del lavado de la lana, mientras que el teñido estaba en manos de los hombres. La necesidad de ampliar el volumen de producción de las nacientes industrias domésticas incentivó la adquisición de telas de origen industrial e hilados de fibras sintéticas y artificiales.

Durante los años setenta las fibras naturales fueron sustituidas casi por completo por el orlón para la elaboración de la mayoría de los tejidos, el cual se incorporó al mercado textil otavaleño en la década de los 60 (Jaramillo 2010). La llegada de este nuevo insumo al mercado textil otavaleño representó un cambio significativo para el sector, permitiendo abaratar los costos de producción y reducir los tiempos de trabajo (Célleri 2018). Esto redujo en gran medida la cantidad de hiladores y contribuyó al aumento de tejedores. Si bien, este nuevo insumo, importado desde países como Estados Unidos, Canadá y Japón, era el ideal para la producción de prendas por su resistencia, fácil lavado y durabilidad, era perjudicial para la salud debido a la cantidad de electricidad estática que acumulaba.

El cambio de lana a orlón no solo significó una reconfiguración de los productos textiles, también implicó una ruptura de una de las fases del proceso productivo, puesto que prácticamente desapareció el trabajo de hilado realizado por algunos miembros del hogar (Jaramillo 2010). Además, si bien varios estudios dan cuenta de que tanto hombres como mujeres participan en las distintas fases productivas (Hamilton 1998; Prieto 2015; Prieto y Miranda 2018), el crecimiento de la producción y el comercio textil como resultado del uso del orlón provocó una transformación en la división sexual del trabajo dentro de los hogares indígenas (Célleri 2018).

El uso del orlón se generalizó en la región de Otavalo y determinó la ruptura de una tradición en la producción de tejidos: la división del trabajo que establecía quiénes —en el seno de la familia— debían realizar cada una de las fases, desde la obtención de la lana hasta el acabado de la tela. Con la facilidad de adquirir hilos industriales, los niños, las mujeres y los ancianos que se encargaban de retirar las impurezas, lavar, cardar e hilar la lana, quedaron desocupados y pasaron a realizar otras tareas. El hombre, quien siempre debía urdir y tejer, siguió dedicado a lo suyo (Jaramillo 2010, 39).

Con el tiempo otros insumos parecidos al orlón con diferentes nombres comerciales aparecieron en Otavalo, la mayoría provenientes de Japón (Jaramillo 2010). Incentivados por la entrada de nuevas fibras —incluso más baratas—, a finales de los 60 las fábricas cambiaron por completo sus máquinas. Por su parte, los confeccionistas independientes compraron telares y máquinas de coser eléctricos de mayor productividad, de modo que las fibras sintéticas se convirtieron en el insumo principal. Estos cambios dieron origen a la pequeña y mediana industria textil en Otavalo (Jaramillo 2010).

Hoy en día, si salimos a la Plaza de Ponchos podemos observar que el hilado de fibra natural ya no se comercializa. Raras veces en una esquina de la plaza se colocan un par de indígenas de avanzada edad con pequeñas cantidades de hilado de lana. Estos son adquiridos por unos cuantos productores artesanales de ponchos tradicionales de dos caras, producto que sigue vendiéndose a un precio muy alto. Actualmente el precio de este tipo de ponchos ronda alrededor de los 200 y 300 dólares.

Con todo esto, es posible ver que, el proceso de modernización del textil se fue dando paulatinamente. Según las anotaciones de Meier, para 1978

el éxito económico de la artesanía otavaleña fue posible sólo en base a una continua adaptación de la producción a las nuevas exigencias del mercado. En las últimas tres décadas los otavaleños han introducido nuevos productos, diseños, materias primas, herramientas, técnicas y sistemas de comercialización. Junto con estos cambios, la sociedad otavaleña ha sufrido una serie de transformaciones económicas, sociales y culturales (128).

Todos estos cambios desarrollados a finales del siglo XX y el crecimiento de la demanda de textiles se han dado a raíz de una serie de factores, tales como el éxodo del kichwa-Otavalo a diferentes países, la construcción de la Panamericana y la creación de la Plaza de Ponchos en 1971 que permitieron el aumento del flujo de turistas (Jaramillo 2010). Hay que resaltar la migración, pues la transformación en el sector textil también está ligada a la necesidad de los indígenas de aumentar el volumen de producción e incorporarse en mercados tanto nacionales como extranjeros.

2.1.6. Migración en la transformación del textil otavaleño

Los productos textiles otavaleños son apreciados a nivel local e internacional, principalmente porque los migrantes indígenas han logrado insertar sus productos en el mercado textil de diversos países. Las técnicas y diseños incorporados en estos textiles forman parte de la identidad indígena de Otavalo, lo cual contribuye a su comercialización (Jaramillo 2010). No obstante, los procesos migratorios han ido reconfigurando diversos aspectos de la producción textil como el diseño, los insumos y los medios de trabajo utilizados.

La entrada de los Otavaleños dentro de los circuitos comerciales mundiales ha traído importantes consecuencias en la producción. Según Luciano Martínez (2013), la migración influyó en la generación de una rápida tecnificación de los medios de producción, lo cual implicó el

crecimiento de la fabricación industrial y la decadencia de los talleres artesanales. En otras palabras, como “es el mercado global el que impone las reglas de juego en el consumo de las mercancías” (9), los otavaleños han tenido que adaptar sus productos, rediseñarlos y buscar métodos para aumentar el volumen de producción.

El viaje de Rosa Lema a las Naciones Unidas en 1949 fue un factor clave que dio fama mundial, no solo al trabajo artesanal, sino a los kichwa Otavalos que se popularizaron como “únicos” (Ordoñez 2008). A partir de entonces los tejidos otavaleños han ganado nichos de mercado en diversos países de América Latina, Asia y Europa, y al mismo tiempo han incentivado la llegada de una gran cantidad de turistas extranjeros. Jaramillo (2010) plantea que si bien este viaje, auspiciado por el entonces presidente Galo Plaza, tuvo como fin promocionar al Ecuador, también salió beneficiado en gran medida el textil otavaleño, pues abrió camino para que otros indígenas salgan a países como Colombia, Venezuela, Perú, Chile y Brasil.

A medida que crecía la demanda de los textiles étnicos, la producción también se amplió significativamente a otro tipo de prendas como la “ordinaria”. Había más indígenas que buscaban ampliar sus niveles de producción a través de estrategias como la mecanización y el uso de insumos importados para reducir costos de producción y ser más competitivos. Además, diversos hogares, apoyados de lazos familiares y de parentesco han podido forjar unidades productivas que participan de todo un complejo circuito de producción y comercio textil fuera y dentro de la ciudad de Otavalo.

2.1.7. El sector textil actual: un preámbulo

En la actualidad, no es posible encontrar con facilidad unidades domésticas propiamente artesanales, a excepción de unos pocos productores de fajas y tapices que mantienen la producción tradicional. Ahora, los hogares confeccionistas trabajan en máquinas de coser eléctricas que compran en los locales de la ciudad y los pocos establecimientos que elaboran tejidos utilizan enormes y complejas máquinas industriales. Bien apunta Kyle (2001, 1) “los Otavaleños han labrado un nicho en el mercado global para artesanías de bajo costo manufacturadas por mano de obra familiar, utilizando tecnologías de escala pre-industrial e industrial”.

Dadas estas circunstancias, en las ferias es posible encontrar un sin número de textiles, desde ponchos con motivos y diseños andinos, hasta ropa ordinaria. Por ende, no cabe duda de que la

producción artesanal ha pasado a un segundo plano. Incluso aquellas prendas vendidas como “artesanales” provienen del sistema de producción en serie o confeccionadas en máquinas de coser eléctricas que en los almacenes se etiquetan como “industriales” debido a la capacidad y velocidad que poseen.

Los insumos —hilos y tejidos— ya no se producen en la estructura productiva familiar como sucedía décadas atrás, ahora la mayor parte de la materia prima es importada. Si bien, en las calles contiguas a la Plaza de Ponchos destaca la presencia de locales comerciales de telas andinas, en varias calles de la ciudad se venden telas de todo tipo, principalmente telas Lickra, tela polar y tela piel de durazno, aunque esto suele cambiar constantemente en función de la moda, gustos y preferencias de los consumidores. En tal sentido, la presencia de estos locales está relacionado al crecimiento de la producción de prendas ordinarias tales como: ropa deportiva, conjuntos de pijamas, calentadores, camisetas, etc. Asimismo, cabe mencionar que el incremento y la diversificación de la producción se visibiliza en la ampliación de las zonas de comercialización de textiles: la Plaza de Ponchos y el Copacabana. En ambos se concentran un sin número de comerciantes mayoristas y minoristas cuyos productos se direccionan a distintos tipos de consumidores.

2.2. Estrategia metodológica

Tal como se planteó en la sección anterior, la actividad textil en Otavalo se sostiene de unidades de producción domiciliar donde los miembros de la familia, unidas por lazos consanguíneos o rituales, constituyen la base de la estructura productiva. Esto quiere decir que, gran parte del proceso productivo de confección textil se ejecuta en la intimidad del hogar y sobre una compleja superposición de relaciones familiares, comunitarias, laborales y comerciales. Estas características sugieren la necesidad de utilizar una metodología de investigación cualitativa de corte etnográfico, ya que al priorizar el contacto directo del investigador con las experiencias cotidianas de las personas permite un acercamiento a las dinámicas y los distintos tipos de relaciones que se generan, de tal manera que sea posible una comprensión más completa de los actores que se desea estudiar (Cadena, et al. 2017).

Los instrumentos para recolectar la información apropiados en este caso son la observación y las entrevistas, pues por medio de ellos es posible reflexionar “sobre el papel de los actores sociales que dan cuenta de sus acciones en determinado contexto, la forma en que adquirieron

determinado oficio, profesión o rol en la vida y que en buena medida marca su identidad” (Recinas 2017, 227).

El lugar donde se realizó el trabajo de campo es Otavalo, cantón reconocido en una extensa literatura como un importante centro de producción textil desde la época de la colonia. Cabe aclarar que, si bien, en la mayoría de las investigaciones destaca la producción textil existente en la comunidad de Peguche, donde se instaló uno de los obrajes más importantes de la Real Audiencia de Quito, en este trabajo me concentro en la condición de las mujeres confeccionistas que trabajan en otras zonas rurales del cantón.

Esta decisión parte de mi interés en analizar la expansión de la actividad textil a otras comunidades donde nunca se instalaron obrajes o que el textil no formó parte de sus actividades productivas tradicionales. Además, reconozco que hay investigaciones que estudian las condiciones de explotación y maltrato que atravesaron los indígenas dentro de los obrajes y las fábricas, sin embargo, no existen trabajos que den cuenta de las condiciones de precariedad existentes dentro de las unidades domésticas indígenas actuales y las desigualdades socioeconómicas sobre la que se sostiene la dinámica de producción de la industria textil otavaleña.

Esta investigación se centra en la situación de las mujeres indígenas confeccionistas de cuatro comunidades rurales. Estas son: Cuatro Esquinas y Huayco Pungo, que pertenecen a la parroquia de San Rafael de la Laguna; Cuaraburo de la parroquia de Eugenio Espejo; y Pinsaquí, que forma parte de la parroquia de Ilumán. En estas zonas la actividad textil es más reciente en comparación con Peguche, pero es conocido que los habitantes de estas comunidades tienen un fuerte lazo con el trabajo artesanal. Por ejemplo, San Rafael es reconocido por los artesanos que trabajan la totora y en Ilumán se destaca el trabajo artesanal de sombreros de lana fieltrada. En ambas parroquias hoy se ha dado un importante crecimiento de hogares que trabajan en la confección de prendas de vestir, especialmente en Ilumán donde el número de hogares confeccionistas de prendas de vestir supera a otras parroquias rurales del cantón. Dicho esto, en los siguientes dos apartados detallaré el proceso que seguí en el trabajo de campo, las visitas a las mujeres confeccionistas con las que logré contactar y la manera en que apliqué las técnicas de recolección de datos.

2.2.1. Observación participante

Como mujer kichwa-Otavalo esta investigación nace a partir de mi trayectoria dentro de la comunidad y mi vínculo en el comercio de textiles, una actividad que ejercen ocasionalmente mis padres. Esto facilitó mi inserción en los talleres de confección dentro de las diferentes comunidades y me permitió llevar a cabo el ejercicio de observación participante, técnica que como menciona Recinas (2017, 275) se realiza “con la finalidad de observar las prácticas, las relaciones y la dinámica del grupo”. Este ejercicio fue útil para conocer las condiciones de vida de las mujeres, la dinámica productiva/familiar y los distintos vínculos que intervienen dentro de una unidad doméstica dedicada a la confección textil.

A pesar de que soy una mujer kichwa-Otavalo fue un tanto complicado lograr que las confeccionistas acepten mi presencia dentro de sus talleres. Era de esperarse, pues literalmente esto significaba invadir sus hogares e incluso cambiar sus rutinas. La mayoría de ellas alegaban que tenían importantes cargas de trabajo que debían cumplir y decían no tener tiempo para recibirme. Un par de mujeres que aceptaron ayudarme, en cambio admitían mi estancia dentro de los talleres, pero negaron ser entrevistadas y prefirieron que hable directamente con sus maridos.

Ante estas dificultades, mi acercamiento a las mujeres confeccionistas lo realicé por medio de mis vínculos familiares y personales. Mis padres me contactaron con 3 de las mujeres con quienes trabajé durante mi trabajo de campo: Francisca de la comunidad de Pinsaquí, María de la comunidad de Huayco Pungo y Sara de la comunidad de Cuaraburo. A Elena que es del barrio Santiaguillo la contacté a través de la fundación Wasmu (Warmi ametsak – sueños de mujer), organización que desde el 2021 lleva en marcha el proyecto TANDEM (Proyecto de reutilización y comercio justo) en Otavalo, en el cual tuve la oportunidad de participar hace 3 años atrás. A las demás confeccionistas, es decir, a Margarita de la comunidad de Pinsaquí e Isabel que es de Cuatro Esquinas las contacté a través de otros conocidos y amigos que trabajan como comerciantes de ropa.

Realicé el ejercicio de observación participante con estas 6 mujeres kichwa-Otavalo que son confeccionistas domiciliarias y cuyas edades se encuentran entre los 25 a 47 años. Dado que la estructura productiva entre las diferentes “industrias domésticas” es heterogénea, al momento de contactar a las mujeres para mi investigación consideré que era necesario contar con varios tipos de hogares confeccionistas. Así que trabajé con talleres familiares y unipersonales que se dedican,

tanto a la confección a destajo como aquellas que confeccionan las prendas y las comercializan en las diferentes ferias dentro y fuera de Otavalo. Los “talleres de confección unipersonal” son aquellas unidades productivas en las que una sola persona —la mayoría mujeres— interviene en la elaboración y fabricación de textiles. Mientras que los “talleres de confección familiares” son las unidades domésticas donde dos o más miembros de un núcleo familiar participan de las actividades productivas. Además, estos hogares suelen apoyarse del trabajo de obreros remunerados que pueden o no formar parte de sus relaciones de parentesco.

En el siguiente cuadro resumo el tipo de taller y la principal actividad que realizan los hogares con los que trabajé durante el trabajo de campo (Ver tabla 2.4).

Tabla 2.4. Unidades de producción domiciliar analizadas en la investigación

Confeccionista	Tipo de unidad de producción	Actividad productiva	Comunidad	Mercado al que destinan sus productos
María	Familiar	Confección y comercialización	Huayco Pungo	Locales de ropa en Guayaquil
Francisca	Familiar	Confección y comercialización	Pinsaquí	Locales de ropa en Guayaquil y Colombia (ocasional)
Elena	Unipersonal	Confección y comercialización	Santiaguillo	Ferias libres de Otavalo y el Quinche
Margarita	Unipersonal	Confección a destajo	Pinsaquí	Locales de Otavalo, Cuenca y Ambato
Sara	Familiar	Confección a destajo	Cuaraburo	Ferias libres de Otavalo, Quito y Ambato
Isabel	Unipersonal	Confección a destajo	Cuatro Esquinas	Local de ropa en Otavalo

Elaborado por la autora con información del trabajo de campo.

Durante el trabajo de campo me involucré en las rutinas cotidianas y el trabajo de estas mujeres confeccionistas y sus familias. Considero que mis pocos conocimientos en confección facilitaron mi participación en los talleres, así que puedo decir que las conversaciones más interesantes con las mujeres las entablé mientras fabricábamos algunas prendas.

Reconozco que la rutina de estas mujeres era compleja e impredecible, a pesar de que el trabajo las obligaba a permanecer todo el tiempo dentro de la casa, nunca sabían con exactitud en qué

momento del día podrían salir. Algunas debían acudir a las reuniones de sus hijos, realizar labores domésticas, salir al centro de la ciudad a buscar los insumos, salir a las ferias a comercializar sus productos, asistir a reuniones de la comunidad, etc. Por esta razón, los primeros encuentros que mantuve con ellas no duraron mucho tiempo, me centré en explicarles sobre la investigación que estaba llevando a cabo, aproveché para realizarles preguntas sobre sus actividades diarias y terminábamos por definir los días en que volvería a visitarlas. Las primeras visitas me dieron un panorama preliminar de la dinámica laboral de los hogares confeccionistas y me ayudaron a ajustar algunas de las preguntas y las temáticas que buscaba indagar (Recinas 2017).

Las siguientes visitas fueron menos formales, así que tuve mayor libertad para ofrecer mi ayuda en su trabajo. Confieso que al inicio las mujeres, e incluso sus esposos, demostraron cierta incredulidad sobre mis habilidades en el manejo de las máquinas. Al parecer tal desconfianza se debía al hecho de que no podían arriesgarse a que las prendas fueran mal confeccionadas, porque esto suponía prácticamente una pérdida para ellas.

Como mencioné antes, durante mi trabajo de campo me topé con diferentes tipos de talleres, tanto familiares como unipersonales, pero también me encontré con casos como el taller Wasmu de la comunidad de Cuatro Esquinas que nace de la gestión de varias mujeres de la comunidad que deseaban emprender en el trabajo de confección. Este taller forma parte de un proyecto llevado a cabo por la fundación Wasmu el cual tiene como objetivo brindar apoyo a las mujeres de Imbabura a través de la formación en diferentes temas, entre ellos la confección. Si bien, es una iniciativa reciente, este taller agrupa a 9 mujeres kichwa-Otavalo que están ligadas a la comercialización de textiles y otros productos. Este espacio fue el ideal para entender los significados que las mujeres dan al trabajo de confección, sus experiencias en otras actividades productivas y los sueños que se tejen alrededor de su trabajo, ya que la mayoría tienen la esperanza de instalar su propio taller o quizás generar un negocio colectivo.

Además de las visitas que realicé a los talleres también recorrí por el centro de la ciudad de Otavalo donde se concentra la dinámica comercial. También acompañé a un par de comerciantes indígenas en varias de sus tareas como en la compra de los insumos y en la comercialización de las prendas en las ferias de Otavalo. Ambos ejercicios me permitieron entender el modo en que la demanda impacta en las pequeñas unidades de producción domésticas, en tanto el Mercado

aparece como “empleador universal” que se sirve de la mano de obra y remunera su actividad de manera insuficiente, configurando relaciones de explotación encubiertas.

Mis conocimientos en confección me sirvieron mucho en la elaboración de esta tesis, no solo me ayudaron a adentrarme en la cadena de producción textil, sino que me permitieron comprender directamente las condiciones que atraviesa una mujer dentro del trabajo domiciliario. Con esto no pretendo decir que mi participación me haya llevado entender por completo este trabajo, ya que al interior de las unidades de producción hay todo un entramado de elementos que condicionan la situación de las mujeres. Sin embargo, la observación participativa me ayudó a entender de forma directa la dinámica productiva, las relaciones laborales, personales, sociales y comunitarias que se dan entre las confeccionistas, sus familiares y las personas que reciben los productos elaborados por estas mujeres.

2.2.2. Entrevistas

Con un panorama preliminar obtenido a partir de la observación participante y tras varias visitas a las unidades de producción domiciliar realicé entrevistas a profundidad a las 6 mujeres mencionadas en los párrafos anteriores. Esta técnica fue valiosa porque me permitió recolectar testimonios orales mediante un contacto interpersonal con las mujeres y sus familias (Garza 2007). A partir de este proceso de acercamiento pude obtener información importante sobre acontecimientos vividos, experiencias, sentimientos y significados que las confeccionistas otorgan a su situación y el contexto que atraviesan.

Además, la investigación se nutre de entrevistas no estructuradas y conversaciones informales con los esposos de estas mujeres, comerciantes indígenas que contratan a las confeccionistas, las mujeres que participan en los talleres textiles de Wasmu y distintos actores vinculados a la confección domiciliar. Esto me ha permitido tener un conocimiento más amplio del sector textil, es decir, el modo en que la producción, el comercio y otras actividades se entrelazan para generar una dinámica mercantil muy compleja que se sostiene sobre la base de relaciones desiguales, sobre todo entre confeccionistas y personas que tienen una larga trayectoria en el comercio de textiles.

En el caso de este estudio, las entrevistas se realizaron con tres fines: i) construir las trayectorias laborales de las mujeres previas al trabajo de confección domiciliar; ii) analizar el modo en que actúan las relaciones de parentesco en estas trayectorias; iii) conocer los cambios que se han dado

en este sector textil durante los años recientes; y, iv) conocer la percepción y el significado que otorgan las mujeres indígenas a sus trabajos —productivos y reproductivos— y las condiciones en las que los desarrollan.

Por último, cabe destacar que las mujeres entrevistadas prefirieron que sus nombres verdaderos no figuren en la investigación, así que, respetando su decisión, en su lugar se utilizaron seudónimos.

Capítulo 3. Redes de parentesco y transformación del sector textil en las trayectorias laborales y de vida de las mujeres indígenas otavaleñas en la confección domiciliar

En el primer capítulo abordé el marco teórico, en el cual fue posible plantear la contribución de las teorías feministas en el análisis del trabajo domiciliar y la importancia de las redes de parentesco en el caso particular de los kichwa-Otavaló. En el segundo capítulo establecí los elementos contextuales y metodológicos de mi trabajo. Así, en la primera parte realicé una caracterización del sector textil de Otavaló y un breve recuento histórico del sector, empezando por los obrajes, luego el proceso de modernización y un preámbulo de la condición actual de la manufactura y comercio textil. Mientras que, en la segunda parte, presenté los aspectos metodológicos de mi trabajo: la planificación seguida en el proceso de mi investigación, las técnicas utilizadas y, por supuesto, presento a las mujeres protagonistas de esta investigación con quienes compartí el duro trabajo de la confección.

Con estos puntos abordados, este tercer capítulo tiene como objetivo construir las trayectorias laborales y de vida de las mujeres kichwa Otavaló que trabajan como confeccionistas domiciliarias y analizar el papel de las redes de parentesco, las transformaciones productivas en el sector textil y los modos en que intervienen en la configuración de sus trayectorias. Para esto utilizo los testimonios de mujeres indígenas que trabajan como confeccionistas en distintas comunidades de Otavaló, la información recopilada durante las visitas y el ejercicio de observación participante que realicé como parte del trabajo de campo. Para enriquecer la investigación incluyo también conversaciones con comerciantes, talleristas y empleadores/as de las mujeres confeccionistas.

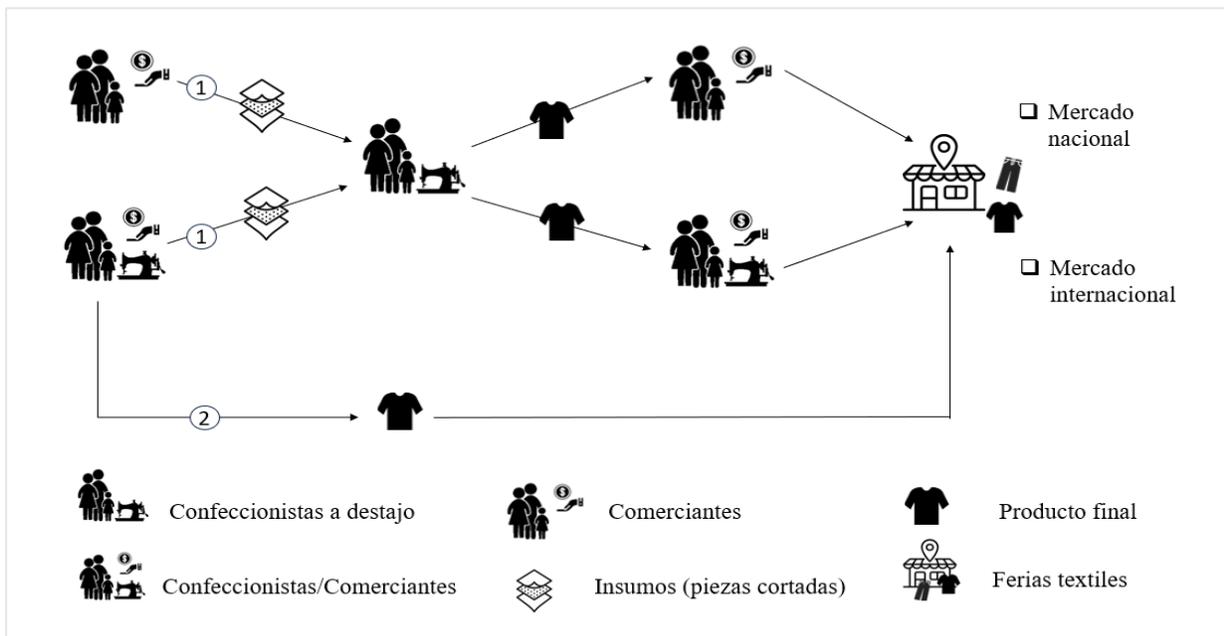
El presente capítulo está dividido en cinco secciones centrales. En la primera parte analizo el inicio de las trayectorias laborales y de vida de las mujeres kichwa-Otavaló, su temprana participación en la economía familiar y su introducción al trabajo de confección y comercio textil. En el segundo apartado del capítulo estudio el modo en que estas mujeres instalaron su propio taller y se convirtieron en confeccionistas domiciliarias. Luego, analizo el papel que tuvieron las redes de parentesco de estas mujeres en sus trayectorias laborales. En la cuarta sección ubico los cambios producidos dentro de la “industria” textil otavaleña con relación a los medios de producción, diversificación de los productos textiles y el crecimiento del mercado textil otavaleño a la luz de las trayectorias laborales y de vida. Y concluyo el capítulo con unas conclusiones.

3.1. El inicio en el mundo laboral y de confección textil

La construcción de trayectorias laborales y de vida permite comprender la heterogeneidad de realidades que pueden atravesar las personas para llegar a un empleo y el camino que recorren para insertarse en un determinado mercado de trabajo (Roberti 2012). En el caso de esta investigación, las trayectorias dieron luces, no solo del tránsito de la mujer kichwa-Otavalo al trabajo de confección domiciliar, sino de los diversos vínculos y experiencias que se van tejiendo a lo largo de su vida laboral y familiar, y cómo esto influyó en su condición actual.

Uno de los primeros datos que reflejan las trayectorias construidas a partir de mi investigación son: los agentes que intervienen en la dinámica productiva, el tipo de unidades de producción y el modo en que funciona el circuito de producción y comercio de textiles el cual se resume en el siguiente gráfico (Ver gráfico 3.1):

Gráfico 3.1. Dinámica de producción y comercio de textiles



Elaborado por autora a partir del trabajo de campo

En la dinámica productiva y comercial textil, específicamente de prendas de vestir, participan: confeccionistas a destajo, comerciantes y confeccionistas/comerciantes (personas que realizan ambas actividades al mismo tiempo). Por un lado, las familias que se dedican al comercio se nutren generalmente del trabajo de las confeccionistas a destajo; estos entregan las piezas de tela

a las costureras y luego de un plazo reciben los productos finales para comercializarlas en las ferias textiles.

Por otro lado, los confeccionistas/comerciantes se sostienen del trabajo realizado dentro de su propio taller, donde participan los miembros de la familia —en ocasiones otros obreros remunerados—, pero también de confeccionistas a destajo. Esto depende de algunos factores como el nivel de demanda que existe en el mercado. Por ejemplo, hay temporadas, como los meses de enero y febrero en los que el consumo de textiles es bajo, donde los confeccionistas/comerciantes no requieren de apoyo adicional para sacar adelante el trabajo; no obstante, hay épocas como noviembre y diciembre en que deben aumentar su producción y envían parte de las piezas cortadas a costureras destajistas.

Asimismo, las trayectorias hacen visibles dos aspectos importantes que son fundamentales en este trabajo: las redes de parentesco y la transformación de la actividad textil otavaleña. Por un lado, las trayectorias laborales ponen de relieve el papel que juegan las redes de parentesco en la dinámica laboral y familiar de las mujeres confeccionistas, pues no solo contribuyen en su inserción al ámbito de confección, sino en diferentes momentos de la vida de estas mujeres. Y, por otro lado, la experiencia de estas mujeres está acompañada de una serie de cambios que se reflejan en el mercado textil empezando desde los diseños, los productos ofertados, el tipo de máquinas utilizadas, los insumos y el mercado al que se destinan los bienes finales.

3.1.1. Una temprana inserción en el ámbito laboral y la economía familiar

Al interior de las unidades domésticas indígenas funciona un complejo sistema de organización donde todos los miembros del núcleo familiar, y, en algunos casos más parientes, participan de las diferentes actividades, tanto de producción como de reproducción (Martínez 1996). El caso de las familias kichwa de Otavalo son una clara ilustración de esta realidad, ya que durante décadas se ha reconocido que la base de la estructura productiva indígena ha sido siempre la familia (Torres 2004; Males 2012).

En el contexto rural los niños y niñas tienen una importante intervención en la dinámica productiva y reproductiva: muchos, sobre todo las mujeres, comparten las responsabilidades de cuidado y las labores domésticas con sus madres; y, otros, se convierten en un medio importante de ingresos a partir de actividades que realizan al interior del hogar o fuera de ella. Por esto, no sorprende que las mujeres indígenas a las que entrevisté hayan manifestado que participaron

desde muy pequeñas en el que hacer doméstico, el negocio familiar o en empleos remunerados dentro y fuera de la comunidad.

A pesar de que las mujeres expresaban su participación temprana en labores productivas para apoyar la economía del hogar, la mayoría se insertó en el trabajo de confección alrededor de los 14 o 20 años. Esto quiere decir que, estas mujeres no han heredado el oficio familiar, algo que décadas atrás era muy común. De hecho, los conocimientos en tejido, hilado, el manejo de telares y otros materiales eran transmitidos de padres a hijos para mantener el negocio familiar y brindar las herramientas necesarias a sus futuras generaciones (Borchart 2007).

Durante la infancia, entre los 6 a 12 años, las mujeres entrevistadas participaron en actividades relacionadas a la crianza de animales, el quehacer doméstico, la agricultura y en tareas vinculadas al negocio familiar. Por ejemplo, Francisca, confeccionista/comerciante indígena de la comunidad de Pinsaquí, me comentaba que desde los 6 años participó en el negocio de fabricación de tapices junto a su padre y también se encargaba de otras tareas: cocinar, limpiar la casa y cuidar de sus hermanos menores. Ella cuenta: “como mi papá quería que aprendamos, hicimos nosotros alcanzar el tiempo, pero nos tocaba madrugar a la 1 o 2 de la mañana para hacer los tapices hasta la hora de irnos a unos cursos que daban en la comunidad” (entrevista a Francisca, confeccionista/comerciante, 1 de marzo de 2024). Luego, tras la muerte de su padre, Francisca, con apenas 17 años debía encargarse junto a sus hermanos menores del negocio familiar, ya que era el principal medio de sustento del hogar.

Las entrevistas revelan que a partir de los 12 años en adelante los problemas económicos obligan a las mujeres a abandonar sus estudios e insertarse en trabajos remunerados. Sara y Margarita, que actualmente se dedican a la confección a destajo cuentan que la escasez de recursos las empujó a buscar empleos en diversas actividades apenas terminaron la educación básica. Ambas, mencionan que a los 12 años empezaron a trabajar como niñeras en casa de unos parientes y vecinos de la comunidad. Como sus padres no tenían el dinero suficiente para cubrir los materiales escolares y su condición económica no daba para mayores gastos, la mejor opción para ellas era dejar de estudiar, buscar un trabajo y apoyar a sus familias.

A partir de los 14 años estas mujeres tuvieron la necesidad de buscar empleos más estables y con pagos más altos. Las que tenían suerte lograron obtener una plaza en empresas de plantaciones florícolas en Cayambe, un empleo muy atractivo para los jóvenes indígenas de Otavalo: primero,

porque la remuneración alcanzaba el salario básico; y, segundo, porque estas empresas no exigían experiencia laboral y aceptaban a menores de edad, aun cuando esto infringía las leyes. La experiencia de Margarita, confeccionista de 29 años de la comunidad de Pinsaquí, ilustra de mejor forma lo antes mencionado:

Ahí, o sea, me pagaban un sueldo fijo, ya ganaba ahí un sueldo fijo. Me daba emoción pues, ganando igual que todos. Pero ahí en el seguro no me pudieron afiliar porque era menor de edad y la empresa puede tener problemas. No estuve registrada en nada, sino que me pagaba así en efectivo. Pero ganaba igual que todos, me pagaban horas extra, así ganaba. Contenta estaba así, porque cada mes recibía mi sueldo (entrevista a Margarita, confeccionista a destajo, 1 de marzo de 2024).

Aunque las empresas florícolas fueron en su momento la mejor opción para obtener mayores ingresos con relación a otros trabajos que conseguían dentro de la comunidad, las mujeres no duraban mucho tiempo y renunciaban. Las extenuantes jornadas de trabajo a las que estaban sometidas —más de 8 horas diarias— y las malas condiciones laborales al interior de estas empresas obligaba a las mujeres, siendo aun adolescentes, a buscar permanentemente “mejores alternativas” de obtener ingresos.

La temprana inserción de las mujeres al ámbito laboral podría figurar dentro de la legislación laboral como trabajo infantil, no obstante “en la cosmovisión indígena el trabajo no es nocivo”, al contrario, forma parte de los principios andinos inculcados por la familia desde la niñez. En pocas palabras, en el contexto indígena aprender un oficio constituye una oportunidad para adquirir habilidades y conocimientos que los prepararan para la vida adulta (García 2009, 149). Por esta razón, es natural que los padres hayan consentido e incluso motivado a sus hijas a trabajar desde pequeñas en diferentes actividades. Este contexto explica cómo hace años atrás para las familias indígenas de escasos recursos la necesidad de mejorar la calidad de vida se anteponía frente a otras necesidades, como por ejemplo la educación. Esta perspectiva dentro de las comunidades ha cambiado notablemente, es más, todas las mujeres a las que entrevisté planteaban que una de sus prioridades es la educación a sus hijos.

A pesar de que las trayectorias académicas de estas mujeres fueron interrumpidas por diversas razones, el sueño de continuar con sus estudios y tener una carrera no desapareció por completo, se mantuvo latente al menos un par de años después de abandonar la escuela. Sin embargo, las mujeres manifiestan que una vez que empezaron a trabajar, estudiar dejó de ser una prioridad.

Esto se debe a dos razones: primero por los problemas económicos y la cantidad de gastos que implicaba continuar con los estudios; y, segundo, la satisfacción que sintieron al tener un ingreso propio, poder comprar sus cosas y aportar económicamente al hogar.

Este tipo de experiencias ha llevado a que muchas mujeres indígenas tengan esta idea muy marcada: *cuando empiezas a coger plata, ya no quieres estudiar*. Esto sucedió con Margarita, quién por falta de dinero no pudo continuar con sus estudios y al obtener un trabajo perdió el interés por retomarlos.

Yo sí quería estudiar el colegio, pero como mi mamá es solita, no pudo. Me dijo, “yo no tengo la plata para hacerte estudiar, si quieres estudiar trabaja 1 año, ahí para que entres a estudiar. Pero ya no era lo mismo, porque una vez cogido la plata ya trabajando, ya no quise estudiar (entrevista a Margarita, confeccionista a destajo, 1 de marzo de 2024).

De todas las mujeres que entrevisté, solo dos terminaron la educación secundaria, las demás solamente terminaron la escuela. Todas coinciden hoy que no tener una preparación académica ha reducido su posibilidad de tener mejores empleos y la mejor opción frente a este problema fue la confección. Este tipo de relatos sugieren que para las mujeres indígenas con escasos recursos tener un trabajo a corto plazo significó un incremento de los ingresos de la familia, pero, a largo plazo, también limitó sus oportunidades laborales a empleos pocos calificados y mal remunerados (Sandoval 2007).

Durante las conversaciones que sostuve con ellas, nos adentrábamos a diversos temas e intercambiábamos nuestras vivencias y experiencias en diferentes aspectos de nuestras vidas. Una de las charlas que más les llamaba la atención era sobre mi vida académica, tras varias preguntas que efectuaban sobre la investigación que estaba realizando, al final siempre expresaban el sueño de ver a sus hijas e hijos como profesionales, en un trabajo diferente al suyo y con un empleo fijo, algo que para ellas nunca fue posible.

Las primeras experiencias laborales de estas mujeres muestran que ninguna se mantuvo en un solo trabajo durante su niñez y adolescencia. Ellas cuentan cómo se insertaban en diferentes actividades de forma temporal y luego transitaban a otros empleos constantemente. Esta situación se repite en todas las mujeres a quienes entrevisté, incluso en Sara, Isabel, Francisca y Margarita, que pese a tener un empleo en las plantaciones florícolas decidieron buscar otras actividades. En

esta búsqueda algunas mujeres encuentran trabajo en el taller de confección, mientras que otras se vinculan al comercio de textiles.

Las diferentes experiencias que fui recopilando en mi trabajo sugieren que la entrada a la actividad de confección depende de muchos factores vinculados a la edad, los recursos económicos, la red de contactos que posee y las responsabilidades familiares que pesan sobre ellas. En realidad, su inserción al trabajo de confección no se dio para todas en la misma edad y mucho menos en las mismas circunstancias. Del grupo de mujeres indígenas a las que entrevisté, ninguna proviene de madres o familias confeccionistas. Cuatro de las confeccionistas empezaron su recorrido en esta actividad al trabajar en un taller manejado por comerciantes indígenas que vendían sus productos al por mayor y menor en diferentes ferias del país, sobre todo en Otavalo, Ambato, Cuenca y Quito; y las dos restantes emprendieron su experiencia en la actividad textil a través de otros medios, sobre todo al contraer matrimonio con jóvenes kichwa-Otavalos que tenían recorrido en el comercio de prendas de vestir.

3.1.2. El primer paso en la confección: talleristas

Según los testimonios recogidos, tres de las mujeres entrevistadas empezaron su trayectoria en la confección al trabajar bajo relación de dependencia en talleres de confección que contrataban dos o más trabajadoras asalariadas. La principal vía de inserción de estas mujeres a este tipo de talleres fueron sus redes de parentesco —dada la importancia de este tema ampliaré el análisis en el siguiente apartado—. Luego, abierta esta posibilidad de empleo, son motivadas a ingresar a los talleres por otras razones vinculadas a su rol dentro del hogar, su condición económica y las necesidades de la familia.

Para la mayoría de las mujeres que entrevisté, estar de un trabajo a otro se convirtió en una dinámica desgastante, por tanto, la oportunidad de trabajar cerca de casa —cuando el taller estaba dentro de la comunidad— las impulsó a dejar sus empleos e ingresar a estos lugares. Esto se refleja en testimonios como los de Isabel, costurera a destajo quien menciona que entró en un taller de confección de su comunidad tras renunciar al empleo que tenía en Cayambe como vendedora en un local de ropa. “En ese momento o sea solo bajé... ya estaba cansada más que todo, o sea, de estar allá trabajando solo así, en otros lados [...] creo que ya extrañaba más a mi familia porque vivía en otros lados” (entrevista a Isabel, confeccionista a destajo, 2 de febrero de 2024).

Para otras mujeres como Francisca, que se convirtió en madre a los 18 años, el taller textil apareció como una buena opción porque las jornadas laborales en la empresa florícola en la que trabajaba le impedían encargarse del cuidado de su pequeño hijo y pasar tiempo con él. Ella manifestó lo siguiente: “como estuve trabajando en la plantación, dije, ya no quiero trabajar en la plantación para ir dejando a mi primer hijo y ahí pregunté. [...]. Ahí, aprendí, ya me hizo aprender a coser los bolsos” (entrevista a Francisca, confeccionista/comerciante, 15 de enero de 2024).

Otra de las razones por las cuales las mujeres indígenas decidieron trabajar en un taller bajo relación de dependencia está ligada a la búsqueda de su “independencia laboral”. Desde jóvenes estas mujeres sintieron la necesidad de trabajar para ellas y vieron en el taller el camino óptimo para adquirir conocimientos en confección y luego emprender en su propio negocio, sea como comerciantes o trabajadoras a destajo. Al parecer, las trabajadoras en un ejercicio de lucha construyen la idea de que trabajar en su propia casa tiene ciertas ventajas. Pero eso no quita que al no tener un patrón reconocible —que en los hechos existe—, no afronten la incertidumbre e inestabilidad que significa la producción textil.

Los talleres de confección funcionan sobre un sistema complejo de relaciones entre laborales y personales. Por lo general, los patrones, dueños de talleres, buscan contratar confeccionistas dentro de la misma comunidad donde residen e incluso buscan primero entre sus conocidos y familiares. Por esta razón no era extraño que las mujeres extalleristas mencionaran que sus antiguos patrones fueran vecinos de la comunidad o de otras comunidades cercanas que trabajaban como comerciantes al por mayor en diferentes ferias textiles como Otavalo, Ambato, Cuenca, Quito, Tulcán y Guayaquil. Estos comerciantes tenían una trayectoria más larga en el comercio, han logrado insertarse exitosamente en estas ferias, poseen un capital que les permite comprar insumos en cantidades considerables y tienen la capacidad de producir grandes bultos de prendas semanalmente dentro de sus propios talleres.

Efraín, un joven indígena otavaleño que empezó hace poco en la comercialización de ropa, contaba que hay familias que tienen más de 20 años trabajando en la venta de textiles y acaparan gran parte de la clientela dentro de las ferias. Para él, que recién está empezando, se le hace difícil competir con estos comerciantes, porque ellos tienen sus propios talleres, llegan a las ferias en

sus propios carros y tienen la posibilidad de ofertar sus prendas a precios más bajos que los pequeños comerciantes que tiene una trayectoria menor en esta actividad.

Según lo que revelan las mujeres que alguna vez fueron talleristas, una de las ventajas que brindan estos empleos es que no se requiere necesariamente tener experiencia en confección, ya que aquí les enseñan todo lo necesario para manejar las máquinas. El problema es que la remuneración suele ser muy baja, ya que recibían alrededor de 8 a 12 dólares diarios en función de la cantidad de prendas que lograban fabricar en una jornada laboral, el cual podía extenderse hasta las 10 horas.

Sucede lo que Isabel cuenta: “2 días no me pagó porque obviamente estaba aprendiendo. Después ya empezó a pagarme 8 dólares al día [...] hasta 10 me pagaron después, en diciembre” (entrevista, confeccionista a destajo, 2 de febrero de 2024). Algo similar manifiesta Margarita: “ahí era cuando cosía carteras, prendas..., ahí también me desesperaba porque se gana poco, hasta aprender a coser ganaba poco, pero me acostumbré” (entrevista, confeccionista a destajo, 1 de marzo de 2024). Las mujeres extalleristas planteaban que dentro del taller el pago no depende del número de prendas que realizan. Los dueños de los talleres ponen una base, sea en bultos, paquetes o número de prendas que deben cumplir en un día para recibir el pago diario completo. Sin embargo, prácticamente este sistema busca tener el mismo efecto que el pago a destajo: un incremento de la intensidad del trabajo por voluntad propia, remuneración atípica que reduce el peso de costo en la masa salarial.

Este modo de funcionar de los talleres demuestra que, si bien aceptan jóvenes sin ninguna experiencia laboral, los pagos se relacionan a las habilidades que van adquiriendo durante su trabajo. Actualmente, en la mayoría de los talleres —por no decir en todas— se paga una remuneración diaria que alcanza los 10 dólares y llega máximo a los 12 dólares en épocas específicas donde la demanda de prendas suele ser mayor, sobre todo en noviembre y diciembre. Si realizamos un cálculo sobre la base de 10 dólares diarios, tenemos que la remuneración que reciben las mujeres talleristas al trabajar de lunes a viernes asciende apenas los 200 dólares mensuales. Cantidad que está lejos del Salario Básico Unificado (460 dólares) y más lejos aún de la Canasta básica familiar (789,57 dólares).

Las bajas remuneraciones son estrategias que permiten a los comerciantes, dueños de talleres, obtener mayores ganancias reduciendo los costos de producción. Esto es importante para ellos

porque el mercado textil de Otavalo está saturado y necesitan reducir el precio de venta de sus productos para poder ser competitivos. En conversación con Gina, una mujer indígena que se dedica al comercio de buzos y sacos en las ferias de Ambato, Tulcán y Otavalo, cuenta que antes tenían un taller en casa y el pago que otorgaban a sus costureras alcanzaba los 15 dólares diarios, además les brindaban el desayuno y el almuerzo. Sin embargo, esto significaba menores ventas y una reducción de sus ganancias porque sus competidores ofrecían el mismo producto a un precio menor. Ella plantea lo siguiente:

lo que hemos escuchado, así de varias costureras que vienen acá a decir que necesitan trabajo, es que les pagan 10 dólares, tienen que coser lo más rápido, tiene que estar bien hecho y no les dan más que almuerzo [...]. Y de almuerzo, o sea, cualquier cosa [...] entonces por eso ganan, o sea, por eso creo que ganan, porque tratan de que la confección sea lo más barato que puedan (entrevista a Gina, comerciante de ropa, 9 de febrero de 2024)

Las confeccionistas con las que trabajé reconocen que los pagos que recibían al trabajar en los talleres eran muy bajos. Además, estaban presionadas todo el tiempo a terminar una determinada cantidad de prendas y solamente descansaban al momento de almorzar, algo que lo hacían en su mismo puesto de trabajo. Sin embargo, hay un tono de gratitud de estas mujeres hacia sus antiguos jefes. Ellas expresan que recibieron ayuda en varias ocasiones: les otorgaban permisos para salir antes, tenían cierta flexibilidad para continuar el trabajo en la casa y estaban dispuestos a seguir empleándolas, incluso cuando ellas instalaran su propio taller.

Esto significa que, en estas unidades productivas “los negociantes indígenas no aplicaban las reglas de disciplina laboral con la misma lógica implacable que los gerentes del sector industrial”, al contrario, trataban de organizar el trabajo bajo una aparente relación de flexibilidad y reciprocidad con sus confeccionistas (Korovkin 2002, 90). No obstante, este tipo de relaciones de base étnica ocultan las condiciones de explotación al interior de los talleres de confección, pues la ayuda prestaba casi siempre debe retribuirse con más trabajo que no es reconocido por los empleadores.

Esto lo ilustra Isabel al contar que sus antiguos jefes le dieron trabajo aun cuando no tenía ninguna experiencia y le enseñaron trucos importantes para coser a un ritmo mayor. Como una forma de pagarle esta “ayuda”, varias veces tuvo que extender su jornada de trabajo cuando se lo pedían: “en Navidad si trabajaba a lo que... se podía, porque a veces ellos sabían decir que les ayude cosiendo más. Por no quedar mal, siempre les decía que sí. Entonces así era. Por una parte,

creo que sí me enseñaron muchas cosas, como coser rápido y otras cosas, porque he conocido a personas que no cosen tan rápido” (entrevista a Isabel, confeccionista a destajo, 2 de febrero de 2024).

Los conocimientos adquiridos dentro del taller fueron importantes para estas mujeres, no obstante, reconocen que el proceso de aprendizaje no fue sencillo. Francisca fue la única que recibió clases de costura y manejo de máquinas de coser cuando tenía 13 años —en esos tiempos en las máquinas a pedal—. Fue alrededor de los 19 años, cuando ingresó a trabajar en un taller de Iluman que aprendió a utilizar las máquinas eléctricas, las que en el mercado textil se denominan “máquinas industriales”.

Si bien manejar una máquina de coser parece sencillo, considero que aprender es todo un arte que lleva tiempo perfeccionarlo. Las primeras máquinas eléctricas que salieron al mercado —y que siguen dentro de los talleres hoy en día— funcionan bajo una velocidad estándar que no puede ser regulada. Para manejar estas máquinas se requiere de una importante concentración simultánea de pies y manos que no se logra con facilidad. Por tal razón, todas las mujeres a quienes entrevisté recuerdan el miedo que sintieron la primera vez que tocaron las máquinas.

Las mujeres dentro de los talleres fueron instruidas por sus jefes y por otros compañeros del taller. Los patrones suelen dar indicaciones muy básicas de cómo manejar el pedal de la máquina y el modo correcto de unir las piezas. “No tenía absolutamente ningún conocimiento en confección y nunca había tocado una máquina, pero poco a poco, y con el tiempo logré dominar ciertas técnicas que mis jefes me enseñaban” (entrevista a Isabel, confeccionista a destajo, 18 de enero de 2024). En otros talleres, esta tarea la cumplen los trabajadores que tienen más experiencia en la confección. Una vez que reciben las indicaciones básicas, las habilidades se refuerzan con la práctica y el trabajo diario.

La formación dentro de los talleres está acompañada por una serie de tareas que inicialmente son sencillas, pero que poco a poco empiezan a complejizarse. “Antes solo cosía como que puños y esas cosas bien fáciles y básicas. Entonces, después de eso me enseñaron a recubrir” (entrevista a Isabel, confeccionista a destajo, 2 de febrero de 2024). Aunque hay un proceso de aprendizaje paulatino, los empleadores necesitan que las trabajadoras empiecen a producir de inmediato. Por este motivo, las experiencias de las mujeres a las que entrevisté son muy similares a lo que Margarita describe “pensé que me darían un retazo de tela por ahí que no sirve para practicar,

pero no, de una me dieron un pantalón” (entrevista, confeccionista a destajo, 18 de enero de 2024).

Estas experiencias reflejan que, si una mujer ingresa a los talleres sin ningún conocimiento en confección o el manejo de máquinas de coser, en pocos días pierden el miedo y en un par de meses se convierten en hábiles confeccionistas; cambian el hilo con facilidad, pisan el motor con seguridad y pasan los hilos una a una sin titubear. El hecho de que sus jefes les asignen grandes cantidades de prendas a confeccionar al día las obliga a ser lo más rápidas posibles en su trabajo, pues de eso depende también sus ingresos.

El caso de Elena—una mujer indígena que se dedica a la confección y comercialización de ropa y otros productos para el hogar—, es especial, ya que en el taller en el que participó recibió clases de patronaje y confección de diferentes prendas, desde camisetas hasta bolsos y chompas.

Aunque inicialmente tenía una profesora en este taller, menciona que quienes la ayudaron fueron sus compañeras —mujeres mestizas— que tenían una amplia experiencia en el sector textil. “Sí, aprendí bastante yo en el taller. Una parte si los agradezco porque tenían paciencia. Y más que todo la Lu, porque ella era la que nos enseñaba más. La que nos enseñaba y a la que le molestábamos era la Lu” (entrevista a Elena, confeccionista/comerciante, 14 de febrero de 2024).

3.1.3. El primer paso en la confección: de comerciantes a confeccionistas

La otra vía por la cual las mujeres empiezan su trayectoria en la confección tiene que ver con el comercio. Esto sucedió con María y Sara, mujeres indígenas que al casarse tuvieron que dedicarse a la comercialización de prendas de vestir junto a sus esposos, para posteriormente incursionar en el trabajo de confección. Sara apenas se juntó con su esposo viajó a Venezuela para dedicarse a la venta de chalinas y artesanías en las ferias de Mérida. Mientras que María en los primeros años de su matrimonio trabajó como comerciante de ropa en Colombia.

La participación de las mujeres y sus esposos en la comercialización de prendas les permite conocer la dinámica del sector textil, así que empiezan a pensar en la posibilidad de producir ellos mismos las prendas y comercializarlas. Sin embargo, el camino a la confección es más complicado para estas mujeres y sus familias. Tal como ocurrió con Sara y María, las razones que llevan a las familias a trabajar como confeccionistas pueden tener detrás un historial de fracasos en negocios anteriores.

Estábamos todo bien hasta que mi hija ya cumplió 1 año [...]. Vine acá y estábamos aquí, vuelta, regresamos a Venezuela y se murió Chávez. Ahí se acabó todo. Subió al dólar. El bolívar no servía para nada. Entonces, aun así, aguantamos pensando que, sí se va a arreglar, pero más se fue al piso. No se vendía, ya no servía para llevar y cambiar acá. No servía para nada. Regresamos casi con nada [...], nos alcanzó solo para el pasaje. La primera vez que regresamos venimos con 5.000 dólares y la segunda venimos con 500 dólares. Se fue todito al piso (entrevista a Sara, confeccionista a destajo, 19 de febrero de 2024)

El caso de María y su esposo es parecido, ambos trabajaron en Colombia, pero la situación se tornó bastante peligrosa debido a los asaltos y asesinatos que sufrían constantemente los comerciantes. Pedro, esposo de María, en una conversación cuenta que varios amigos de su misma comunidad y de otras zonas cercanas murieron en Colombia, así que prefirió volver a Ecuador y buscar otros medios de subsistencia. Antes de empezar en la confección se dedicó a varias actividades: continuó comercializando prendas colombianas, también intentó vender verduras, pero ningún trabajo le resultó como él quería. Así que decidió empezar en la fabricación de prendas de vestir.

Para estas dos mujeres y sus parejas, aprender a coser y manejar máquinas resultó muy difícil en comparación a las talleristas. Ellas debían buscar sus propios medios para poder, primero, aprender a manipular las máquinas, y segundo, unir las piezas de las prendas correctamente. Hay casos de familias indígenas que incluso suelen adquirir las máquinas —al menos las dos más básicas que son la recta y la overlock— sin tener ningún conocimiento en confección.

Ante estas circunstancias el internet se convierte en una herramienta muy útil. A través de ella las personas logran adquirir desde los conocimientos más básicos, hasta trucos complejos que le permiten confeccionar una diversidad de prendas. Así lo manifiestan María y su esposo, quienes cuentan que al comprar sus primeras máquinas tuvieron que permanecer hasta altas horas de la noche para aprender a manejarlas. “En los primeros días nos quedábamos hasta las 5 de la mañana viendo cómo coser, yo le decía a mi marido que vayamos a dormir, pero ¿para qué?, era mejor preparar ya el desayuno a esa hora” (entrevista a María, confeccionista/comerciante, 9 de abril de 2024)

En el caso de Sara, su esposo era el que tenía conocimientos en confección y fue él quien le sugirió empezar en esta actividad al volver de Venezuela. Sara cuenta que al inicio fue muy difícil hacerse la idea de trabajar en la elaboración de prendas de vestir. Ella nunca imaginó que lograría

manejar las máquinas con la destreza que ahora lo hace. Incluso narra cómo eso representó un serio problema en su matrimonio, pues Sara no estaba dispuesta a endeudarse para comprar unas máquinas que nunca podría manejar.

Yo pues, me negaba a comprar esto (señalando las máquinas), porque no sabía trabajar de esto absolutamente para nada, para nada, no me gustaba. Llegué acá y aprendí, así como... pone la recta me salía chueco, me ponía a llorar porque no sabía absolutamente nada. Así sucesivamente aprendí, pero pasamos una época bien difícil (entrevista a Sara, confeccionista a destajo, 19 de febrero de 2024).

Situaciones que atravesaron María y Sara se repiten en varios casos de familias que deciden comprar máquinas de coser sin tener conocimientos previos. Al parecer la baja inversión que se requiere para adquirir las máquinas incentiva a muchas familias indígenas de Otavalo a insertarse en la actividad textil. Además, la experiencia en comercio de ropa también suele ser un estímulo importante para insertarse en el trabajo de confección.

3.2. “Mi propio taller”: confeccionistas domiciliarias

Como vimos en los párrafos anteriores, una vez que las mujeres se vinculan a los talleres o en el comercio de textiles empieza a trazarse el camino hacia la confección domiciliar, una modalidad de trabajo, la domiciliar, donde el proceso de producción o prestación de un servicio se realiza dentro del propio hogar del trabajador (Tomei 1999; García et al. 1996). Esto no quiere decir que esta situación se generalice para todos los casos, pues hay mujeres extalleristas que cuentan que han dejado por completo el trabajo de confección y se dedican a actividades diferentes al contraer matrimonio. Sin embargo, algo es seguro, sus conocimientos se convierten en una herramienta importante que les permite tener una alternativa de trabajo ante cualquier circunstancia.

Varios factores hacen que las mujeres indígenas decidan invertir en sus propias máquinas y obtener la tan apreciada autonomía laboral. Estos pueden ser: el matrimonio, la necesidad de cuidar de hijos pequeños o la búsqueda de generar mayores ingresos. Además, instalar un taller es relativamente sencillo; según apunta Verónica Gago (2014), “poner en funcionamiento un taller sólo necesita de una casa-local, unos bienes de capital no muy costosos y una conexión de electricidad” (156). Esta decisión se refuerza una vez que tienen el capital suficiente para poder invertir en sus propios medios de producción. Como la mayoría de las mujeres indígenas tienen a

su disposición su propio hogar, el de sus padres e incluso de otros parientes, la trayectoria en la confección domiciliar empieza cuando las mujeres compran sus primeras máquinas.

El monto que se requiere para invertir en la compra de las máquinas de coser más básicas, que son la overlock, recubridora y la recta, ronda entre los 2.000 a 3.000 dólares. Sin embargo, es poco común encontrar familias que hayan adquirido sus máquinas al contado, es decir, la mayoría de las mujeres compran sus máquinas para pagarlas a crédito, sacan un pequeño préstamo o buscan máquinas de segunda que se ofertan todo el tiempo por la radio o las redes sociales. Las experiencias de la mayoría de las mujeres indígenas a las que entrevisté son similares a lo que cuenta Margarita:

antes de comprar las máquinas nos fuimos a averiguar los precios y trabajamos con mi esposo. ¿Cuánto tiempo habrá sido? ..., tal vez un año que ahorramos para comprar las máquinas. En aproximadamente 8 meses creo que fuimos a comprar las máquinas. Es que ya no quería ir al taller de la tía en Iluman, tenía a mi hija y no podía salir, por eso es que ahorramos (entrevista, confeccionista a destajo, 18 de marzo de 2024).

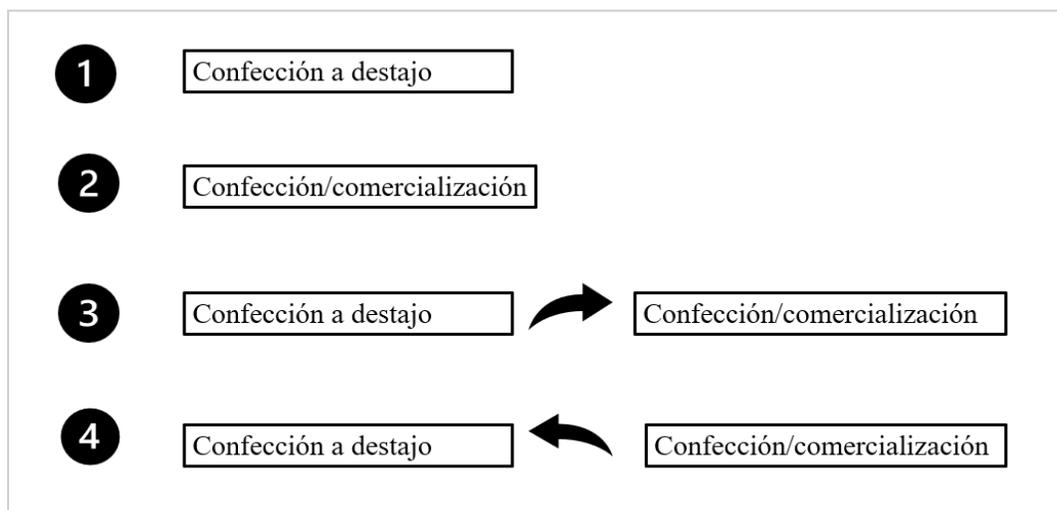
Las mujeres que toman la decisión de trabajar de manera “autónoma” o, como ellas dicen, “para sí mismas”, suelen transitar entre dos caminos: la confección domiciliar a destajo y la confección/comercialización de textiles. Las confeccionistas a destajo son aquellas mujeres que instalan su propio taller y trabajan para pequeños empleadores, generalmente comerciantes, que las contratan para el ensamble de una determinada cantidad de bienes textiles. Los volúmenes de producción que manejan las confeccionistas a destajo dependen del número de personas que participan en la producción: hay talleres donde participan solamente los miembros del núcleo familiar y otras unidades domésticas confeccionistas que contratan jóvenes, generalmente mujeres, que pueden o no formar parte de sus redes de parentesco. Estos empleadores o contratantes entregan las piezas cortadas listas para el ensamble y las retiran en determinado plazo el cual depende del volumen de producción entregado.

En cambio, las confeccionistas/comerciantes son las personas que producen textiles para luego comercializarlas ellas mismas, ya sea al por mayor o menor en diferentes ferias de Otavalo u otras ciudades. Al igual que en el caso de los talleres que trabajan bajo la modalidad a destajo, el tamaño de estas unidades de producción varía de acuerdo con el volumen de bienes textiles que

producen y el número de personas que integran el negocio. Por supuesto, esto supone un mayor trabajo, desde la adquisición de los insumos, el corte y la comercialización.

La experiencia de las mujeres entrevistadas me permite identificar estas trayectorias: i) empiezan y se mantienen en la confección domiciliar a destajo; ii) empiezan y se mantienen en la confección/comercialización de prendas de vestir; iii) empiezan en la confección a destajo y transitan hacia la comercialización de prendas fabricadas por ellas mismas; iv) empiezan en la comercialización de prendas fabricadas por ellas mismas y transitan hacia la confección a destajo (Ver gráfico 3.2).

Gráfico 3.2. Trayectorias laborales de las mujeres confeccionistas al instalar su propio taller



Elaborado por autora a partir del trabajo de campo

La permanencia o recorrido de una modalidad a otra está determinada por las condiciones económicas de la familia, la dinámica del sector textil y el capital económico que la familia dispone para invertir en objetos y materiales para la producción.

Hay que destacar que, las entrevistas realizadas a comerciantes y confeccionistas revelan que las principales zonas de comercio donde se ofertan los textiles producidos por las familias antes mencionadas son las ferias de Otavalo, Ambato, Quito, Tulcán, Cuenca y Guayaquil, ciudades que como vimos en el capítulo contextual se caracterizan por una dinámica de comercio textil muy importante. Aunque también hay casos de confeccionistas y comerciantes indígenas que envían los productos fuera del país, por ejemplo, Francisca que vende parte de las prendas que fabrica a sus cuñados en Colombia.

3.2.1. Confeccionistas domiciliarias a destajo

El trabajo de confección a destajo es una forma de producción donde las trabajadoras se encargan de ensamblar las piezas que reciben de su empleador o empleadores para fabricar una determinada cantidad de prendas de vestir. Estas costureras reciben un pago a destajo, es decir, la remuneración que reciben depende de las unidades que logran producir en el plazo definido por sus empleadores. Esta suele ser la primera modalidad de trabajo a la que se insertan las mujeres que adquirieron experiencia al trabajar en talleres ajenos a su domicilio.

Las costureras que trabajaron alguna vez dentro de talleres de confección de otras personas generalmente se desligan de sus empleadores paulatinamente, es decir, al comprar sus máquinas continúan trabajando en los talleres, pero también empiezan a llevarse parte de las prendas a sus hogares para seguir trabajando. A pesar de que logran instalar su propio taller en casa, es común que su antiguo jefe —dentro del taller— se convierta una vez más en su primer empleador. Luego de un tiempo, cuando las cargas de trabajo no cubren el ingreso suficiente o cuando se reduce la cantidad de prendas que reciben empieza la búsqueda de nuevos empleadores.

Esta modalidad de trabajo funciona bajo una aparente independencia laboral que sugiere la ausencia de vigilancia sobre la producción, sin embargo, esto no es realmente cierto, ya que este se mueve según mecanismos que denotan un control exhaustivo sobre el trabajo. El empleador no solo controla el número de prendas a producir, el tiempo de entrega y el precio, sino que definen enteramente el camino a seguir en el proceso de confección (colores, el diseño y los accesorios de los productos) y la calidad del producto. En otras palabras, aunque pareciera que las confeccionistas son trabajadoras “autónomas” que tienen el control sobre su tiempo de trabajo y sus medios de producción, en realidad están regidas por las exigencias de su contratante. Debido al nivel de competencia que existe y sus necesidades económicas, estas mujeres están obligadas a trabajar más de 8 horas diarias con el fin de cumplir el tiempo de entrega de las prendas y no perder a sus empleadores.

El pago que reciben estas confeccionistas depende de dos elementos principales: la cantidad de prendas que fabriquen y el tipo de producto que confeccionen. El tiempo que lleva fabricar una prenda o el nivel de complejidad no tiene mucha importancia para el empleador a la hora de negociar la remuneración con las costureras. Según cuentan las mujeres indígenas a las que visité, los pagos que la mayoría reciben o recibían por cada prenda están entre los 30 y 60 centavos. Hay

productos como los bolsos en tela andina que años atrás fabricaba Francisca que requerían más de 25 costuras, sin embargo, por cada una recibía apenas 50 a 60 centavos. Margarita actualmente confecciona camisas en tela hindú, el cual lleva varias costuras en cuellos y brazos, pero por cada una le pagan solamente 60 centavos. Las prendas más baratas son las camisetas, licras y blusas, ya que el precio por cada prenda puede ir de 25 a 35 centavos.

Si bien las confeccionistas y comerciantes acuerdan que los pagos se realizarán al momento de que sean entregadas las prendas terminadas, en varios casos se suele ignorar esta condición. Es muy común ver que las confeccionistas hacen lo posible por entregar todo el trabajo en el plazo definido, pero hay contratantes que tienden a pagar solamente una parte del monto total convenido. Esto sucede generalmente entre costureras y comerciantes que mantienen una larga relación laboral, ya que con el tiempo se genera cierta confianza que permite un constante intercambio de favores. Por supuesto, esto denota la existencia de una transferencia de costos, riesgos comerciales e incluso del costo de oportunidad.

Tales condiciones ponen en manifiesto la situación de la actividad textil otavaleña, movida por diversos factores que afectan a comerciantes y confeccionistas. El crecimiento del número de comerciantes de textiles viene acompañado de un creciente número de talleres de confección domiciliar en sus dos formas: a destajo y productores/comerciantes. Según los datos de los censos poblacionales, para el 2010 el número de personas confeccionistas creció en un 70% con respecto al 2001, y del 2010 a 2022 se dio un aumento de aproximadamente el 47%. Inevitablemente, una mayor competencia tiende a reducir el valor de los productos textiles a partir de una reducción de los pagos a una parte de la cadena productiva, la confección. Situación que obliga a las confeccionistas a sumir mayores cargas de trabajo para alcanzar los ingresos suficientes y mantener el hogar.

Frente a estas condiciones hay mujeres como Francisca que logran dar el paso hacia la comercialización de prendas fabricadas por ellas mismas. “100 blusas ya no avanzaba pues. Aunque sea todo el día y noche entera también ya no avanzaba. Ahí dije, no pues, ya mucho me está explotando con la costura. [...] . Como ya puedo un poco las blusas le digo mejor dediquémonos nosotros a coser blusas” (entrevista a Francisca, confeccionista/comerciante, 1 de marzo de 2024).

Sin embargo, no todas las mujeres tienen la facilidad de transitar hacia esta modalidad de trabajo, ya que para esto es necesario tener un capital que les permita invertir en telas y experiencia en comercio. Además, la comercialización incluye una dinámica más compleja y el acceso a un capital social o una red de relaciones que permita insertarse exitosamente en el mercado de comercio textil. Al no disponer de estos dos elementos, la mayoría decide mantenerse en la confección domiciliar a destajo.

3.2.2. Confeccionistas domiciliarias y comerciantes

La modalidad de trabajo de confección/comercialización constituye una etapa final de la trayectoria laboral de las mujeres indígenas que empiezan en el trabajo de confección, sin embargo, no todas logran llegar a esta etapa. Aquellas que deciden optar por este camino se ven limitadas primero por el capital, ya que para emprender en la comercialización de prendas de vestir es necesario una serie de insumos como: hilos, telas, patrones o moldes de las prendas, mesa para los cortes, cortadoras industriales, etiquetas y, en algunos casos, equipos para realizar estampados. Pero, tales restricciones no solo se dan en el ámbito de producción, sino que existen además límites de mercado relacionados al contexto económico del país, las inversiones para entrar al mercado y la dificultad para ingresar a un mercado tan concentrado como lo es el textil.

A diferencia del trabajo a destajo donde solo se realiza el proceso de ensamble de las piezas de tela, el trabajo de confección y comercialización es más complicado. Aquí se cumple todo el ciclo de producción, así que las mujeres y sus familias deben ocuparse de diseñar las prendas, buscar las telas e insumos necesarios, cortarlas, confeccionarlas y comercializarlas. Un proceso que se repite cada cierto tiempo, porque los patrones de consumo son cambiantes y pueden depender tanto de la moda, como de la llegada de nuevas telas al mercado.

En el trabajo de confección/comercialización se inscriben Sara, María y Francisca. María trabaja junto a su familia en la fabricación de ropa deportiva como pantalonetas, calentadores y camisetas, los cuales son comercializados por su esposo en varios locales de ropa ubicados en Guayaquil. Francisca y su familia por su parte elaboran camisetas y licras de varios diseños. La mayor parte de su producción es adquirida por un hombre kichwa-Otavalo que vive en Guayaquil, y otra parte, lo entregan a unos familiares que son comerciantes de textiles en Colombia. El caso de Sara es particular —podría decirse que refleja una generalidad que sucede a escala más amplia—; pese a que empezó su trayectoria como confeccionista/comerciante y años

atrás vendía sus prendas en las calles de la ciudad de Cayambe, algunos problemas económicos y la falta de capital la obligaron a convertirse en costurera a destajo.

Estas mujeres junto a sus familias cuentan que su cotidianidad incluye una diversidad de tareas que se repiten a diario. Sara en una entrevista recordaba la rutina que tenía años atrás cuando trabajó como confeccionistas/comerciante de ropa:

Me acuerdo de que hacíamos una docena de pantalón, a veces se vendía todo, veníamos como a tipo a las 17:00 h de la tarde e íbamos directo a Otavalo. Cogíamos unos 4 o 5 telas, cortábamos y en la noche mismo a veces cocíamos. Vuelta nos pedían blusas, ya nos tocaba amanecer para entregar a él y para nosotros también, y así. A veces cuando no alcanzábamos, o sea, no nos alcanzaba para comprar la tela, ya nos tocaba madrugar (entrevista, confeccionista a destajo, 19 de febrero de 2024).

La experiencia de Sara describe claramente lo que atraviesan los hogares indígenas de Otavalo que incursionan en el trabajo de producción y comercialización de ropa. Un trabajo que, aunque si permite a las mujeres generar mayores ingresos en comparación al trabajo a destajo o dentro del taller, transcurre en un mercado informal demasiado competitivo e incierto. Y dada la precariedad de estas economías de subsistencia, hace que prefieran la confección a destajo, porque aporta algo más de “estabilidad” que la incertidumbre del mercado.

Pedro, esposo de María, cuenta que no ha sido sencillo encontrar un nicho de mercado donde sus prendas sean valoradas. “Aún con todo el tiempo y la dedicación que le pongo, en Otavalo te dan 2 dólares o 3 dólares por prenda, eso no me alcanza. No sé cómo harán los demás para vender tan barato” (entrevista a Pedro, confeccionista/comerciante, 4 de abril de 2024). Según él, los compradores en el Ecuador, principalmente en Otavalo, no se fijan en la calidad de las prendas, sino en el precio. Situación que refleja cómo la actividad textil en este cantón ha dejado de priorizar la producción de prendas andinas con valor cultural para empezar a fabricar ropa ordinaria de bajo costo adaptadas a las nuevas tendencias de moda mundiales.

Tal como vimos en los párrafos anteriores, el negocio de confección y comercialización de ropa implica una serie de actividades y, por supuesto, una importante cantidad de costos a incurrir. Y no solo eso, las mujeres con las que trabajé mencionan que un elemento fundamental para empezar en este negocio es el espacio de trabajo, sobre todo para realizar los cortes de las telas. Todo esto quiere decir que el tránsito y permanencia en esta modalidad de trabajo depende en

gran medida de los recursos que la familia tenga a su disposición, pues hay muchos casos como los de Sara que debido a problemas económicos y personales han tenido que retroceder hacia el trabajo de confección a destajo.

A mi esposo lo encerraron en la cárcel (*por pensión alimenticia*). Me acuerdo de que todo lo que tenía tuve que cancelar ahí. Vuelta me fui al piso otra vez. Como dos años duré así, en el piso en el piso. Vuelta no tenía para la comida, para el pañal. Ya con dos niñas pues ahí. Ya no sabía ni qué hacer. Cosía, pero no se vendía. Ya venía otra vez a cobrar el banco. Por lo que ya no se estaba vendiendo, estaba con dos bancos por detrás. Entonces ya no sabía ni qué hacer y justo ahí es que conozco a la sobrina de mi esposo. No sé, algo le estaba comentando y me dice “¿por qué no hacen obras? (entrevista a Sara, confeccionista a destajo, 19 de febrero de 2024).

Sin capital y con las deudas encima, Sara expresa que no tuvo otra opción que dejar de comercializar y dedicarse por completo al trabajo a destajo junto a su esposo. A pesar de esto, se mantiene latente el sueño de volver a confeccionar para ella misma y dedicarse a la venta de ropa al por mayor, esto con el fin de dejar de depender del ingreso que sus empleadores le proporcionan. “Siempre he tenido ese sueño. Hasta ahora tengo. Y tengo ese sueño. Algún rato digo voy a cumplirlo” (entrevista a Sara, 19 de febrero de 2024).

3.3. Relaciones de parentesco en la dinámica de confección textil de Otavalo

A través de la historia es posible ver cómo las relaciones de parentesco sanguínea y ritual han contribuido a la dinámica comercial y productiva de las familias kichwa-Otavalo. Este fenómeno no es reciente, ya que el trabajo indígena desde siglos atrás funciona bajo un sistema de cooperación y reciprocidad bastante complejo que incluye miembros de la familia nuclear y ampliada, vecinos de la comunidad, amigos, conocidos y compadres (Martínez 1996).

Las relaciones de parentesco fueron utilizadas por los indígenas otavaleños dentro de los obrajes (Borchart 2007), más adelante en las fábricas textiles (Rivera 1988) y en los talleres artesanales (Meier 1976). En la actualidad, los testimonios de las mujeres y comerciantes de Otavalo indican que la dinámica del sector textil se sostiene sobre alianzas familiares y relaciones personales que han cultivado durante toda su vida dentro y fuera de la comunidad. Como pudimos apreciar en párrafos anteriores, detrás de las experiencias personales de cada una de las mujeres a las que entrevisté existe una motivación diferente que las llevó al trabajo de confección, sin embargo, no

cabe duda de que en este proceso las relaciones de parentesco cumplieron un papel esencial tanto en el inicio de su trayectoria, como en la dinámica de trabajo que mantienen actualmente.

3.3.1. Las redes de parentesco: el boleto de entrada a la confección

Los testimonios de las confeccionistas demuestran que las redes de inserción laboral indígena son sus relaciones de parentesco (Rivera 1988). En la mayoría de los casos, estas redes han facilitado la entrada de las mujeres y sus familias a la actividad de confección, aunque es diferente para aquellas que empiezan su trayectoria como talleristas y las que emprenden directamente en la confección domiciliar.

Las extalleristas cuentan que se insertaron en los talleres a través de familiares o conocidos que las contactaron con sus empleadores; Isabel entró a trabajar en el taller de elaboración de calentadores, gracias a su tía; Francisca se vinculó al taller de confección de bolsos en Iluman gracias a su hermana quién le presentó a su empleadora; Margarita entró a este mismo taller por sugerencia de un primo; y, Elena acudió al taller de confección Wasmu gracias a una amiga que conoce desde hace 10 años. Una vez insertas en el taller, las confeccionistas crearon su propia red de contactos que le sirvieron posteriormente en su dinámica de trabajo.

Las mujeres que empezaron directamente en la confección domiciliar fueron impulsadas por sus maridos y su red de relaciones familiares y personales. Por ejemplo, Sara cuenta que empezó a confeccionar gracias a su marido, quién trabajó años atrás en el taller de su hermana en Venezuela. La historia de María es similar, ya que ella se dedicó al trabajo de confección por impulso de su esposo quién tenía familiares con varios años de experiencia en la elaboración de prendas de vestir. Esto quiere decir que el matrimonio no solo amplía las relaciones de parentesco (González 2020), sino que inserta a las mujeres indígenas en nuevos sectores productivos a los que durante su juventud jamás estuvieron vinculadas.

Ambas experiencias ponen de manifiesto que las relaciones familiares, de confianza o afinidad son mecanismos sociales que permiten a los indígenas acceder a determinadas actividades económicas o espacios laborales (Rivera 1988). De una u otra forma, estas redes permitieron que las mujeres kichwa puedan ampliar sus posibilidades de obtener ingresos, algo que es muy importante sobre en un contexto donde hay muy pocas opciones de trabajo que permitan estar cerca de la comunidad y la familia. Por supuesto, esto no sucede siempre, ya que también hay

casos en que hombres y mujeres jóvenes son reclutados por parientes o conocidos para trabajar en talleres textiles en el exterior.

3.3.2. Las redes de parentesco en la confección domiciliar

Las mujeres a las que entrevisté manifiestan que iniciar en la confección domiciliar no ha sido sencillo; la necesidad de trabajar para ellas mismas se ha convertido en un camino muy complicado. Hay mujeres que recuerdan haber comprado sus primeras máquinas contrayendo deudas. Algunas dicen que empezaron en el negocio sin siquiera tener conocimientos básicos en el manejo de máquinas de coser e incluso sin tener personas para quienes trabajar. Frente a estas circunstancias las redes familiares y personales se convierten en un importante recurso.

La experiencia de Isabel, que trabaja como confeccionista a destajo para una comerciante de ropa juvenil ilustra esta situación:

Estaba tan desesperada por..., o sea, trabajar rápido. Buscaba un proveedor y le digo a mi prima “¿no sabes si alguien por allá quiere que le dé cosiendo?” [...] ella le preguntó a una que es su familiar mismo por parte del esposo. Me dijo, “ven Isabel, vamos”. Ella me ayudó y me fui. En ese momento, como te dije, solo tenía la over y la señora que me presentó mi prima me dice que sí, que sí me va a dar trabajo. [...] me dice “¿en 3 días será que me pueda entregar?” Yo le digo, obvio que sí, bueno, aunque aún no sabía confeccionar las prendas que ella vendía... (entrevista, confeccionista a destajo, 2 de febrero de 2024).

A través de este recuerdo Isabel expresa que la ayuda de su prima le facilitó su inicio en la confección domiciliar a destajo, pero, además le permitió insertarse en una red más amplia de comerciantes que posteriormente también la contrataron.

Al analizar la dinámica de trabajo que mantienen actualmente las mujeres es posible notar que en la actividad de confección está sostenida sobre una compleja red de relaciones familiares y personales “basadas en la confianza mutua desarrollada durante años de trato social” (Narotzky 2001, 73). En realidad, la mayoría de las mujeres indígenas a las que entrevisté manifiestan que trabajan y han trabajado, tanto para comerciantes que no forman parte de su círculo familiar más cercano, como para parientes, vecinos, compadres y amigos de la familia. Francisca, por ejemplo, menciona que la mayor parte de las prendas que elabora las entrega a un señor indígena que vive en Guayaquil, mientras que otra parte lo envía a sus cuñados en Colombia. “Esos son para mis cuñados. Como hacen pedidos allá también, entregamos a mis cuñadas [...] ellos dicen,

necesito..., preguntamos cuántos shorts. Entonces nos toca mandarle” (entrevista a Francisca, confeccionista/comerciante, 1 de marzo de 2024).

Si bien, hoy en día las redes sociales se han convertido en un importante canal que opera en la dinámica del mercado textil, las redes de parentesco son el primer recurso al que acuden comerciantes y costureras. Esto quiere decir que, las redes actúan en dos sentidos: por un lado, permiten a las confeccionistas encontrar a sus potenciales empleadores; y, por otro, ayudan a los comerciantes a reclutar trabajadoras ya sea para sus talleres o como confeccionistas a destajo. A pesar de que actualmente las redes sociales y la radio facilitan este proceso, estos recursos son utilizados como última opción, es decir, cuando comerciantes y confeccionistas han agotado sus opciones dentro de sus redes de contacto personales. Esta situación refleja que la dinámica productiva en el sector textil se sostiene de complejas redes de relaciones basadas en el parentesco, las cuales operan a la vez como relaciones económicas (Torres 2005).

Estas relaciones actúan dentro de una estructura comunitaria y familiar donde el intercambio de bienes, favores y apoyo recíproco son la base de la estructura productiva y comercial textil. En el trabajo se crean obligaciones mutuas entre confeccionistas y comerciantes que impulsan la cooperación. El caso de los indígenas otavaleños dentro de la actividad textil se parece a lo que Susana Narotzky (2001) encuentra en el caso de la industria de calzados en la provincia de Alicante en España. En realidad, la industria del calzado que estudia esta autora y la confección otavaleña son similares en varios sentidos: ambas se estructuran sobre una espesa red de relaciones de parentesco y deberes morales “construidos durante años de convivencia” (76); y, son un ejemplo claro de un modelo de desarrollo económico “desde abajo” que se sostiene de valores como la reciprocidad y la cooperación comunitaria (Narotzky 2001).

Durante mi investigación pude apreciar cómo las confeccionistas aceptaban prendas de sus familiares más cercanos como una forma de recompensar el apoyo recibido en momentos anteriores. En la entrevista Margarita lo describe de esta forma:

hace tiempo que mi compadre no me dejaba sacos para coser, justo la otra vez vino, y eso que aún tenía bastantes camisas de la tía de Iluman. Pero me tocó coger, porque él me ha apoyado cuando más lo necesitaba, dándome prendas para que pueda coser, porque una vez estuve sin nada, nada de trabajo, la señora de Iluman no me estaba mandando (entrevista, confeccionista a destajo, 18 de marzo de 2024).

Los vínculos que se van tejiendo dentro del ámbito familiar y comunitario actúan en el marco laboral como una especie de amortiguador ante cualquier dificultad. Aunque también constituyen una forma de encubrir la explotación, los abusos laborales y la distribución del trabajo basada en el género.

En el ámbito más familiar y personal, estos lazos no pierden importancia, ya que contribuyen a que las mujeres puedan mantenerse dentro del negocio. Margarita, por ejemplo, puede dedicarle más tiempo a la confección porque sus suegros y sus cuñados la apoyan con sus hijas pequeñas. Ella manifiesta que cuando tiene sobrecargas de trabajo, sus cuñadas se ofrecen a retirar a sus hijas de la escuela, y cuando ella tiene tiempo libre apoya a sus cuñadas de la misma forma. Esto refleja cómo la familia indígena funciona bajo un sistema de cooperación donde los miembros del hogar se apoyan en diferentes ámbitos, tanto en el plano productivo como en el reproductivo.

Por último, las entrevistas realizadas a las mujeres confeccionistas también visibilizan los sistemas de cooperación que existen entre diferentes unidades de producción domiciliarias, mismas que funcionan sobre la base de relaciones de parentesco y afinidad. Las mujeres señalan que en muchas ocasiones se han apoyado en parientes que son confeccionistas para liberar sus cargas de trabajo. “Ella no avanzaba a coser mucho. Yo siempre le ganaba coser a mi prima. A veces cuando yo estaba ocupada, ahí nomás le decía, no estoy alcanzando ayúdame y ella me ayudaba. Vuelta ella decía, no estoy alcanzando, ya no avanzo, ayúdame y le ayudaba a ella. Así nos cambiábamos con mi prima” (entrevista a Francisca, confeccionista/comerciante, 1 de marzo de 2024). Este tipo de prácticas que se generan entre parientes, conocidos o familia permiten parcialmente a las mujeres sostener su ritmo de trabajo, y al mismo tiempo, ocuparse de otras actividades relacionadas a la reproducción.

3.4. Cambios en el sector textil otavaleño

A pesar de que Otavalo es reconocido nacional e internacionalmente como una industria productora de textiles andinos y artesanales, hoy en día la producción se ha ampliado a un ritmo acelerado. Todo esto en función de los patrones de consumo imperantes en el mercado textil mundial y la inserción de los indígenas a una lógica de producción más mercantil. En esta zona ya no se elaboran solamente textiles étnicos; el mercado otavaleño está abarrotado por un sin número de comerciantes de prendas ordinarias de bajo costo que destinan sus productos al consumo local.

El crecimiento de la demanda de este tipo de productos ha incentivado un aumento de unidades domésticas dedicadas a la confección de prendas que trabajan a un ritmo acelerado de producción, es decir, bajo un sistema de fabricación en serie que ha configurado las condiciones de vida de las familias indígenas. Los datos del censo nacional reflejan que desde el 2001 al 2022 el número de hogares que se dedican a la confección de prendas de vestir en Otavalo ha crecido en un 63%. Esto quiere decir que, pese a que el trabajo textil realizado en la zona de Peguche es el que inicialmente ha otorgado fama al indígena de esta región (Jaramillo 2021), en la actualidad el textil, sobre todo de la confección de ropa, se ha ampliado a otras comunidades y parroquias rurales de Otavalo (Ver tabla 3.1).

Tabla 3.1. Número de hogares que se dedican a la producción de ropa en Otavalo

Parroquias	2001	2010	2022
Otavalo	922	1389	1742
Dr. Miguel Egas Cabezas	133	286	490
Eugenio Espejo	82	115	374
González Suárez	15	31	43
Pataquí	0	0	0
San José de Quichinche	120	148	298
San Juan de Ilumán	120	440	570
San Pablo	43	53	66
San Rafael	13	8	44
Selva Alegre	2	1	1

Elaborado por la autora a partir de los datos del Censo de Población y Vivienda 2001, 2010 y 2022.

Las trayectorias de las mujeres indígenas en el trabajo de confección dan cuenta de los cambios que se han desarrollado en el mercado textil otavaleño durante los últimos años. Sus testimonios reflejan el modo en que ciertas modificaciones que sufrieron las máquinas de coser, los nuevos insumos que empezaron a comercializarse en Otavalo y el avance de las tecnologías de información y comunicación permitieron una importante diversificación en los productos textiles, los cuales poco a poco se expandieron en el mercado local.

3.4.1. Las máquinas de coser

La introducción de las máquinas de coser eléctricas en Otavalo han sido clave en el proceso de transformación del sector textil. Pese a que en la década de 1970 ya existían talleres mecanizados, solo un número reducido de indígenas tenía la posibilidad de convertir sus talleres artesanales en pequeñas industrias textiles, así que Otavalo aún se destacaba como una “sociedad de artesanos” (Meier 1985). Hoy evidentemente las cosas han cambiado, no solo que el número de artesanos ha reducido drásticamente, sino que gran parte de las unidades domésticas confeccionistas trabajan con máquinas de coser eléctricas de gran velocidad.

Las máquinas de coser son la principal herramienta y medio de trabajo para las mujeres indígenas de las comunidades de Otavalo. Gaby, confeccionista con más de 15 años de experiencia en confección de prendas de vestir, manifestó que los precios de las máquinas rodean los 600 a 1200 dólares, aunque esto también depende mucho de la marca. Asimismo, explicó que una unidad doméstica dedicada a la confección domiciliar bien equipada tiene al menos una máquina recta, overlock y recubridora cuya inversión total bordea los 3 000 dólares. Los talleres más grandes llegan a tener dos máquinas de cada una, esto es más usual en unidades de producción que se apoyan de obreros asalariados.

Foto 3.1. Máquinas de coser industriales



Fotos de la autora

Hay también talleres de confección especializados en una línea de productos que además de las máquinas básicas poseen bordadoras eléctricas, sublimadoras y equipo de serigrafía. El taller de María y Pedro es un ejemplo, pues en su taller tienen máquinas collareteras, remalladoras,

recubridoras cilíndricas y máquinas interlock, el precio de cada una está entre los 3.000 a 8.000 dólares. Hay pocas unidades domésticas de este tipo; la inversión que se requiere impide a los talleres más pequeños adquirir máquinas más especializadas. Durante mi trabajo de campo visité al menos 10 hogares que se dedican a la confección, entre ellos, solamente el taller de María tenía máquinas especiales.

Los cambios en los medios de producción están relacionados sobre todo a las marcas y las funcionalidades que poseen estas máquinas. Los testimonios de las mujeres indígenas a quienes entrevisté revelan que las primeras que ingresaron a los hogares de Otavalo fueron las Singer de uso doméstico, que funcionaban a pedal y tenían la capacidad de coser hasta 900 puntadas por minuto. Con el tiempo, sobre todo desde inicios de los 2000 gran variedad de máquinas de escala industrial se insertaron en los hogares de las confeccionistas.

La expansión de la demanda de bienes textiles en Otavalo permitió que nuevas marcas de máquinas de coser origen de origen asiático y de un costo relativamente menor ingresaran a los hogares indígenas. Margarita lleva trabajando en la confección textil aproximadamente 14 años, hace 9 años que compró su primera recta y cuenta que en el mercado se ofertaban máquinas Hontex, Siruba, Singer, Juki y Sunstar las cuales funcionan a una velocidad de 3 000 a 6 000 puntadas por minuto.

Las primeras máquinas industriales funcionaban a una velocidad estándar; por ende, las mujeres cuentan que fue complicado aprender a manejarlas. Hoy, en los locales del centro urbano de Otavalo hay una gran variedad de máquinas industriales con funciones especiales que permiten regular fácilmente la velocidad. Estos cambios son visibles dentro de los talleres de las mujeres a las que visité: las confeccionistas que empezaron su trayectoria alrededor de 3 a 5 años atrás poseen máquinas Jack con regulador de velocidad; en cambio, aquellas que tienen una trayectoria más larga tienen ambos tipos de máquinas.

Los cambios en el trabajo textil se ven reflejados también en los insumos, es decir, en los hilos y las telas. Si bien, existen aún pequeños productores de telas andinas, principalmente en Peguche, varios confeccionistas señalan que Otavalo se caracteriza por la oferta de telas licra, durazno y peluche de origen asiático. Sucede lo mismo con otros insumos, la mayoría de los locales en Otavalo rotulan en sus anuncios que son importadores de hilos, cierres, botones, broches, elásticos y otros materiales de confección.

El tipo de prenda o producto que copa los mercados en cada época está definida, por un lado, por las telas que se comercializan en los locales y, por otro lado, por las tendencias de moda emergentes las cuales suelen cambiar constantemente. En realidad, al recorrer las calles de la ciudad es claro que hay una evidente configuración de la producción textil de Otavalo, ya que el crecimiento del comercio de confecciones y prendas étnicas, que también forman parte de una cadena de producción más industrializada, es relativamente menor que la dinámica comercial de prendas ordinarias. Además, es evidente que en el centro de la ciudad el número de locales que venden telas importadas supera en gran medida a la cantidad de locales que comercian telas andinas —estas se concentran solamente en las calles contiguas a la Plaza de Ponchos—.

3.4.2. Cambios constantes en los productos textiles

La capacidad de las nuevas máquinas industriales que eran de un costo relativamente menor a las primeras marcas, las nuevas funcionalidades que se incorporaron en ellas y la entrada masiva de insumos importados dieron pie a una dinámica de producción y comercialización de bienes textiles, quizás parecida al de la gran industria de moda rápida. Sobre todo, porque es claro que dentro de los hogares se están elaborando una mayor cantidad de prendas ordinarias de bajo costo y de menor calidad adaptadas a las modas emergentes y destinadas al mercado interno (Villalva y Escobar 2018).

Hay un importante vínculo entre la industria textil local y la dinámica productiva que se desarrolla a nivel global. Como plantea Ana Martínez (2008, 106), el desarrollo de las tecnologías de la información y de nuevas estrategias empresariales “han alterado profundamente el modo en que se produce, distribuye, comercializa y vende la moda”. Hoy las grandes firmas de ropa a nivel mundial trabajan bajo una producción flexible: diversifican con mayor rapidez la oferta de sus productos, se adaptan con facilidad a la demanda de los consumidores y trabajan bajo la subcontratación de pequeñas y medianas empresas de confección. Un claro ejemplo es Inditex-Zara, empresa española que trabaja bajo un sistema muy rápido de análisis de mercado, diseño y producción de ropa.

Según las investigaciones realizadas por Luis Alonso Álvarez (2012) y Ana Martínez Barreiro (2008), una de las principales ventajas del grupo Inditex es su flexibilidad productiva, que es básicamente su capacidad de insertar productos al mercado en un tiempo reducido, además de su sistema de comunicación entre las tiendas y sus talleres. Mientras otras marcas lanzan nuevas

colecciones en un promedio de nueve meses, Inditex lo hace en aproximadamente dos semanas. Esta es importante, sobre todo, “en el sector de la confección, en el que las preferencias de los consumidores son muy inestables” (Álvarez 2012, 153).

Por supuesto, los comerciantes y productores indígenas en Otavalo no realizan un exhaustivo análisis de mercado y tampoco trabajan bajo un acelerado sistema de producción a la altura de estas grandes marcas. Sin embargo, existe un intento constante de producción en masa que busca reinterpretar o adaptar estilos producidos por otras marcas de ropa de moda nacional e internacional para fabricarlos en gran cantidad y ponerlos al alcance del consumo popular (Pérez 2006).

La mayoría de los comerciantes se mantienen en la producción de una línea de ropa específica, pero tratan de cambiar modestamente los diseños, colores y tipos de tela cada cierto tiempo para elevar o mantener sus niveles de venta. Otros mercantes indígenas se mueven de manera flexible entre distintos modelos de prendas, y los cambian dependiendo de la época del año y la moda. Los que tienen más experiencia en el comercio utilizan varias estrategias para renovar constantemente sus productos. Una herramienta importante para los comerciantes y productores de ropa en Otavalo es internet, puesto que gran parte de las prendas ordinarias que se comercializan al por mayor y menor en las ferias de Otavalo son diseñadas en base a la información publicada en redes sociales como Instagram, Facebook, Pinterest, y páginas de venta de ropa online como Shein.

En realidad, el desarrollo de las tecnologías de la información y comunicación generaron un cambio importante en la línea de producción textil. Si antes los conocimientos eran transmitidos de padres a hijos o aprendidos en un taller, y décadas atrás esta actividad demandaba de un conjunto de conocimientos especializados desde el hilado y el tejido, ahora el internet brinda una gran cantidad de información que facilita la inserción de las personas al trabajo textil, sobre todo en la confección que es una actividad donde la inversión en insumos y medios de producción es relativamente baja con respecto a otros negocios.

Durante el trabajo de campo, pude conocer a varios comerciantes que, en menos de dos meses de lanzar un producto, estaban buscando nuevos diseños y telas para producir. Efraín, por ejemplo, en la primera conversación que sostuve a finales de febrero estaba cortando piezas para faldas en

tela rip, y tres meses después, en mayo, empezó a producir conjuntos para mujer en tela angora (Ver foto 3.2).

Foto 3.2. Prendas producidas y comercializadas por Efraín



Fotos de la autora

En definitiva, sobre el proceso de producción en Otavalo puede decirse que las prendas ordinarias que se comercializan son producto de dos procesos: uno muy básico que consiste en comprar una prenda de moda en el mercado textil, descoserla y traspasar el molde a papel o cartón para luego producirla; y otro, más complejo, que implica buscar diseños en internet, realizar algunas modificaciones y enviarlas a un profesional para generar los patrones. Con los diseños listos, los confeccionistas compran las telas, la cortan y empieza el proceso de confección.

Para algunos comerciantes, la dinámica de producción textil en Otavalo es percibida como un mercado de “ropa copiada”. Basta que un comerciante fabrique un producto que genere altos niveles de venta para que los demás empiecen a producir la misma prenda. Algunos comerciantes como Pedro, esposo de María, que hace más de 16 años se dedica a la venta de ropa, considera que en Otavalo hay mucha copia, porque “tu llevas el producto, algún comerciante te ve y ya lo produce a precios más bajos, dañando tu negocio” (entrevista, confeccionista/comerciante, 4 de abril de 2024). Esto lo reafirma Geovany, marido de Francisca, que en una entrevista expresaba que en ocasiones lo que hacen es comprar una prenda, la descosen, copian en cartón los moldes y empiezan a producir.

Esto no quiere decir que dentro de las comunidades no se elaboren productos propios de Otavalo. Especialmente en Peguche, es muy común escuchar al interior de las viviendas el sonido de los telares eléctricos que fabrican confecciones étnicas que en su mayoría se comercializan al por mayor y menor en la Plaza de Ponchos e incluso son exportadas a otros países. No obstante, es posible que la competencia de textiles peruanos, bolivianos y chinos, importados incluso por los mismos kichwa-Otavalo, hayan reducido la dinámica productiva de este ramo textil (El Comercio, 2019). Frente a estas condiciones incluso hay productores y comerciantes que han decidido cambiar su línea de fabricación. Por ejemplo, Francisca en una entrevista comentaba que una comerciante de Peguche para quién trabajaba años atrás tuvo que dejar de producir mochilas y carteras en tela andina por la fabricación de cobijas. Esto porque la creciente competencia había reducido considerablemente el precio de dichos productos.

3.4.3. Las zonas de comercio

Tal como menciona Jaramillo (2010), el mercado textil Otavaleño es bastante diversificado. No podemos hablar de una línea de confección en la que los talleres de confección se hayan especializado, pues en la mayoría de los casos, tanto confeccionistas como mercantes, se adaptan a los patrones de consumo y las nuevas tendencias del mercado. Tal es así que, a la industria textil otavaleña reconocida por la producción de ropa y confecciones étnicas, se suma un gran número de productores y comerciantes que se mueven dentro de circuitos de venta textil de ropa ordinaria.

Al recorrer las calles de Otavalo, sobre todo los sábados en que la dinámica comercial es más intensa, es posible mirar una gran cantidad de comerciantes que ofrecen sus productos en dos zonas principales: la Plaza de Ponchos y el Copacabana. En ambos lugares y las calles contiguas se comercializan textiles fabricados, ya sea en las comunidades cercanas, en otras provincias e incluso importadas de otros países. No obstante, en estos sitios los productos textiles están direccionados a distintos segmentos de mercado.

Por un lado, la Plaza de Ponchos, conocida como la Plaza Centenario, es el centro de comercio de artesanías y textiles andinos. En este lugar se ofrecen tejidos, confecciones y prendas étnicas — tapices, suéteres, ponchos, bufandas, chalinas y camisas—, las cuales buscan adaptarse principalmente a la necesidad y demanda de los turistas nacionales y extranjeros. A esto se suman

comerciantes mayoristas que adquieren las prendas para revenderlos en otras zonas del país e incluso en el exterior.

Foto 3.3. Puestos de venta de prendas étnicas en la Plaza de Ponchos



Fotos de la autora

Por otro lado, está la feria de textiles “Copacabana” que aglutina varias asociaciones de comerciantes mayoristas y minoristas de ropa. El comercio en esta zona se ha ampliado de manera considerable durante los últimos años, ya que además del canchón del Copacabana, donde se ubican alrededor de 400 comerciantes (La Hora 2017), tras la emergencia del Covid-19, se han creado dos zonas más de comercio: “El madrugón de mayoristas el Jordán” y “la feria textil mayorista La Gran Bodega”. Ambas nacen de la iniciativa de comerciantes que debido a la falta de espacio dentro del canchón del Copacabana y los problemas que se presentaban con otros comerciantes decidieron organizarse y arrendar su propio sitio de comercialización.

Foto 3.4. Feria de textiles del mercado Copacabana



Izquierda: Feria “El Madrugón de Otavalo”. Centro: Feria “La gran Bodega”. Derecha: Feria de la “Asociación de comerciantes mayoristas Otavalo”. Fotos de la autora.

Además de estas dos zonas donde se concentra la dinámica de comercio de textiles, hay que tomar en cuenta que la venta de ropa y otras confecciones se extiende en todo Otavalo, pues es posible apreciar locales de ropa al interior del mercado municipal, en la feria de animales de Quinchuquí y la Compañía, y varios locales en el centro de la ciudad. Los sábados hay también comerciantes kichwas y no kichwas que expenden sus productos de manera informal en las calles principales de Otavalo.

La expansión de las zonas de comercio de textiles en Otavalo ha generado un notable crecimiento de las unidades de producción domiciliar en las comunidades, una modalidad de producción que se sostiene en el trabajo de familias indígenas, especialmente mujeres, madres y amas de casa cuyas actividades se efectúan a la par de las tareas domésticas y comunitarias bajo condiciones desfavorables que afectan no solo su salud física y mental, sino también, en parte, reducen su participación en el ámbito comunal y afectan sus relaciones personales/familiares.

3.5. Conclusiones del capítulo

En este capítulo se analizaron los cambios desarrollados en el sector textil otavaleño y el papel que cumplen las redes de parentesco para las mujeres que se dedican a la confección de ropa. Esto lo hice a partir de la construcción de las trayectorias laborales y de vida de las mujeres kichwa-Otavalo, herramienta analítica que permite entender el camino recorrido por las mujeres en el ámbito laboral hasta llegar al trabajo de confección domiciliar. A partir de este análisis es posible concluir que las trayectorias laborales de las mujeres kichwa-Otavalo empiezan a muy temprana edad y se caracterizan por una constante rotación entre trabajo precarios e informales. Situación que parte de las necesidades del hogar que obligan a las mujeres a abandonar su formación académica e incorporarse en distintos tipos de trabajos como una forma de apoyar a la economía de la familia.

La trayectoria de las mujeres indígenas en la actividad de confección empieza por dos vías: tras adquirir experiencia en talleres textiles manejados por comerciantes de la misma comunidad u otras cercanas y tras vincularse al comercio de prendas de vestir. Las razones principales que motivan a estas mujeres a instalar su propio taller están relacionadas a la necesidad que tienen de cumplir con las labores domésticas, encargarse del cuidado de los hijos o simplemente la búsqueda de una autonomía laboral y las experiencias atravesadas en trabajos anteriores, dentro

de los cuales debían permanecer más de 8 horas fuera del hogar y lejos de familia a cambio de pagos muy bajos.

Uno de los mecanismos sociales más importantes que insertan a las mujeres kichwa a la confección y comercio de textiles son las relaciones de parentesco. Estas en primera instancia facilitan el inicio de las mujeres en la actividad textil y luego, una vez insertas, mantienen su dinámica de trabajo al proveer trabajo, información y recursos económicos/materiales que les permita mantenerse dentro del negocio. Las redes de parentesco funcionan en dos sentidos: por un lado, a las confeccionistas les permite tener acceso a comerciantes que las contraten; y, por otro lado, a los comerciantes les permite reclutar a confeccionistas que trabajen para ellas, sea dentro de su propio taller o a destajo. Si bien, las relaciones familiares y personales determinan la dinámica de trabajo dentro de la confección y comercio de textiles, tales relaciones, sobre todo en el caso de las confeccionistas a destajo, suelen ser aprovechadas por algunos comerciantes para negociar pagos demasiado bajos o imponerles cargas de trabajo muy altos.

En lo referente a la transformación que ha sufrido el sector textil otavaleño, se nota un notable cambio en términos de productos ofertados, medios de producción y el crecimiento de unidades domésticas dedicadas a la confección. Primero, la línea de producción que durante los 70 se orientaba principalmente a la fabricación de textiles destinados al mercado turístico ha dado un vuelco a la producción de prendas ordinarias. Esto tiene que ver con la entrada de insumos importados de un costo relativamente bajo al mercado otavaleño y la incidencia del internet que ha impulsado a los hogares indígenas a dedicarse al comercio de ropa de moda de bajo costo. Segundo, contrario a lo que sucedía en los años 70 en que muy pocos hogares tenían acceso a máquinas mecanizadas, actualmente hay una diversidad de máquinas industriales de diferentes costos y funcionalidades que son más accesibles. Y, por último, en toda la ciudad de Otavalo, sobre todo, en ferias como el Copacabana, sus alrededores, locales y calles de la ciudad se comercializa una gran cantidad de prendas ordinarias, lo cual también ha permitido un crecimiento de confeccionistas en comunidades donde el textil no ha sido una actividad tradicional, tal como sucede en zonas como Peguche, donde funcionó uno de los principales obrajes de la Real Audiencia.

Capítulo 4. El taller/hogar: superposición de los espacios de producción y reproducción en la confección domiciliar.

La confección domiciliar es una actividad sobre la cual se ha sustentado históricamente la cadena de producción textil otavaleña. Hoy la actividad se ha expandido a diferentes comunidades donde las familias producen una diversidad de prendas ordinarias ya sea para venderlas por ellos mismos o para otros comerciantes de la zona. Una gran cantidad de prendas de moda de bajo costo han saturado el mercado textil otavaleño, situación que ha reducido el valor del trabajo de las mujeres y las ha obligado a asumir mayores cargas laborales. Dadas estas circunstancias, al interior de las unidades domésticas, las mujeres atraviesan contextos complejos: deben sostener económicamente a la familia, asumir las responsabilidades del hogar y cumplir con los compromisos que implican la vida rural comunitaria.

El presente capítulo tiene por objeto analizar las condiciones laborales y de vida de las mujeres kichwa-Otavalo que trabajan como confeccionistas domiciliarias frente a los cambios producidos en la dinámica productiva del sector textil. A lo largo del capítulo examino el entrelazamiento de las actividades de producción y reproducción dentro de las unidades domésticas confeccionistas, esto sumado a las responsabilidades que asumen dentro del ámbito comunal y el significado que ellas otorgan a su trabajo, su rol dentro del hogar y la comunidad. Este capítulo se nutre del ejercicio de observación participante y las entrevistas que realicé a las confeccionistas y comerciantes indígenas durante el trabajo de campo. Debido a mi interés en captar directamente las condiciones de trabajo de estas mujeres, este capítulo se basa en mi participación directa en el trabajo de confección, es decir, mi análisis parte no solo de los testimonios de las costureras y sus familias sino también mi propia experiencia en esta modalidad de trabajo junto a ellas.

El capítulo se organiza en cuatro secciones. En la primera, abordaré la condición actual de las mujeres kichwa en el trabajo de confección domiciliar, donde analizo el lugar de trabajo de las mujeres confeccionistas, el modo en que organizan sus actividades —productivas, reproductivas y comunales— y las consecuencias de la superposición de tareas sobre sus cuerpos. En la segunda sección plantearé los factores que hacen de la actividad de confección domiciliar un empleo que se mueve en una dinámica inestable que mantiene en la incertidumbre a las mujeres y las obliga a complementar sus ingresos a través de múltiples actividades. En la tercera parte, a partir de los testimonios de las mujeres indígenas examino el significado que otorgan a su trabajo

y su lugar dentro del hogar, no solo como trabajadoras, sino como madres y mujeres indígenas. Y, finalmente presento las conclusiones del capítulo.

4.1. Las mujeres kichwa-Otavalo en la confección domiciliar

El sector textil otavaleño funciona sobre una compleja dinámica productiva y comercial donde las relaciones de parentesco tienen un papel esencial. Para los kichwa-Otavalo estas son un importante mecanismo social de inserción laboral y, una vez insertos en la actividad, proveen información, recursos y trabajo, elementos fundamentales dentro de un mercado inestable como el textil. La estructura productiva está conformada principalmente de “microempresas” o más bien pequeños talleres familiares que elaboran prendas de vestir. Estas se inscriben dentro de la modalidad de confección domiciliar, sistema de trabajo donde el hogar funciona al mismo tiempo como unidad de producción y espacio de convivencia y reproducción diaria.

Las mujeres kichwa-Otavalo que participan de la confección domiciliar, sea como obreras asalariadas dentro de talleres bajo relación de dependencia o en sus propios hogares, desarrollan sus actividades dentro de un contexto comunitario, el cual les permite tener acceso a diferentes recursos y redes de cooperación dentro y fuera del ámbito comunitario (Martínez 2002). Pero, al mismo tiempo, en el espacio comunal deben cumplir con una serie de actividades que legitiman su lugar dentro de la comunidad como la participación en mingas, reuniones y otras prácticas culturales y sociales que caracterizan la cotidianidad indígena. Esto quiere decir que las mujeres kichwa se enfrentan a una multiplicidad de tareas que incluyen no solo el peso de las responsabilidades del hogar y el trabajo, sino también de la comunidad.

En primera instancia la confección domiciliar permite a las mujeres ocuparse de diferentes actividades al mismo tiempo: laboral, familiar y comunitario. Las mujeres tratan de conciliar estos tres ámbitos con el objetivo de proveer bienestar a los miembros de su núcleo familiar, pero según los testimonios de las mujeres no siempre logran conciliar su trabajo con las labores de reproducción. Una de las respuestas más frecuentes que enuncian las mujeres al preguntarles sobre su trabajo es el siguiente: “Decidí dedicarme a esto para no salir dejando a mis hijos, porque se quedan solitos. Por eso pienso que nos enseñamos más a confeccionar en la casa las mujeres indígenas” (Francisca, confeccionista, 15 de enero del 2024). No obstante, las actividades de cuidado se sujetan al trabajo y las metas de producción.

Pese a las ventajas que otorga la confección domiciliar, reconozco que mi inmersión dentro de los talleres textiles me permitió entender que las mujeres no solo deben lidiar con las múltiples actividades que realizan, sino con unas condiciones poco favorables que implican vivir y trabajar en un mismo espacio, en este caso su propia vivienda. Al interior de los hogares/taller las costureras afrontan diversos problemas: la mayoría no cuenta con un lugar apropiado para desarrollar su trabajo, confeccionan más de 10 horas al día, asume altas cargas de trabajo, reciben pagos demasiado bajos, etc.

4.1.1. La inserción del taller al hogar: el lugar de trabajo de las confeccionistas

La vida de la mayor parte de las mujeres confeccionistas transcurre en un cuarto, bajo el sonido de la música y las noticias que se emiten en la radio, rodeadas de varias máquinas de coser, prendas a medio terminar, bultos de ropa y telas por todos lados. La cotidianidad de estas mujeres se desarrolla en un espacio donde los materiales de trabajo se entremezclan con juguetes, cuadernos, muebles, cubiertos y otros objetos que hacen parte de la intimidad del hogar.

Limitadas por el poco espacio del que disponen, las confeccionistas domiciliarias han tenido que “compartir el espacio laboral con su domicilio” (Camacho 2008, 100). Básicamente, han tenido que ordenar sus medios de producción en zonas donde transcurre al mismo tiempo su vida personal y familiar. Esta situación hace evidente que el espacio del taller de confección constituye el lugar donde se entrelazan el cuidado y el trabajo para establecer una economía general (Gago 2018).

No obstante, hay que reconocer que tal distribución del hogar indígena no representa un aspecto realmente nuevo que parte necesariamente de la inserción de las mujeres en la actividad de confección. Prieto (2015), en su estudio sobre las poblaciones kichwas de la sierra ecuatoriana, recoge varios datos que dan cuenta que, a mediados del siglo XX los hogares indígenas vivían bajo una clara superposición de espacios. Lo común en las zonas rurales agrícolas eran casas de abobe de una sola habitación donde vivían y convivían todos los miembros de la familia e incluso los animales. Además, ahí mismo se preparaban los alimentos y se almacenaban herramientas de trabajo. Esto quiere decir que para ese entonces el domicilio del indígena era distinto a la imagen de la casa moderna con salas, comedor, cocina y dormitorios delimitados que existe actualmente.

Incluso a inicios del siglo XXI prevalecían este tipo de viviendas. Yo misma recuerdo que durante mi infancia viví junto a mi abuela en una casa de teja y tapial que no tenía ninguna

división: en una de las esquinas había un fogón donde preparábamos los alimentos, en la otra parte de la habitación se guardaban los costales de granos cosechados que servirían para el autoconsumo o para la venta y en el piso corrían sueltos más de una docena de cuyes. A pesar de que esta imagen se ha tendido a ligar con un problema de higiene y salud, el modo de vida de la población indígena es más complejo y parte de una serie de saberes y conocimientos ancestrales que determinan la particularidad de los hombres y mujeres de la ruralidad.

Todo esto ha cambiado paulatinamente; hoy ya no es posible ver este tipo de casas, la mayoría son viviendas de uno o dos pisos construidos con cemento y bloques. Las nuevas casas se construyen con la intención de delimitar como mínimo los cuartos de los hijos, los padres, la cocina, posiblemente una sala y un comedor. Tales cambios parten de diversas políticas, campañas y proyectos de intervención estatales que a partir de la segunda mitad del siglo XX han transformado el modo de vida del indígena (Prieto 2015). Esto no quiere decir que los hogares indígenas hayan cambiado por completo; el trabajo de confección es un claro ejemplo de cómo la cotidianidad del indígena transcurre sobre una compleja superposición de espacios y tareas relacionadas con el ámbito familiar, laboral y comunitario.

El área de trabajo es primordial para la actividad de confección, ya que en este espacio deben alcanzar al menos tres máquinas de coser —cada máquina ocupa aproximadamente 1.5 metros de largo y 60 de ancho—, los muebles para colocar los hilos, telas, prendas de vestir recién fabricadas, patrones y otros accesorios de confección. Sin embargo, muy pocos hogares indígenas disponen del espacio suficiente para tener un lugar reservado específicamente para el trabajo. Incluso aquellas que tienen su propia vivienda deben reorganizar la casa para instalar su taller en un área lo suficientemente grande para colocar las máquinas.

La organización del lugar de trabajo depende mucho del tamaño y el número de miembros que componen el hogar. Hay mujeres indígenas que forman parte de unidades domésticas integradas por varios parientes en diferentes grados de consanguinidad o núcleos familiares (Martínez 1996), lo cual les dificulta encontrar un sitio propio para efectuar sus actividades productivas.

Las mujeres que forman parte de este tipo de hogares se instalan en zonas que primero deben ser acordadas con el resto de la familia y deben resistir a la invasión de su área de trabajo. Pongamos el caso de Margarita que vive en casa de sus suegros y cuñados en Iluman; ella tiene las máquinas en uno de los rincones de una sala grande. Estas se encontraban parcialmente ocultas tras varias

pilas de sillas y unos costales de choclos que pertenecían a sus suegros. Margarita comentaba que antes tenía sus máquinas de coser en un cuarto muy oscuro donde la humedad empezaba a oxidarlas, así que tuvo que hablar con su familia para poder ubicarse en el área donde hoy se encuentra.

Francisca es otra de las confeccionistas que vive junto a 2 de sus hermanos y cuñadas. Ella comentaba que antes tenían un cuarto grande solo para realizar los cortes de las telas, pero como uno de sus hermanos empezó en el negocio de confección y necesitaba este espacio para trabajar, tuvo que trasladar su mesa de corte a una pequeña casa de teja que queda en el patio. En este lugar donde antes solo se preparaban los alimentos, empezaron a cortar las telas para producir su mercadería.

Asimismo, la zona que ocupan las familias para el trabajo está ligada al tamaño del taller que manejan. Las mujeres que trabajan solas en la confección —talleres unipersonales— tienen cierta facilidad para ubicar sus máquinas en algún rincón de la casa. En cambio, las confeccionistas a destajo o las confeccionistas/comerciantes que se apoyan de mano de obra familiar y obreros asalariados, suelen ocupar una habitación muy grande o dos cuartos para poder realizar los cortes de tela y confeccionar.

Las mujeres que tienen casa propia tienen mayor libertad de ubicar todo su material, sea en una sola habitación o en varias. María, por ejemplo, es una confeccionista de la comunidad de Huayco Pungo que tiene un taller relativamente grande. En un solo cuarto realizan los cortes de las prendas y en la otra mitad de la habitación están 9 máquinas de coser: entre overlocks, rectas, recubridoras y collareteras (Ver foto 4.1). Por lo general trabaja junto a su esposo, su hija y Carolina, una mujer indígena de otra comunidad a quién contratan. Al llegar a este taller me llevé una gran impresión, a diferencia de otras unidades de producción, aquí tenían máquinas bastante complejas y caras cuya inversión sobrepasaba los 15 000 dólares.

Foto 4.1. Taller de confección en la comunidad de Huayco Pungo



Foto de la autora

Otras mujeres como Sara, en cambio, debido a la falta de espacio en su domicilio se han visto en la necesidad de reorganizar la casa y ubicar sus insumos y máquinas en la sala o la cocina. Para ilustrar mejor esta situación recogí algunas características del taller de Sara:

Las máquinas de coser están distribuidas en un solo cuarto grande al que se ingresa por la puerta principal. [...] En el cuarto de trabajo hay una pequeña zona de cocina que no sobrepasa los 1,5 m². Aquí se encuentra una refrigeradora, sobre una mesa está la estufa y el lavaplatos. En una de las paredes están varios moldes de cartón, y en otra de las paredes, sobre una tabla que funciona a modo de estante, se encuentran varios tubos de hilos de distintos colores. (notas de campo, 18 de enero de 2024).

Al llegar al taller de Sara pude notar cómo las máquinas ocupaban toda la habitación, pero también en los dormitorios, sobre las camas, se encontraban varios bultos de piezas de tela sin ensamblar que al parecer fueron entregadas en la mañana por David, el comerciante para el que trabaja (Ver foto 4.2).

Foto 4.2. Sara en su casa/taller preparando el almuerzo para su familia



Foto de la autora

Esta ilustración explica el modo en que el espacio familiar y doméstico funciona como el lugar de producción simultáneamente. Por tanto, era de esperarse que la zona de trabajo, como las mesas de las máquinas o de corte se conviertan en el comedor durante el almuerzo, o que los dormitorios funcionen como cuartos de almacenamiento de insumos y prendas.

El taller de Francisca es similar; ella tiene un cuarto donde están las máquinas y en el pasillo se encuentra un estante donde se ubican los hilos. Su área de trabajo se extiende hasta la cocina, en la que tiene una gran mesa que es utilizada para realizar los cortes de las telas. Esto significa que, la cocina no solo es el lugar donde se desayuna, almuerza, merienda, sino también es el espacio donde se trabaja. Como plantea Gago (2018), prácticamente “la parte más baja de la cadena de valor de la indumentaria se hace en el mismo espacio en el que se cría a niños y niñas, se cocina y se vive”.

Las mujeres que se insertan en la confección domiciliar convierten la casa en una pequeña industria donde se producen mercancías que posteriormente se ofertarán a comerciantes y productores/comerciantes. El hogar es aprovechado al máximo, cada zona es ocupada por algún material de trabajo o los textiles que allí se producen. Dentro de los talleres es usual ver las paredes llenas de patrones en cartón y estanterías con van varios tubos de hilos, mientras que el piso es utilizado para colocar las prendas para que posteriormente sean clasificadas y almacenadas.

Foto 4.3. Francisca preparando la mercadería confeccionada



Foto de la autora

Cabe destacar que, así como el hogar es invadido por los materiales de confección, la zona de trabajo muy rara vez se destina solamente para la producción. Durante mi estancia en los talleres pude notar que la mayoría de las mujeres que tienen hijos en edad escolar utilizan diversas estrategias para trabajar y cuidar de sus hijos al mismo tiempo. Algunas colocan junto a ellas pequeñas mesas para acompañar a sus hijos en las tareas y otras utilizan las mesas de las máquinas de coser para este fin.

Igualmente, la casa/taller deja de ser un espacio en el que conviven exclusivamente miembros de la familia, pues aquí acuden parientes y no parientes que trabajan, buscan el servicio de confección, entregan piezas o retiran mercadería. En el hogar se desarrollan las relaciones laborales, se contabilizan las prendas, se definen plazos de entrega y se realizan los pagos. El lugar de trabajo donde se desarrollan las actividades de confección ilustra el modo en que las tareas de producción y reproducción se fusionan y tienden a sobrecargar el cuerpo y la mente de las mujeres (Díaz y Félix 2020). En otras palabras, en la actividad de confección domiciliar las rutinas familiares y laborales se entremezclan, no hay una división que delimite los espacios o tiempos de producción y reproducción. La casa se convierte en el taller de trabajo al que acuden conocidos e incluso desconocidos. Es decir, en el hogar confeccionista coexisten los vínculos afectivos, pero también se entretajan los vínculos laborales, entre confeccionistas y empleadores.

Este entrecruzamiento de los espacios de producción y reproducción no es en sí mismo el problema; tal y como mencioné anteriormente forma parte del modo de vida indígena y para entenderlo hay que analizar todo un entramado de elementos, prácticas y conocimientos del mundo indígena. Es cierto que las condiciones físicas en las que estas mujeres desarrollan sus actividades no son las mejores. Sin embargo, el problema de la precariedad dentro de la actividad de confección está vinculado principalmente con cómo el espacio del hogar, la intimidad y las relaciones familiares son invadidos por una dinámica de trabajo basada en la ocupación total del tiempo, el confinamiento de las mujeres a las paredes del hogar y la consecuente reducción de su participación en los asuntos comunales y el trabajo agrícola.

4.1.2. Superposición de tareas productivas, reproductivas y comunales

Durante mucho tiempo, la imagen de la mujer indígena al interior de las comunidades ha estado asociada al cuidado de los hijos y el hogar. Desde pequeñas son instruidas en actividades domésticas como cocinar, lavar, limpiar la casa, etc, mientras que los varones suelen acompañar a sus padres en las actividades agrícolas y de comercio. Los testimonios de las confeccionistas indígenas a las que entrevisté reflejan el modo en que los roles de género se refuerzan en el seno familiar durante la infancia a través de la imposición de tareas que tradicionalmente se consideran femeninas, por ejemplo, el trabajo doméstico y la costura. Francisca, confeccionista/comerciante de la comunidad de Pinsaquí, al recordar su infancia menciona esto “Justo mi papá, así mismo se compró pues una máquina Singer. [...] De ahí dijo, como son mujercitas, ustedes tienen que aprender a coser, aunque sea mis pantalones rotos, pero van a coser” (entrevista a Francisca, confeccionista/comerciante, 1 de marzo de 2024).

Sin embargo, las mujeres kichwas nunca han estado ancladas exclusivamente a las labores de cuidado y al trabajo del hogar (Prieto 2015). Diversas investigaciones realizadas desde el campo de la antropología ilustran la imagen de la mujer indígena a mediados del siglo XX y muestran cómo sus actividades diarias combinaban labores relacionadas tanto al ámbito productivo como reproductivo.

Las mujeres con sus hijos a sus espaldas, después de desayunar y preparar la comida del día, se desplazan a sus lugares de trabajo. Aquellas dedicadas al pastoreo debían buscar alimentación para el ganado; mientras que las involucradas en la agricultura debían preocuparse de las tareas de

cultivo, de la alimentación de los trabajadores y del cuidado de los menores (Prieto y Miranda 2018, 234-235).

La literatura de inicios del siglo XX reconocía las particularidades de la familia indígena y daba cuenta que tanto el hombre como la mujer contribuían de igual forma al sustento de la familia. Por ejemplo, Elsie Parsons (1945), reconocida antropóloga que estudió la población kichwa-Otavalo de Peguche, fue testigo de que las mujeres trabajaban y tenían un importante papel en el hogar y la comunidad. Luego, las investigaciones de mediados del siglo XX invirtieron las características de las familias indígenas y empezaron a ubicarlas bajo el paraguas de la familia tradicional “moderna”, el cual encubrió la contribución económica de la mujer y su participación en las actividades productivas (Prieto 2015). Esta situación parte de un conjunto de políticas, campañas y programas estatales que no solo modificaron el modo de vida rural, sino también masculinizaron la autoridad e impusieron el patriarcado dentro de las familias indígenas.

En el contexto actual hombres y mujeres kichwa-Otavalo participan activamente de las labores de producción, sea en la agricultura, el comercio e incluso en la confección, pero no sucede lo mismo con las labores domésticas. Las familias indígenas en el ámbito rural indígena se mantienen bajo un modelo patriarcal que impide el reparto de las labores reproductivas, produciendo que estas actividades recaigan sobre el cuerpo de las mujeres.

Lo dicho hasta aquí quiere decir que, si bien se reconoce la participación de las mujeres indígenas en las actividades que proporcionan ingresos y el rol que cumplen en el sostén económico de la familia, esto no ha significado una redistribución equitativa de las actividades domésticas y de cuidado entre hombres y mujeres dentro del hogar indígena. La dinámica de trabajo en los diferentes talleres textiles a los que visité durante el trabajo de campo revela este contexto: “Alrededor de las 11:30 am, Sara se levantó y empezó a preparar el almuerzo, mientras Alberto, su esposo, seguía trabajando en las máquinas. Colocó una olla en la estufa, peinó a su pequeña hija y la envió a la tienda” (notas de campo, 18 de enero de 2024).

Esta rutina se repite todos los días, durante el desayuno, el almuerzo y la merienda. Lo mismo sucede con las demás confeccionistas, ya que durante mis visitas en los talleres pude observar que eran las únicas que se levantaban a preparar los alimentos durante el día mientras sus maridos confeccionaban. Otras actividades como limpiar, lavar la ropa y enviar a los niños a la escuela también son realizadas por las mujeres, a excepción de un par de veces en que sus maridos

ayudaban a limpiar y ordenar la zona de confección. En otras palabras, si bien los hombres participan del trabajo específicamente de confección, no tienen la misma intervención en las tareas reproductivas.

Al trabajo, las labores domésticas y de cuidado se suman los compromisos dentro de la comunidad, que una vez más son asumidos principalmente por las mujeres. Durante las visitas escuché varias veces los comunicados que se realizaban por los altos parlantes notificando sobre reuniones o mingas comunitarias. En ese momento lo que hacíamos era apagar las máquinas para poder escuchar mejor la información, pero en realidad muy pocas veces las confeccionistas o sus esposos asistían a las convocatorias. Las cargas de trabajo impedían que las familias participen activamente en las actividades comunales y, la mayor parte de veces que asistieron era porque no podían asumir las sanciones económicas dispuestas por la directiva. La multa por la ausencia a una reunión o minga era generalmente de 5 dólares, pero había casos excepcionales donde la multa alcanzaba los 20 dólares —por ejemplo, cuando se va a elegir un nuevo cabildo—. Cuando se dan estos casos las familias se sentían más obligadas a participar y quienes acudían a las reuniones en calidad de representantes del hogar eran las mujeres.

Esto, por una parte, está vinculado al rol que ellas asumen en el hogar: como sus labores se realizan en el domicilio, los maridos consideran que tienen más tiempo para asistir a las actividades comunales, así que tienden a considerar a las actividades comunitarias como parte de sus obligaciones domésticas. Por otra parte, esta participación activa en los asuntos de la comunidad brinda a las mujeres un importante poder de decisión en el ámbito comunitario y difumina esa figura sumisión que muchas veces se le otorga a la mujer indígena. Sin embargo, esto no significa que las mujeres o cualquier miembro del hogar participen siempre en las actividades comunitarias. Como mencione antes la mayoría preferían faltar a las reuniones, pagar la multa y continuar con el trabajo.

La intervención de las mujeres indígenas y sus familias en las actividades agrícolas es reducida. Recuerdo que realicé el trabajo de campo entre enero y abril, época en que empieza el florecimiento y la cosecha de los granos tiernos, especialmente choclos, fréjol, habas y papas, que son los productos que más se cultivan en las comunidades de Otavalo. En el tiempo que trabajé junto a las confeccionistas, las mujeres acudieron a sus *chakras* —parcela cultivada— un par de veces, solamente para verificar que algún animal no hubiere causado daños a su sembrío o para

recoger algunos productos para prepararlos en la casa. Tal como menciona David Eche (2018) factores como la escasez de tierra, el agotamiento de los suelos, la migración e incluso la falta de apoyos técnicos y económicos han derivado en un paulatino abandono de la actividad agrícola en las comunidades.

Es evidente que los pequeños terrenos que poseen las familias indígenas no les permiten vivir de la agricultura, por ende, la mayoría de los hogares cultivan productos para el autoconsumo y una mínima parte para la venta. Para Tanya Korovkin (2002), uno de los procesos centrales que han erosionado la base agraria de las poblaciones indígenas es la expansión de la economía capitalista y las políticas neoliberales que han obligado a estos pueblos a vender su fuerza de trabajo en actividades como la construcción y el comercio ambulante. La producción capitalista ha ido configurando el tiempo y espacio que las personas en las comunidades crean y recrean sus vivencias, sus costumbres, el trabajo que realizan y cómo lo realizan. Prueba de ello es el trabajo de confección y comercio textil que en la actualidad basa su acumulación en una mayor explotación laboral.

Dadas las necesidades del hogar y la búsqueda de mayores ingresos las confeccionistas se autoimpongan metas de producción que les impide acudir con regularidad a sus *chakras*. Como sus parcelas están alejados de la casa y casi todos los días están ocupadas en el trabajo y las actividades del hogar prefieren dejar esa tarea para el domingo, que por lo general suele convertirse en una especie de salida familiar. En cambio, cuando tienen cultivos muy cerca de la vivienda es más fácil para ellas tomarse unos minutos recoger algunas mazorcas de choclo, unos fréjoles y preparar la comida.

Para algunas mujeres indígenas y sus familias la importancia de la agricultura tiene que ver con la necesidad de que sus tierras se mantengan productivas y evitar las críticas que pueden existir de parte de otras familias indígenas. En cambio, para los hogares que viven en condiciones de pobreza, los productos obtenidos de sus tierras constituyen una importante fuente de alimentos e incluso de dinero, ya que con la venta de sus cosechas pueden obtener ingresos que complementen la economía familiar. Sobre esto, Sara en una entrevista mencionaba lo siguiente:

Aquí junto a mi casa tengo una parcelita de tierra, en una parte tengo choclos y en una esquina tengo amarrado a mis cerditos. Cuando tengo bastante trabajo ni tiempo me da de ir a los terrenos que tengo arriba por el monte, pero trato de sembrar porque si no mi mamita me va regañar, o ya

sabes que la gente por aquí hasta por dejar botado el terreno hablan mal o te quitan diciendo que está botado la parcela (entrevista a confeccionista, 19 de febrero de 2024)

Ahora bien, respecto a la intervención de los hombres en la actividad de confección es importante mencionar que generalmente se dan dos casos. Por un lado, hay talleres que se dedican a la producción/comercialización donde los hombres tienen poca participación en la actividad de confección. Este tipo de unidades domésticas funcionan sobre una clara división sexual del trabajo en el cual, los varones se ocupan del corte de telas y la comercialización, mientras que las mujeres se dedican específicamente a la confección. Esta forma de organización del trabajo tiene como objetivo asegurar la entrada de ingresos al hogar sin descuidar las actividades reproductivas —que haceres domésticos y cuidado de los hijos—. El caso de Francisca ejemplifica este caso, pues cuenta que, aunque al principio iba junto a su esposo a vender ropa en Guayaquil, al tener a su cuarto hijo tuvo que quedarse confeccionando en casa. Lo mismo sucede con el caso de María, dado que su esposo es quien se va a Guayaquil a vender las prendas mientras ella y su hija se dedican a confeccionar.

Esto no quiere decir que las mujeres no estén presentes en el trabajo de comercialización, un ejemplo insigne es Rosa Lema, que al abrir nuevos caminos para el comercio textil otavaleño posicionó la figura de la mujer kichwa-Otavalo como una comerciante exitosa. Rosa probó que las destrezas de una mujer indígena no se limitaban al ámbito de cuidado, el campo y las labores domésticas y demostró su visión para los negocios y su habilidad como comerciante (D'Amico 2014). El caso de Gina, una comerciante con la que pude entablar conversación también reafirma este hecho, ya que ella junto a su madre y sus hermanas se han organizado para comercializar grandes bultos de prendas en las ferias de Ambato, Tulcán y Otavalo. Además, en estas ferias hay una notable presencia de mujeres, en su mayoría jóvenes, que viajan para comercializar ropa u otros textiles.

Por otro lado, también hay talleres donde los hombres desempeñan un papel importante en la actividad de confección, incluso demuestran ser más rápidos y operan con mayor destreza las máquinas. Esto se debe a que ellos, desde que aprenden a confeccionar, suelen destinar más tiempo al trabajo y sus actividades no suelen ser interrumpidas tan seguido. En cambio, las mujeres, incluso aquellas que tienen años de trayectoria en la elaboración de prendas de vestir, no llegan a potenciar sus habilidades, ya que su rutina de trabajo suele ser suspendida en diferentes momentos para realizar labores domésticas, de cuidado e incluso otras en el ámbito comunitario.

En definitiva, sea en las familias que se dedican a la confección a destajo o sea en las que emplean en la confección/comercialización, los hombres tienen una mínima participación en las actividades reproductivas. A veces esta situación no es reconocida por las mujeres indígenas, pues tienden a expresar que sus esposos participan junto a ellas en las labores domésticas, aunque en realidad esto solo sucede de manera ocasional. Con el pasar de los días, me di cuenta de que la presencia de sus maridos dentro de la casa influyó mucho en las conversaciones que mantuve con estas mujeres, pues en un par de oportunidades que las encontré solas expresaron con mayor libertad cómo sus múltiples responsabilidades y la nula participación de sus maridos en las labores del hogar les impedían dedicarse tiempo completo a su trabajo. Sara, por ejemplo, una confeccionista de la comunidad de Cuaraburo, durante una entrevista expresó lo siguiente:

Pero vuelta yo para trabajar tiempo completo no pude, porque me tocaba ser amar de casa, estar con las niñas para mandar a la escuela, a la chiquita. Vuelta, el desayuno, almuerzo, vuelta a merendar, vuelta el trabajo. O sea, para mí el trabajo fue más duro que para mi esposo, porque él solo pasaba en la máquina cosiendo, a mí ya me tocaba parar en la cocina, de la cocina a la máquina y a la “wawa” (entrevista a Sara, confeccionista a destajo, 19 de febrero de 2024).

Para algunas confeccionistas las responsabilidades del hogar influyen fuertemente en la dinámica de trabajo, al punto de que varias veces han tenido que decidir entre “dejar de trabajar” o “reducir sus cargas laborales”, aun cuando esto ponga en peligro la economía de la familia. Esto le sucedió a Margarita hace algunos años cuando tuvo a su segunda hija:

Dejé de trabajar porque ya me quedé embarazada. Ya no podíamos. Aun así, trabajaba hasta las últimas. Hasta los últimos días de dar a luz trabajé, pero como ya con bebé no se puede, ya dejé de trabajar 2 años. Porque no se podía. Intenté trabajar cuando tuve a mi bebé, pero molestaba. [...] Le dije a la tía que ya no voy a poder trabajar como antes, pero que me dé trabajo. De ahí me dijo, “bueno, yo lo voy a mandar el tantito que a avanzar para la semana”. Yo no podía trabajar como antes todo el día. Ya llegaba la hora del almuerzo, ya llegamos otra vez, tenía que lavar ropitas de la bebé. Y yo madrugaba. Yo madrugaba 3 de la mañana, 4 de la mañana. Y con eso me alcanzaba (entrevista a Margarita, confeccionista a destajo, 1 de marzo de 2024).

Pese a que pudo volver a trabajar dos años después, Margarita señala que se le hace difícil cumplir con los plazos de entrega que le impone su empleadora, ya que debe ocuparse de sus dos hijas, retirarlas de la escuela, ayudarlas en las tareas, acudir a las reuniones escolares e incluso ayudar a sus suegros en su trabajo. Tal como retrata Margarita, las confeccionistas han tenido que

organizar sus actividades sobre un uso intensivo del tiempo, de tal manera que sus rutinas están cargadas de un trabajo físico y mental que no cesa (Díaz y Féliz 2020).

El menor o mayor grado de cuidados que requieren los hijos suelen condicionar la dinámica de trabajo de las confeccionistas. Sara, por ejemplo, recuerda que hace 10 años atrás cuando vivía en Venezuela atravesó una etapa difícil porque tuvo que dedicarse a la venta ambulante con su hija recién nacida cargada a su espalda: “le ponía las maletas en el coche y le ponía el tablón en el hombro, así cargaba al bebé en la espalda. A veces le ponía en el coche al bebé y la maleta lo cargaba atrás en la espalda. Con un cartón en una mano y con la chulla mano me iba empujando el coche” (entrevista a Sara, confeccionista a destajo, 19 de febrero de 2024). Luego, cuando regresó al Ecuador y empezó a trabajar como confeccionista las cosas no cambiaron: “cargaba a la espalda a mi bebé, porque no le gustaba estar acostada, lloraba todo el tiempo. Trabajaba así cargada, noche y día, día y noche trabajé cosiendo junto con marido, no digo sola, junto con mi marido trabajamos”.

En el caso de las mujeres que tienen hijos mayores de 7 años, la dinámica es distinta. Los niños ejercen un importante papel en el trabajo reproductivo y en las tareas de confección. Por un lado, dentro de los talleres era frecuente encontrar a los hijos de las confeccionistas cuidando de sus hermanos menores, limpiando la casa o realizando otras actividades domésticas al volver de la escuela o el colegio. Esto de alguna forma reducía la cantidad de tareas domésticas, permitiendo que las confeccionistas puedan trabajar con menos contratiempos e interrupciones. Pero hay que reconocer que esto atenta en cambio sobre el tiempo de los niños y niñas para su propio desarrollo físico e intelectual en el juego, el deporte o las actividades académicas.

Por otro lado, hay niños que desde pequeños aprenden a manejar las máquinas y en determinados momentos trabajan junto a sus padres. De hecho, fueron ellos los que en reiteradas ocasiones me mostraban cómo unir las piezas de las prendas correctamente. Durante una conversación que sostuve con Alberto, esposo de Sara, mencionaba: “Mi hija mayor sabe coser desde los 9 años. Ahora ya habría mejorado más, pero por la operación que tuvo ya no la dejamos manejar las máquinas. Ahora, desde hace poco volvió a coger la máquina y a veces nos ayuda a coser piezas sencillas” (entrevista a Alberto, confeccionista a destajo, 18 de enero de 2024). Los hijos de las confeccionistas, a pesar de su corta edad demuestran manejar con mucha habilidad las máquinas y el trabajo que desempeñan resulta vital para el hogar.

La intervención de toda la familia en las distintas actividades, tanto en el plano laboral como doméstico demuestra que en el hogar confeccionista convergen distintos tipos de prácticas, acuerdos, medios de intercambio y obligaciones entre los miembros, es decir, en un mismo espacio coexisten vínculos afectivos/personales y económicos/laborales (Zelizer 2008). Los hijos e hijas de las confeccionistas tienen un rol muy importante dentro de la familia, ya que “proveen a sus familias de un sorprendente abanico de servicios” (Zelizer 2008, 23) que permiten el sostenimiento del hogar. En otras palabras, en los talleres de confección los menores cumplen también un doble rol, cuidan y trabajan, ya que aportan a la economía de la familia y colaboran en las actividades reproductivas. Esta condición evidentemente refleja cómo “el mercado” y sus relaciones asimétricas no remuneran de manera suficiente el trabajo de los padres, como para financiar otro tipo de infancias para sus hijos e hijas.

Fuera del ámbito del hogar, es notable que la actividad de confección funciona sobre la base de diversas relaciones personales que se entremezclan con vínculos económicos. Las mujeres con quienes trabajé durante la investigación confeccionan para personas que forman parte de su círculo familiar y personal, es decir, trabajan para cuñados, primos, hermanos, compadres y amigos. Tal como se mencionó en el capítulo anterior, confeccionistas y comerciantes primero acuden a su red de contactos personales para buscar empleadores y reclutar trabajadoras, y como última opción buscan otros medios como la radio o las redes sociales. Esto no significa siempre un deterioro de los vínculos personales, al contrario, las recurrentes reuniones que mantienen las mujeres con estas personas, demuestran que estos lazos se refuerzan a través del trabajo. Las conversaciones, al menos en el interior del taller, entre las confeccionistas y las personas que las contratan o compran sus prendas suelen incluir temas relacionados al número de prendas, negociaciones para nuevas entregas, etc, pero también, se realizan preguntas acerca de la familia, compromisos y celebraciones en la comunidad.

Lo anterior no significa que este entrecruzamiento de lazos personales y económicos no deriven en tensiones y conflictos entre los miembros del hogar y los parientes que forman parte de la dinámica de trabajo de estas mujeres. Los conflictos más comunes entre las confeccionistas y las personas para quienes trabajan o venden sus productos está relacionado con: pagos atrasados, pedidos y tiempos de entrega. Varias veces noté cómo Sara se molestaba con David, la persona que la contrata, porque durante los últimos meses no le estaba pagando a tiempo y necesitaba el dinero para cubrir los gastos de la casa. Algo parecido sucedió con Francisca: los primeros días

que visité su taller, ella y su esposo se encontraban algo molestos y preocupados porque el señor de Guayaquil, a quien entregan las prendas, de pronto decidió no comprarles porque las prendas no tenían etiquetas con el RUC y casi le decomisan la mercancía.

Al interior del núcleo familiar, los problemas más usuales suceden entre las mujeres y sus parejas. A pesar de que mi presencia en el taller al principio limitó la comunicación entre los miembros de la familia —en realidad, los primeros días ambos se evitaron realizar reclamos entre ellos—, al poco tiempo era notorio que pequeños errores en la confección de las prendas podían derivar en discusiones, principalmente porque coser mal una prenda podía significar pérdidas económicas para la familia. Estas tensiones surgen justamente porque el tejido social, familiar y personal es invadido por vínculos labores y el trabajo (Narotzky 2001).

Otro de los problemas que existen en la familia tiene está asociado el poco tiempo que tanto las mujeres como sus maridos pueden destinarles a sus hijos. A pesar de que los domingos intentan pausar el trabajo para poder salir, convivir en familia, descansar o divertirse, las mujeres utilizan este día para lavar la ropa acumulada durante la semana, limpiar la casa, ayudar en la tarea de sus hijos, etc.

Las rutinas de las mujeres con las que trabajé y pude observar gracias a mi participación en el taller me permitió entender que “la cotidianidad femenina supone un gran número de tareas entrelazadas y preocupaciones mezcladas en tiempo y lugar” (Díaz y Félix 2020, 4).

Prácticamente aportar económicamente al hogar en ningún momento las ha liberado de sus responsabilidades domésticas (Goren 2017; Federici 2018), al contrario, ha significado una rutina donde diferentes actividades desde lo laboral, familiar y comunitario se realizan de forma continua.

4.1.3. Consecuencias de la organización del trabajo en los cuerpos de las confeccionistas

Las visitas a los talleres me abrieron a un mundo laboral muy duro y desgastante. Es aparentemente un trabajo sencillo: las mujeres que trabajan como confeccionistas están todo el tiempo sentadas, dentro del hogar y sin tener que realizar algún esfuerzo físico más que para pisar el pedal de las máquinas. Estas ideas que muchas personas tienen acerca del trabajo de confección domiciliar, ocultan las condiciones que atraviesan las mujeres diariamente.

Son mujeres cansadas, cuyas piernas resisten los fríos cuartos de confección en los que permanecen la mayor parte del tiempo, con cuellos adoloridos por estar tantas horas agachadas

frente a las máquinas y un par de ojos que ya no resisten las largas jornadas de trabajo a las que se exponen diariamente, sin contar, las veces que han tenido que levantarse solamente para cuidar de sus hijos, realizar las labores domésticas y ocasionalmente para asistir a reuniones y compromisos en la comunidad.

Confieso que al llegar a los talleres tuve la intención de sentarme en las máquinas de coser y enseguida trabajar junto a las mujeres, pero sentí que mi participación en vez de colaborar retrasaría el proceso de producción, pues la rapidez con la que trabajaban las mujeres no se comparaba a mis básicos conocimientos en confección. Empecé por tareas sencillas: pasando cordones en las cinturas de las licras, clasificando las prendas por tallas y limpiando los pedazos pequeños de hilos que suelen quedar en la ropa recién fabricada. Tareas que al parecer realizaban con regularidad los hijos e hijas de las mujeres ya que fueron ellos los que primero me entrenaron para que realice correctamente tales labores. Tras un par de semanas en que la familia se acostumbró a mi presencia y perdí un tanto el miedo a las máquinas, decidí colocar etiquetas con la recta, unir piezas de pantalones y camisetas en la overlock y realizar acabados en la recubridora.

Mi intención con esta participación directa en el trabajo de confección era entender realmente qué hay detrás de este trabajo, comprender aspectos que muchas mujeres callan y que no pueden ser expresadas durante una entrevista o una conversación. Esta participación me llevó a prestar atención en el cuerpo de las mujeres confeccionistas frente a las condiciones físicas de su taller y las múltiples actividades que diariamente realizan.

Para empezar, la forma de organización del trabajo que analicé en la anterior sección ciertamente tiene consecuencias importantes sobre los cuerpos de las mujeres. Los talleres suelen estar impregnados del polvo que sueltan las telas con las que trabajan, son cerrados y fríos. Por esta razón la mayoría de las confeccionistas utilizan ropa muy abrigada para trabajar u otras estrategias para afrontar las condiciones de trabajo. Al visitar los talleres de las confeccionistas era común encontrar mujeres y hombres sentados en sus máquinas cubiertos desde la cintura hasta los pies con pequeñas cobijas (Ver foto 4.4).

Foto 4.4. Confeccionista en su hogar/taller



Foto de la autora

Por supuesto, el frío se notaba en general en toda la vivienda, no obstante, al pasar mucho tiempo dentro de la casa realizando movimientos reducidos del cuerpo era complicado regular la temperatura del cuerpo. Al principio pensé que esta estrategia de cubrir las piernas con mantas era utilizada solamente por las mujeres, tal vez por problemas de salud. Sin embargo, al participar del trabajo noté en mi propio cuerpo que la manta era indispensable, pues en menos de una hora frente a la máquina el frío del cuarto empezaba a tornarse muy intenso.

La manta no es la única estrategia que se utiliza en la confección para enfrentar la baja temperatura en los cuartos, en los talleres las mujeres ingenian diversas herramientas para resistir las condiciones de su trabajo. Cuando visité por primera vez el taller de Margarita, me invitó a pasar y nos sentamos un momento en la sala para explicarle el objetivo de mi investigación. Aceptó ayudarme y me mostró las máquinas donde trabajaba, las cuales estaban colocadas en un rincón de la sala, cubiertas tras una pila de sillas. Al parecer mi visita interrumpió su trabajo porque en su mesa ya tenía algunas camisas a medio confeccionar. Mientras me contaba sobre las prendas que fabrica para una señora de Ilumán, se cubrió las piernas con una manta y luego las colocó dentro de una gran bolsa de plástico transparente. Según me explicaba Margarita, cuando

permanece mucho tiempo sentada suele terminar con las piernas adoloridas e hinchadas, así que trata de mantener el calor con la manta y la bolsa, y cuando tiene tiempo sale al patio a tomar el sol.

Luego, la actividad misma de confección, constituye un desgaste físico importante que a la larga repercute en la salud de las y los trabajadores. Si bien, no manejo las máquinas con la misma destreza y rapidez de las mujeres a las que conocí, trabajé varias horas junta a las mujeres y sus esposos. En ocasiones incluso me obligué a mí misma permanecer en las máquinas hasta terminar de ensamblar la cantidad de piezas que me encargaban. Por supuesto, la mayor parte de veces no logré hacerlo, sobre todo porque el dolor en la espalda y las piernas llegaban a afectarme a las 2 horas de trabajo. Esta situación sentida en mi propio cuerpo me llevó a observar pequeños detalles durante el trabajo de confección.

La mayor parte de mujeres manifiesta que no sienten dolor, porque ya están acostumbradas. En realidad, al preguntarles sobre esto manifiestan que la confección es dura al inicio, pero que con los años su cuerpo se ha acostumbrado. A pesar de que su trabajo es cansado, más cuando tienen un gran bulto de prendas que entregar, dicen que las molestias en sus piernas y espalda son menores, porque prácticamente se han acostumbrado a este sistema de trabajo. Sin embargo, sus expresiones durante la confección demuestran que los malestares siguen presentes en sus cuerpos. En reiteradas ocasiones las mujeres suelen mover sigilosamente el cuello, las piernas o hacen movimientos de su espalda tratando de no interrumpir su trabajo.

Gaby, una mujer mestiza que lleva trabajando 16 años como confeccionista domiciliaria en una conversación señalaba que las largas jornadas de trabajo y el tiempo que permanecía sentada le generaron problemas severos de salud. “Yo me enfermé, yo sinceramente me enfermé. [...] Por mucho tiempo estar sentada me estresé y tuve problemas con los riñones, la columna, pero más fue la columna. Entonces yo me excedí demasiado, día y noche, día y noche trabajé” (entrevista a Gaby, confeccionista, 23 de abril de 2024).

Largas horas sentadas frente a unas máquinas, obligadas a terminar un determinado lote de prendas que necesitan entregar o comercializar al día siguiente demanda un uso intensivo del tiempo. A diferencia de la agricultura, la crianza de animales y el hilado —actividades que realizaban con regularidad las mujeres indígenas durante el siglo XX—, que de cierta forma permitían a las mujeres moverse de un sitio a otro, la confección es un trabajo sedentario que la

mayor parte de veces confina a las mujeres al espacio doméstico (Palacios et al. 2015), en específico, al taller, al asiento de las máquinas.

En temporadas como Navidad, Día de la madre e ingreso de clases hay una dinámica comercial y productiva de textiles más intensa. Los comerciantes compran más telas de lo común y en los talleres crece considerablemente el número de prendas que deben ser confeccionadas. La acelerada dinámica de producción y la competencia que enfrentan obliga a las mujeres a trabajar más de 10 horas sentadas frente a las máquinas. Además, cuando tienen “tiempo libre” aprovechan para aprender a confeccionar nuevas prendas, ya que su trabajo requiere de un constante aprendizaje para poder trabajar —algo que es sumamente importante en un mercado donde en menos de un mes están produciéndose nuevos diseños, telas y productos textiles—. Estas temporadas, consideradas por las mujeres las mejores porque reciben más ingresos y más trabajo, las recluye casi por completo a su hogar/taller, tanto que las únicas veces que las mujeres se levantan son para realizar actividades domésticas y de cuidado: enviar a sus hijos de la escuela y preparar alimentos.

Sara ilustra esta situación al contarme que en ocasiones esperaba con ansias el medio día, es decir, la hora que salían sus hijas de la escuela, ya que ese era un buen pretexto para poder levantarse de las máquinas y mover sus piernas. Esto fue más evidente a finales de abril y las primeras semanas de mayo porque en estos meses crece la demanda de ropa por la celebración del día de la madre. Las mujeres que se dedican a la confección a destajo recibían el doble de prendas que generalmente confeccionaban. Sara y su esposo, por ejemplo, recibían usualmente a la semana entre 300 a 400 prendas, pero en abril empezaron a entrar bultos más grandes de entre 600 a 700 prendas. Esto les permitían aumentar sus ingresos, pero asimismo significaba más tiempo de trabajo. Sucedió lo mismo con las confeccionistas/comerciantes, por ejemplo, Francisca y María que se también se dedican al comercio empezaron a comprar más telas y aumentaron su producción casi al doble.

Durante estas temporadas en que la dinámica de trabajo se intensifica, el tiempo que las confeccionistas dedican a las labores domésticas se reduce significativamente: trataban de preparar comidas sencillas y rápidas, no acudían a las reuniones comunitarias, trataron de levantarse lo menos posible de las máquinas y delegan gran parte de las actividades del cuidado a sus hijos e hijas mayores. La tensión al interior del hogar igual tiende a configurarse a raíz de las

cargas de trabajo, como suelen estar todo el tiempo presionado por terminar su trabajo, un error en la fabricación suele retrasar el trabajo y generar pequeñas discusiones entre la pareja. También Isabel menciona esto, pues cuando tiene fuertes cargas de trabajo ha tenido que permanecer dentro de las paredes de su taller sin salir durante semanas hasta terminar los bultos de prendas asignadas, sobre todo, en los meses de noviembre y diciembre.

Otro de los inconvenientes con el ambiente de trabajo al que están expuestas las mujeres indígenas en sus talleres está relacionado a los materiales con los que trabajan. Antes, los insumos utilizados por el artesanado textil eran las fibras de origen natural, los cuales no representaban un peligro para las familias inclusive cuando todo el proceso productivo se realizaba dentro del hogar. Ahora, los hogares confeccionistas se exponen a materiales de origen industrial, elaboradas con fibras sintéticas y artificiales que pueden afectar a la salud de la familia.

Esta situación no es realmente ignorada por las mujeres confeccionistas. El primer taller que visité fue el de María, al llegar no pude evitar estornudar casi todo el tiempo, pero no le di mucha importancia. Sucedió lo mismo cuando visité a Francisca. En realidad, recuerdo que me fue casi imposible evitar estornudar durante las primeras visitas. Durante esa misma semana visité el taller de Sara, y sucedió lo mismo al poco tiempo de llegar. Esta vez Sara se percató de mis reiterados estornudos y me explicó que las pelusas que brotan de las telas que manejan suelen generar estos problemas. Reconoció que es necesario utilizar mascarillas para poder trabajar en la confección, incluso supo mencionar que han escuchado de los peligros de confeccionar sin la debida protección, pero muy pocas veces lo hacen.

En definitiva, los ritmos de trabajo que se autoimponen las confeccionistas y la adaptación de sus cuerpos al trabajo en las máquinas suelen derivar en problemas físicos como dolores de brazos, cintura, cuello, hombros, manos y pies (Díaz y Schlaen 1994). A esto se suman problemas respiratorios debido al polvo que aspiran todo el tiempo las confeccionistas y el constante estrés al que están sometidas, no solo por su trabajo, sino también por las labores domésticas que deben realizar diariamente y las actividades que deben cumplir en el ámbito comunitario. Dado que la zona de producción se superpone con otras áreas como la cocina, el comedor o los dormitorios, se supone que las consecuencias del ambiente de trabajo afectan a todos los miembros de la familia, es decir, incluso a aquellos que no participan directamente en el trabajo de confección.

4.2. El precio de la dependencia

Las mujeres que trabajan como confeccionistas domiciliarias son trabajadoras independientes que han tenido que utilizar su hogar como espacio de trabajo y a su familia como sus trabajadores. Son dueñas de los medios de producción y aparentemente de su tiempo, sin embargo, la realidad muestra que las cargas y los horarios son fijadas por la dinámica del mercado textil. Además, el sector de confección se mueve en un contexto de incertidumbre donde las cargas de trabajo suelen estar marcadas por factores como las temporadas y la moda, así que las confeccionistas afrontan o días de mucho trabajo que significan horarios extenuantes o épocas con muy poco trabajo en el que el nivel de ingresos se reduce drásticamente.

4.2.1 Horario de trabajo y remuneración

La confección domiciliar permite que las mujeres puedan trabajar y al mismo tiempo encargarse del cuidado de sus hijos y otras actividades que hacen parte del modo de vida indígena. Esto para ellas es una ventaja y una de las razones por las cuales se mantienen en esta actividad aun cuando las condiciones no son las mejores. Sin embargo, la superposición de tareas ha derivado en jornadas extensas que absorben gran parte del tiempo que las mujeres. A esto hay que agregar que las remuneraciones que reciben muchas veces no compensan la cantidad de trabajo que realizan.

Al interior del hogar no existe un horario de trabajo definido, la mayoría tiende a organizar sus labores en función de las actividades de cuidados que se requieren en el hogar y las cargas de trabajo que poseen. Para poder cumplir con sus obligaciones —productivas, reproductivas y a veces comunitarias—, las mujeres indígenas se insertan en rutinas que empiezan generalmente a las 4 de la mañana y terminan aproximadamente a las 10 de la noche.

Las mujeres a las que entrevisté plantean que sus horarios de trabajo se organizan de tal forma que su trabajo no afecte a la rutina de sus hijos. Por ejemplo, Francisca señala que es mejor trabajar en la madrugada para que sus hijos puedan conciliar el sueño y no tengan problemas en la escuela.

No, no trabajo hasta de noche. Máximo trabajamos hasta las ocho, nueve. [...] . De ahí, a veces, más madrugamos. [...]. Sí, como decir, nos levantamos a la una, dos o tres de la mañana. Es que mis hijos tienen la escuela. Y vuelta con ellos no puedo estar aquí con la bulla, a veces no duermen. O estamos trabajando, está mami, mami, y ellos se quedan con la tele. Lo mejor es

dormir para que se vayan a dormir ellos también (entrevista a Francisca, confeccionista/comerciante, 15 de enero de 2024).

Otras confeccionistas en cambio configuran sus horarios de acuerdo con los contratiempos que se suelen presentar. Margarita por ejemplo dice “cuando en la escuelita anticipa las reuniones, ahí es cuando yo ya madrugo. Cuando ya no puedo dormir, digo, tengo que hacer esto, madrugo a las 2:00 h de la mañana. Hasta las 5:40 h coso y empiezo a preparar a mis hijas para mandarles a la escuela” (entrevista a Margarita, confeccionista a destajo, 1 de marzo de 2024).

Tales horarios dan cuenta que organizar su vida laboral y familiar no ha sido nada sencillo, el cuidado de sus hijos, la escuela, las tareas domésticas, las reuniones comunitarias, la confección, el comercio, problemas de salud de ellas o un miembro de su familia u otras obligaciones como compromisos familiares, las obliga a trabajar más de 10 horas al día. Esto lo hacen con el objetivo de cumplir con los tiempos de entrega planteados por sus empleadores —en el caso de las trabajadoras a destajo— o tener lista la mercadería que comercializaran en las ferias textiles —en el caso de las confeccionistas/comerciantes—.

Las confeccionistas —sobre todo las trabajadoras a destajo—, manifiestan que en varias ocasiones no han logrado terminar a tiempo su trabajo, algo que para ellas representa un problema, porque no solo reciben menos ingresos, sino que ponen en peligro su trabajo. Efraín, uno de los comerciantes de ropa con los que pude conversar durante mi trabajo de campo manifestaba la importancia de que las confeccionistas cumplan los plazos de entrega:

Nosotros necesitamos que nos entreguen la ropa para ir a las ferias, si no nos entregan ¿con qué nos vamos a ir? Yo, por ejemplo, me voy domingo en la noche a la feria de Ambato, martes y sábados me voy a Quito y a veces los miércoles me voy a Cuenca. Para esos días yo necesito tener lista la ropa. Hace unos meses trabajé con una señora que se demoraba mucho en entregarme unas 150 prendas. Así que mejor busqué otra costurera (entrevista a Efraín, comerciante, 24 de marzo de 2024).

Cuando las confeccionistas trabajan para este tipo de comerciantes tienen trabajo todo el tiempo. Por una parte, esto es bueno para ellas porque están recibiendo ingresos constantemente, pero esto les significa una mayor carga laboral. Cuando esto sucede, algunas mujeres suelen contratar a alguien de su círculo familiar o personal para que los apoyen en la producción a cambio de una remuneración diaria que generalmente es de 10 dólares diarios. Mientras que otras se ayudan de

su familia en ciertas actividades reproductivas para poder dedicar más tiempo al trabajo. Margarita, por ejemplo, que trabaja como confeccionista a destajo, durante las pláticas siempre manifestaba cómo sus cuñados y suegros la apoyaban llevando a sus hijas de la escuela o en las tareas escolares. Esto demuestra cómo las relaciones familiares dentro del contexto indígena son importantes en diferentes ámbitos relacionados al trabajo y a las tareas de cuidado.

A pesar de que las mujeres están casi todo el tiempo trabajando, al parecer, los ingresos que reciben no les permite ahorrar y acumular recursos monetarios para mejorar significativamente su calidad de vida. Los pagos que reciben las confeccionistas son muy variables y si analizamos todo el esfuerzo de estas mujeres en el taller/hogar podría decirse que no compensan todo el trabajo que realizan. En esta parte hay que destacar que el margen entre el ingreso que obtienen las mujeres confeccionistas a destajo y las que trabajan para sí mismas — confeccionistas/comerciantes— suele ser significativo, sin embargo, sufren condiciones similares porque ambas están obligadas a trabajar bajo acelerados ritmos de trabajo para poder sostener el negocio.

Por un lado, los pagos que reciben las trabajadoras a destajo dependen del tipo de textiles, la cantidad de prendas que producen y la competencia. Por ejemplo, Sara fabrica ropa deportiva para adulto a 60 centavos cada prenda y a 30 centavos las de niño. En cambio, Isabel que confecciona blusas en tela rip recibe entre 30 a 35 centavos por cada pieza dependiendo del diseño. Ambas señalan que hay confeccionistas que cobran precios más bajos que ellas, así que en varias ocasiones han aceptado negociar las tarifas con sus empleadores por miedo a que sus pedidos sean retirados.

Cuando hay vínculos familiares y personales de por medio es más probable que los comerciantes utilicen el parentesco para reducir el precio determinado por las confeccionistas. En general, a partir de mi inserción en los talleres y las conversaciones que sostuve con algunos comerciantes podría decir que los pagos que reciben la mayor parte de confeccionistas rondan entre los 30 a 75 centavos. Esto hace que el salario que reciben estas mujeres esté atado a su nivel de productividad, es decir “mientras más cosen, más ganan”.

Sara y su esposo se dedican a la confección a destajo, y en una entrevista señalaban que hace un par de años fabricaban una gran cantidad de prendas —incluso tenían dos obreras trabajando junto a ellos— y el salario que recibían rondaba entre los 200 a 250 dólares semanales. Esto,

obviamente, les significaba horarios de trabajo que empezaban a las 3 de la mañana y se extendían hasta las 11 o 12 de la noche. Actualmente sus ingresos se han reducido considerablemente pues reciben 200 a 300 prendas y reciben entre los 120 a 180 dólares semanales. Es decir, con el trabajo de “ambos” reciben al mes aproximadamente 480 a 720 dólares.

Por otro lado, las mujeres que se dedican a la confección y comercialización reciben mayores ingresos, no obstante, esto significa una dinámica más compleja en la que deben organizar su tiempo para cumplir otras actividades, por ejemplo, comprar las telas y realizar los cortes —sobre todo cuando sus maridos viajan a las ferias—. Para estas mujeres la ganancia se refleja en la cantidad de prendas que logran comercializar diario o semanalmente. Por ejemplo, Francisca y su esposo venden sus licras a 3,50 cada una, cuando las ventas están relativamente bien entregan entre 300 a 500 unidades a la semana y recibe alrededor de 1 400 dólares, esto sin contar el costo de los insumos y la mano de obra incorporada.

En estos talleres en su mayoría de carácter familiar, no contabilizan ni el tiempo dedicado a la confección —al menos que hayan enviado a maquilar parte de sus prendas a otra confeccionista o tengan trabajadoras remuneradas— ni los gastos que significan el uso de las máquinas como la electricidad, agua, el uso del espacio y otros. Estas mujeres hacen cuenta de la inversión que realizan en tela, contabilizan cuantas prendas logran sacar y fijan un precio que les permita obtener ganancias, pero a la vez ser competitivos en el mercado, lo cual es muy difícil cuando en Otavalo se comercializan prendas desde 1,50 dólares.

4.2.2. Una dinámica de trabajo inestable

El trabajo a domicilio presenta una mayor discontinuidad laboral en comparación a otros empleos, es decir, las personas que se insertan en esta modalidad de trabajo se enfrentan a períodos de actividad y otros de inactividad (Camacho 2008). Las mujeres indígenas confeccionistas se enfrentan constantemente a coyunturas críticas, donde “los días de poco o ningún trabajo pueden ir seguidos de periodos de trabajo intenso” (OIT 2022). Situación que es perjudicial para ellas y su hogar, sobre todo cuando la confección es su principal —y a veces único— medio de ingresos.

En el caso de las confeccionistas a destajo, la mayoría tiene cargas laborales que suelen variar en función del nivel de ventas de sus empleadores. Por lo general, los comerciantes trasladan los

riesgos comerciales a las trabajadoras creándose un nivel de dependencia elevado que habilita condiciones precarias. La experiencia de Sara con uno de sus empleadores muestra esta dependencia:

Estábamos todo bien, hasta que vuelta el tío que nos deja la ropa se accidentó con el carro. Se accidentó con el carro. [...]. Como él estaba borracho, le tocó pagar. A él sé que le tocó pagar como 7.000 algo así. Ahí fue que nos golpeó hasta a nosotros. [...] Ya no viene, no vienen nada a dejar, ni tampoco viene a pagar. Se desapareció. Pero era buena paga era el señor. Tenía bastantísimos pedidos. Solo aquí entregaba 200 prendas a 300 prendas. [...]. Y eso que nosotros no éramos los únicos trabajadores, trabajábamos con dos muchachas más aquí. Dos muchachas más aquí y aun así nos faltaba la mano (entrevista, confeccionista a destajo, 19 de febrero de 2024).

Sara resume todo esto al mencionar “*si ellos arruinan, nosotros también nos arruinamos*”. Este contexto se repite en casos como las de Isabel y Margarita, quienes cuentan que durante sus años de trabajo como confeccionistas domiciliarias a destajo han tenido entre 4 y 5 empleadores distintas. Esto con el fin de asegurar un nivel de ingresos que les permita cubrir al menos las necesidades básicas del hogar y la familia.

La situación que acabo de mencionar da cuenta de la débil posición y la incertidumbre de estas relaciones laborales que se parecen más a relaciones comerciales. Prácticamente un caso fortuito, como un accidente o la quiebra de uno de los empleadores o clientes puede incidir de manera determinante. No es que se puede encontrar inmediatamente un reemplazo al cliente o un canal de comercialización que lo reemplace. Esto es lo que hace del comercio una situación laboral profundamente inestable y, por tanto, precarizante.

Margarita ha atravesado una situación parecida, pues hace años se quedó sin trabajo durante varios meses porque la familia para la que trabajaba decidió dejar el negocio. Por esta razón dice que se siente aliviada con el trabajo que le mandan, aunque esto le signifique levantarse muy temprano para poder entregar a tiempo las prendas. “Me despierto a las 3, a veces cuando no puedo dormir me levanto a las 2 de la mañana. De ahí coso hasta las 5:40 h de la madrugada, porque ahí ya me levanto a alistar a mis hijas para mandarles a la escuela” (entrevista a Margarita, confeccionista a destajo, 1 de marzo de 2024).

Las mujeres que son productoras/comerciantes enfrentan condiciones similares a las confeccionistas a destajo, sobre todo las que trabajan con clientes fijos. Este es el caso de Francisca que destina la mayor parte de su producción a un comerciante otavaleño que vive en Guayaquil. Ella señalaba que hace poco estuvo a punto de vender todas sus máquinas para invertir en otro negocio, porque durante tres semanas su cliente no le realizaba ningún pedido. Estas situaciones ponen en peligro su economía, pues al no disponer de un ingreso fijo están todo el tiempo en condiciones de incertidumbre.

Frente a tales circunstancias la mayoría tiende a complementar sus ingresos con otras actividades. Margarita, en los feriados trabaja junto a su esposo en un restaurante en la ciudad de Atuntaqui. María se dedica a la venta de anacos puerta a puerta en las comunidades cercanas a su hogar. Elena se dedica a la elaboración de rosarios y al comercio de productos para el hogar. Francisca combina su trabajo de confección con la venta de panes, actividad que empezó hace poco porque no ha podido cubrir el pago de sus deudas. Y Sara complementa sus ingresos reparando prendas de vestir de vecinos y amigos, aunque está decidida a buscar un pequeño préstamo para invertir en telas y empezar de nuevo en la comercialización de ropa.

Este tipo de experiencias laborales y de vida dan cuenta de que “el fenómeno de la multiactividad [es] una característica que históricamente ha configurado algunos territorios rurales” (Hernández 2018, 20). Prácticamente, la precariedad del trabajo de confección ha empujado a las confeccionistas a trabajar aún más y en las mismas condiciones precarias de subsistencia.

El trabajo de confección domiciliar es el principal medio de ingresos del hogar de las mujeres a las que entrevisté, no obstante, esto no les ha permitido tener estabilidad económica. Estas mujeres realizan diferentes actividades productivas con la esperanza de mejorar sus condiciones laborales y obtener mejores ingresos, pero esto no ha significado una mejora progresiva, al contrario, las mujeres indígenas se mueven en torno al mismo tipo de trabajos. Tal es así que si analizamos desde su primer trabajo hasta la actualidad las trayectorias laborales de las mujeres kichwa se caracterizan por una gran movilidad entre trabajos precarios.

4.3. Mujeres kichwa-Otavalo confeccionistas, madres y amas de casa.

Como vimos en las secciones anteriores, uno de los motivos que impulsan a las mujeres indígenas al trabajo de confección es la necesidad material ligada a la posibilidad de seguir ocupándose de las labores domésticas y de cuidado. Sin embargo, esto las ha obligado a cumplir

múltiples tareas al mismo tiempo, produciendo sobrecargas de trabajo permanentes sobre sus cuerpos (Díaz y Féliz 2020). A pesar de las desgastantes rutinas y las condiciones desfavorables que enfrentan, sus trayectorias laborales se construyen entre emociones, significados, sueños y objetivos múltiples.

4.3.1. Los significados que las mujeres dan a su trabajo y sus roles en el hogar

El significado que le dan las mujeres a su trabajo como confeccionistas es heterogéneo; algunas muestran estar orgullosas porque tienen su propio taller y no dependen económicamente de sus parejas. Estas reflexiones son más sentidas en mujeres como Elena y Sara que pasaron años de menosprecio y desvalorización dentro de su matrimonio.

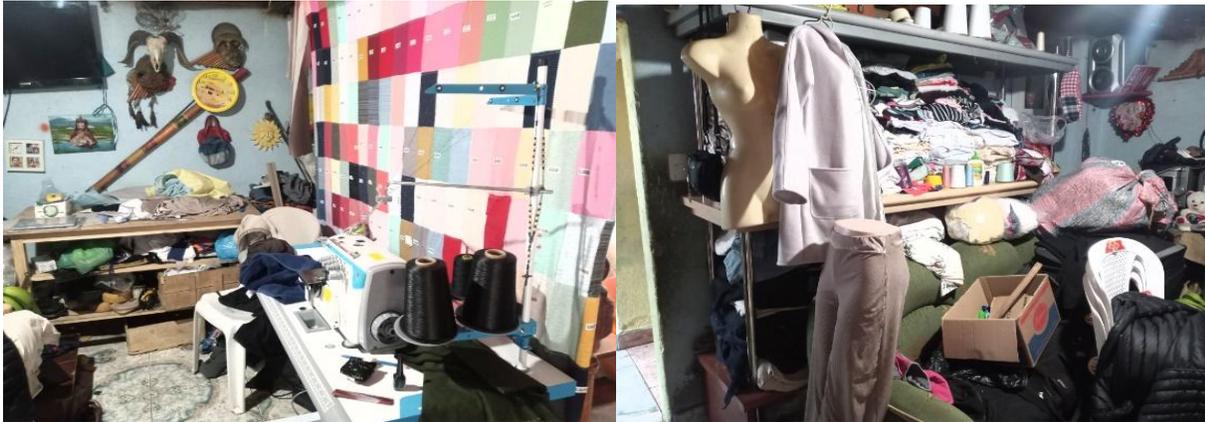
Elena es una mujer indígena que se dedica a la confección y comercio de ropa al por menor. Su esposo tiene un empleo en el municipio como recolector de basura y en una entrevista manifestaba lo siguiente:

A veces mi marido me decía que yo no sirvo para nada, como que se hacía el macho, todo eso. No había trabajo para mí, con todo esto estaba sufriendo bastante. Él solo porque yo no cogía un mensual, a mí me hablaba con eso. Yo vendía en el puesto desde hace tiempo. Y aun así él me sabía hablar (entrevista a Elena, confeccionista/comerciante, 14 de febrero de 2024).

A pesar de que esta mujer no dependía económicamente de su marido, el trato que recibía influyó en su actitud y la forma de verse a sí misma. Como ella misma expresaba, las cosas han cambiado. Hace un par de años ingresó a unos cursos de confección junto a sus amigas, donde no solo recibió clases de manejo de máquinas sino también de otras temáticas vinculadas al empoderamiento. Su participación en este tipo de espacios y las habilidades en confección que logró desarrollar le permitieron reconocer del aporte productivo y reproductivo que realiza en el hogar.

Con todo esto, logró cambiar su perspectiva y estar orgullosa de su trabajo y su rol en la vida. De hecho, en la primera visita Elena me mostró con mucho entusiasmo la ropa que había diseñado y explicó que había colocado en un maniquí el pantalón y el abrigo que fabricó solamente porque quería mostrarme el trabajo que realizaba. Elena exhibía con mucho orgullo su trabajo y los productos que había diseñado por su cuenta (Ver foto 4.5)

Foto 4.5. Taller de confección de Elena



Fotos de la autora

En cambio, Sara que trabaja como confeccionista a destajo, cuenta que durante los primeros años de su matrimonio atravesó una etapa difícil. Al casarse viajó a Venezuela junto a su esposo y ambos trabajaron como comerciantes ambulantes de textiles. Durante esta etapa Sara se enfrentó al menosprecio de su esposo, quien nunca valoró el trabajo que realizaba. Al final del día le quitaba todo el dinero que ganaba y manejaba por completo las finanzas del hogar. Con lágrimas en los ojos expresaba que en ocasiones tuvo que tomar dinero a escondidas de su marido para comprar pañales y ropa para su primera hija que estaba a punto de nacer.

A los 3 años de retornar al Ecuador la situación se mantuvo igual un par de años después que trabajaron como confeccionistas/comerciantes de ropa. La actitud de Sara cambió cuando su marido entró a la cárcel —por problemas legales con su exesposa— y tuvo que trabajar sola para sostener la familia. Ella cuenta con nostalgia cómo salió a buscar trabajo en las plantaciones florícolas y en el comercio ambulante sin tener éxito, hasta que un día se contactó con la sobrina de su esposo, quién era comerciante de ropa, y le sugirió trabajar para ella como confeccionista a destajo.

A partir de ese momento, explica Sara, aprendió que no necesitaba de su marido para sacar adelante a sus hijas. A pesar de que ganaba poco, pudo cubrir los gastos del hogar y en ese momento era suficiente. Ahora ella expresa con mucho orgullo “yo no tengo miedo de trabajar en lo que sea, he trabajado de niñera, vendiendo ropa, atendiendo locales y ahora sé coser. De hambre no me hede morir” (entrevista a Sara, confeccionista a destajo, 19 de febrero de 2024).

Esto además le ha permitido manejar casi por completo los ingresos de la familia y participa de todas las decisiones en el ámbito familiar.

Estos casos reflejan cómo la experiencia que estas mujeres adquirieron durante años de trabajo en diferentes actividades y la supuesta “autonomía laboral” que lograron al instalar su taller las ha ayudado a valorarse a sí mismas y el trabajo que realizan. Pese a la inestabilidad que enfrentan en su trabajo, estas mujeres reconocen que al tener su propio taller las ha ayudado a demostrar que su valor no está definido por lo que ganan sino también por todas las actividades que realizan incluso dentro del hogar.

Otro de los aspectos que las mujeres confeccionistas valoran de su trabajo es su “libertad”. Al instalar su taller dejaron de ser empleadas que están bajo el mando de sus patrones, son dueñas de sus medios de producción y de su tiempo. Por ejemplo, Isabel, que es la confeccionista más joven del grupo de mujeres a las que entrevisté, cuenta que desde que terminó la educación secundaria ha trabajado para otros como vendedora en locales de ropa y en empresas florícolas. A veces esto le significó dejar su hogar por varios meses, pero desde que se convirtió en confeccionista domiciliar puede estar cerca de su familia y tiene más tiempo para dedicarse a otras actividades —trabaja todo el día y en las noches está en un curso de inglés online—.

La valoración de las mujeres hacia su condición laboral parte de una reflexión sobre las experiencias en los diferentes trabajos que han tenido. Como vimos en el capítulo anterior, la mayoría cruzó por empleos informales que le significaban ingresos menores al básico, con horarios que sobrepasan las 8 o 10 horas y, a parte, estaban todo el tiempo sometidas a las disposiciones de sus patrones o jefes. En la actualidad su situación no ha cambiado realmente, sin embargo, valoran el trabajo de confección domiciliar porque en cierta medida pueden manejar con flexibilidad sus horarios de trabajo y al mismo tiempo pueden cumplir con su rol en el hogar, en el ámbito comunitario y social. Además, el dinero recibido por el trabajo de confección en ocasiones les ha permitido cubrir otras necesidades como la recreación familiar. Tal como expresa Sara, pese al cansancio que sufren en la confección, con la remuneración recibida han podido sostener el hogar, pero también destinar parte de los recursos en salidas familiares e incluso en la adquisición de nuevas máquinas para su taller.

Con lo que me pagaban una parte pasaba al Banco, pasaba al Banco, pero la platita sí me entraba. Para qué..., si disfruté con mis hijas. Salíamos, todos los fines de semana nos dedicábamos a

nuestras hijas, empezamos a salir con mis hijas. [...]. A veces mis hijas decían que querían comer esto, y les decía “vamos mijita”, porque la plata entraba. Entonces, salíamos con mis hijas, terminamos el Banco y ya empecé a comprar esa máquina y la otra máquina, esas ya son al contado nomas, esas cuatro (señalando las cuatro máquinas) (entrevista a Sara, confeccionista a destajo, 19 de febrero de 2024).

Estos sentimientos de satisfacción también están llenos de contradicciones. El trabajo de confección permite que las mujeres puedan cubrir las necesidades básicas, desde la alimentación, educación de los hijos y el pago de sus deudas, pero el nivel de ingresos que reciben no ha sido suficiente para concretar otros proyectos de vida, como construir su propia casa. Asimismo, hay mujeres para las cuales el trabajo domiciliario de alguna forma ha significado un retroceso en su trayectoria laboral, pues hay quienes, como Sara y María, que estaban empezando a trazar un camino exitoso como migrantes y comerciantes de textiles, tuvieron que regresar a sus comunidades de origen para empezar de nuevo.

La migración en los kichwa-Otavalo es un factor cultural identitario y una característica particular de esta población (Subía 2018). Sin embargo, no todas las familias poseen los recursos económicos, políticos y el capital social necesario para construir una trayectoria migratoria exitosa. Los jóvenes indígenas de escasos recursos migran como obreros de otras familias indígenas con mejor condición económica para trabajar como comerciantes ambulantes o dentro de talleres textiles en condiciones precarias (Caicedo 2012). Los que tienen suerte logran independizarse de sus jefes y utilizan la experiencia adquirida para emprender su propio negocio: empiezan como comerciantes ambulantes y luego se convierten en dueños de sus propios locales de ropa, logrando un éxito económico que les permite construir grandes casas en la comunidad o comprar automóviles último modelo.

Con el comercio sucede algo similar. Varias familias optan por incursionar en el comercio de textiles porque buscan alcanzar el mismo éxito económico que otros han logrado con esta actividad, pero muy pocos ven cumplido este objetivo. Efraín, el joven comerciante de ropa con quien me contacté me contaba que la actividad de comercio al por mayor brinda una posibilidad de mejorar significativamente los ingresos, porque ha visto cómo varios comerciantes que empezaron con muy pocas prendas ahora tienen carros, construyen casas y trabajan con grandes bultos de prendas.

Este tipo de experiencias dentro de las comunidades convierten a la migración y al comercio de textiles en las mejores alternativas para mejorar la economía de la familia. No obstante, no todos alcanzan el mismo éxito en este camino. Tal como sucedió con María, Sara, Francisca y sus esposos, hay familias que experimentan diversos problemas que les impide mantenerse en el exterior y lograr acumular ganancias, así que deben volver a sus comunidades para empezar de nuevo su negocio.

Sin embargo, no siempre es posible emprender desde cero e instalar un negocio más o menos estable incluso en el país de origen, precisamente por el nivel de competencia que existe. María y Francisca, por ejemplo, al volver a sus comunidades lograron comprar las máquinas de coser y ahora se dedican a la confección/comercialización de ropa. Pero hay otras mujeres como Sara que han tenido que retroceder a la confección a destajo porque no tienen el capital suficiente para adquirir insumos, producir sus propias prendas y comercializarlas. Además, al carecer de una red de contactos familiares y personales que les proporcione la información y apoyo necesario para insertarse en diferentes nichos de mercado impide que estas familias puedan aventurarse al trabajo de comercio de ropa.

Si realizamos un análisis de la confección a destajo y la confección/comercialización en términos económicos, refleja que el segundo permite generar mayores ingresos. Por citar un ejemplo: Sara confecciona un pantalón deportivo a 60 centavos, y esa misma prenda es vendida por David, el señor que la contrata, en las ferias por 3,50 al por mayor y 5 dólares al por menor. No obstante, ambas actividades, una más que la otra, para las mujeres que alguna vez trabajaron en el extranjero, son percibidas como un retroceso en su economía. Estas mujeres comparan lo que ganaban en el exterior y lo que vale aquí su trabajo. En una entrevista Sara hablaba sobre su experiencia como comerciante de confecciones en Venezuela y las dificultades que atravesó posteriormente al trabajar en como comerciante de ropa en Ecuador:

Las ferias allá en Mérida eran buenísimas. Eran ferias que empezaban desde las 11:00 de la mañana hasta 2 de la madrugada del siguiente día. Se vendía bien. Allá si eran ferias, pero ferias de verdad. Había mucha gente. Aquí en Otavalo no es así. Aquí cogen las prendas miran y a la final no compran. Allá en Mérida siempre compraban. No pedían ni rebaja. En las ferias de Venezuela había mucha gente que a veces no se podía ni vender a todos los clientes (entrevista a Sara, confeccionista a destajo, 19 de febrero de 2024).

Tras algunos problemas económicos y la falta de capital para comprar insumos, Sara tuvo que dedicarse a la confección a destajo, pero menciona que quiere realizar un préstamo para comprar telas y volver a comercializar porque los ingresos que recibe de su trabajo no son suficientes.

Respecto a su lugar como madres, esposas y amas de casa cabe destacar que las mujeres tienen un rol importante dentro de las decisiones del hogar. Por ejemplo, ellas manejan casi por completo las finanzas del hogar, deciden sobre temas relacionados a la adquisición de nuevas máquinas y deudas, cosas que antes controlaban solamente sus maridos. Asimismo, reconocen que su trabajo —tanto productivo como reproductivo—, más allá de ser un simple apoyo, es vital para el sostenimiento de la familia.

Las mujeres que empezaron desde jóvenes con el trabajo de confección e insertaron a sus esposos en el trabajo tienen un poder de decisión mayor que aquellas que se involucraron en la confección gracias a sus maridos. Por ejemplo, Francisca que enseñó a su marido a confeccionar, tiene mayor capacidad de exigir a su esposo participación en el cuidado de los hijos y las tareas domésticas. El hecho de que sus conocimientos sean la fuente principal de ingresos para la familia constituye una fuente de orgullo para ella, lo cual incide en su autoestima.

En la estructura familiar se notan cambios importantes relacionados a la distribución de tareas. A pesar de que estas mujeres tienen interiorizado la idea de que las tareas del hogar es una responsabilidad reservada para ellas debido a la educación que recibieron durante su infancia, han procurado educar a sus hijos bajo una mentalidad distinta. En la mayoría de los talleres a los que visité tanto los niños como las niñas se encargan de las labores domésticas e incluso de la confección. Además, al interior del hogar/taller se nota un constante intento de las mujeres indígenas para que sus maridos participen de las actividades del hogar. Por supuesto, en el contexto comunitario aún operan ideas machistas que critican este apoyo de los hombres en las tareas de reproducción, pero estas mujeres tratan de crear nuevas reglas de convivencia basadas en la igualdad de género.

4.3.2. Sueños y aspiraciones personales

Las aspiraciones personales de la mayoría de las mujeres confeccionistas están vinculadas al bienestar de la familia, sobre todo, al futuro de sus hijos. Durante las entrevistas, las mujeres señalaron que uno de los principales objetivos por los que trabajan es porque quieren ver a sus hijos con una carrera universitaria. Estas mujeres kichwas reconocen que su trabajo se mueve en

una dinámica inestable y no saben en qué momento se pueden quedar sin trabajo, por esta razón, señalan que la educación es la única herramienta que les permitirá a sus futuras generaciones tener una mejor calidad de vida.

Sara y Margarita expresaban en una entrevista su preocupación por el futuro de sus hijas, tienen la esperanza de que puedan seguir una carrera y tener mayores posibilidades de tener un trabajo fijo. Sucede lo mismo con el resto de las mujeres a las que entrevisté. Francisca tiene un hijo que terminó el colegio hace dos años, pero por las deudas que contrajo hace un par de años para instalar un negocio en Colombia que no resultó, no ha podido ayudarlo a ingresar a la universidad. Cuenta con nostalgia que atravesó una etapa muy dura porque no pudo apoyarle en su sueño de ser un profesional.

Sin duda, todo el esfuerzo y el tiempo que ponen las mujeres en el trabajo está direccionado a impulsar la formación académica de sus hijos. En realidad, preguntas como, ¿Cuál es la mejor escuela o colegio en Otavalo? ¿Cómo entraste a la universidad? ¿Gastaste mucho dinero durante tu carrera?, etc, que me realizaban constantemente reflejan el interés que ellas tenían por impulsar la trayectoria académica de sus hijos al encontrarse con una joven investigadora indígena cursando una maestría. Aprovechando tal interés y con el fin de generar un lazo de confianza mayor con la familia traté de ofrecer mi ayuda con las tareas de sus hijos, lo cual también me permitió pasar más tiempo en los talleres, incluso en días que no tenían prendas que confeccionar.

Asimismo, los testimonios de las mujeres sobre sus sueños reflejan algo importante: ninguna quiere que sus hijos e hijas se mantengan en el trabajo de confección domiciliar. Manifiestan que no tener estudios ni capital para emprender en algún otro negocio las ha obligado a permanecer en el trabajo de confección, pero para ellas la costura no es un empleo que merezca ser heredado, tal como se presentaba años atrás el trabajo textil artesanal.

Décadas atrás, los padres transmitían los conocimientos en tejido a sus hijos para que puedan continuar el negocio y tengan las herramientas necesarias al contraer matrimonio y formar su propia familia. Ahora, las mujeres indígenas no tienen la intención de conservar a sus hijos en el trabajo familiar —al menos aquellas que no han logrado tener una exitosa inserción en el mercado textil—, transmiten estos conocimientos como una forma de apoyo momentánea a sus trabajos, es decir, mientras terminan su preparación secundaria y, en el mejor de los casos, hasta que empiecen una carrera universitaria.

Para la mayor parte de las mujeres, la confección es su medio de vida y a la vez una alternativa a un mercado de trabajo excluyente. Si bien, este trabajo es ventajoso por cuanto permite a las mujeres dedicar más tiempo a sus hijos, manifiestan que no les permite tener los ingresos suficientes para mejorar significativamente su calidad de vida. En este punto cabe destacar que, una mejor condición económica para las familias indígenas de la ruralidad está ligada a lo material, sobre todo, la construcción y posesión de una vivienda propia. De hecho, la situación económica de una nueva pareja se visibiliza en el tiempo que tardan en construir su propia residencia. Dentro de la cultura indígena es común que una pareja de jóvenes al contraer matrimonio viva en la casa de sus padres o suegros, pero tener casa propia se vuelve una necesidad central.

De todas las mujeres a las que entrevisté, solo María y Sara tienen su casa propia, las demás viven en la casa de sus suegros y padres, por ende, es natural que uno de los sueños que buscan con su trabajo es construir su vivienda. Margarita cuenta que este sueño se truncó hace algunos años tras enfermarse su hija:

Se enfermó mi hija. La platita que sacamos del banco nosotros con la intención de comprar algo, o sea, materiales para la casita, gastamos en mi hija porque se enfermó. Toda esa platita que tuvimos gastamos. Ya no teníamos de otra. [...] En estos tiempos ¿quién nos va a prestar?... Y decidimos gastar la platita que sacamos. Eso gastamos. Se acabó la deuda y se acabó la plata (entrevista, confeccionista a destajo, 1 de marzo de 2024).

Hasta el momento no han logrado empezar este proyecto. El pago que ella recibe por la confección y la remuneración de su esposo, quién trabaja en un restaurante, les permite pagar los gastos básicos, pero gran parte del dinero se destina al pago de las deudas que contrajeron con la esperanza de construir su casa.

Durante una conversación Margarita manifestó que “es difícil pensar que todo el sacrificio de nuestro trabajo se va al banco y al banco. No se puede ahorrar. Cuando las niñas entran a clases debo pagar de los útiles, los uniformes...” (notas de campo, 19 de marzo del 2024). Los pasajes y otros gastos educativos de las niñas terminan absorbiendo los ingresos de Margarita y su esposo, por esto, expresa que cuando las hijas entran en vacaciones, feriados o fin de curso se siente aliviada, ya que al menos puede ahorrar ese dinero y cubrir otros gastos.

Francisca es otra de las mujeres que menciona que su trabajo no le ha dado los ingresos suficientes para empezar a construir su vivienda: hace un par de años compraron los materiales, pero este proyecto se ha quedado en pausa porque no tienen más dinero para afrontar todos los gastos que se requieren para empezar a construir.

Los sueños de las mujeres se cristalizan también en sus medios de producción, en el taller que poco a poco han logrado equipar. Para las confeccionistas sus máquinas de coser son su medio de vida, algunas han estado junto a ellas por muchos años, así que al hablar de ellas tienden a recordar todo lo que han tenido que atravesar. Al preguntarles sobre su trayectoria laboral en la confección, la mayoría empieza contando cómo llegaron sus máquinas una por una. A través de esto las mujeres narran las mejores etapas y las crisis que atravesaron como confeccionistas. Sara en una entrevista supo manifestar “estas dos máquinas son mis recuerdos, estos son recuerdos que tengo. [...] Es algo que... sí me da un poco de tristeza” (entrevista, confeccionista a destajo, 19 de febrero de 2014). Para Francisca hablar de las máquinas la llevan a su niñez y recuerda cómo aprendió a confeccionar por primera vez en una antigua máquina Singer y luego pudo comprar su primera recta industrial.

4.3.3. Taller de confección Siray en Cuatro Esquinas

Hay varios aspectos, sobre todo en lo que respecta a las condiciones de trabajo, que muestran a la confección como un empleo al que muy pocos quisieran insertarse, sin embargo, hay mujeres y familias que depositan sus esperanzas en este sistema de trabajo. Durante mi investigación participé en un taller de confección en la comunidad de Cuatro Esquinas de la parroquia San Rafael. Este es diferente a los demás talleres que visité, ya que nace como parte de un proyecto llevado a cabo por la fundación Wasmu, que tiene como uno de sus objetivos brindar talleres de capacitación en diseño, patronaje y confección a mujeres en condiciones de vulnerabilidad. En este lugar se reúnen 9 mujeres indígenas que se han organizado para crear una iniciativa que por el momento se sigue construyendo y que pusieron de nombre *Siray* “sueños de confección”. Este taller funciona en uno de los espacios de la casa comunal y las máquinas que poseen estas mujeres fueron entregadas por la fundación en apoyo de otras organizaciones.

La apuesta de este taller es impulsar habilidades de confección en las mujeres de la comunidad para que puedan tener un medio de ingresos o emprender en su propio negocio. Las mujeres que se reúnen en este lugar reciben clases básicas de patronaje y confección, pero al mismo tiempo

reciben un acompañamiento psicológico que según manifiestan las ha ayudado a entender su valor como mujeres dentro de la familia y la comunidad. La mayoría de estas mujeres cursaron apenas la educación básica y sienten que sus oportunidades de trabajo son aún más limitadas que para otras mujeres jóvenes en sus mismas condiciones. Por esta razón, este grupo aprecia este espacio donde poco a poco están aprendiendo un oficio que posiblemente las puede ayudar a tener un negocio propio.

Foto 4.6. Clases de confección en el taller *Siray* de Cuatro Esquinas



Fotos de la autora

Las mujeres que participan de este taller cuentan que quieren comercializar prendas de vestir producidas por ellas mismas o buscan un medio para complementar sus ingresos a través de la confección. Dentro de este grupo hay mujeres que se dedican a la elaboración de artesanías, manejan una tienda en el barrio y varias se dedican al comercio informal de alimentos, ropa y verduras en diferentes ciudades fuera del cantón. De este grupo, he prestado especial atención a las comerciantes, quienes manifiestan que su impulso por aprender a confeccionar está vinculado a las condiciones difíciles que enfrentan en su trabajo actual, desde problemas con la policía municipal, hasta días lluviosos y soleados en que deben caminar por horas ofreciendo sus productos en las calles.

Es necesario reconocer que tanto la confección domiciliar, como el comercio informal forman parte del trabajo autónomo o independiente. En ambas actividades se supone que no existe un jefe o patrón, las personas tienen la capacidad de definir sus tiempos de trabajo y funcionan bajo

condiciones desfavorables. Entonces, ¿por qué las mujeres dan más valor al trabajo de confección? Sucede que las condiciones que enfrentan estas mujeres en las calles las hacen reflexionar sobre su estado físico, el cansancio que sufren e incluso el peligro que enfrentan en el trabajo.

Frente a tales condiciones, las mujeres indígenas de este taller consideran que el trabajo de comercio y producción textil es un trabajo mucho mejor. Por un lado, su reflexión parte de un análisis de su entorno, de la situación económica de sus vecinos y de otras personas cercanas que al trabajar dentro del sector textil han logrado construir casas en poco tiempo o tener otros bienes. Esto quiere decir que, los bienes materiales que han logrado algunos los comerciantes y productores de textiles y las condiciones de trabajo —que son aparentemente mejores en relación con sus trabajos actuales— han incidido para que varias mujeres quieran insertarse en la actividad de confección domiciliar.

Por otro lado, para las mujeres indígenas que participan de actividades precarias como el comercio ambulante, las motivaciones para insertarse en la confección no se reducen solamente a la posibilidad de encargarse del hogar o cumplir con sus roles de madres y esposas, sino que hay un análisis de sí mismas y de su cuerpo. Estas mujeres reconocen que la confección es mejor porque significa trabajar en casa, dejar de sufrir las condiciones propias del comercio en la calle o cualquier otro trabajo informal.

Los trabajos en los que actualmente participan la mayor parte de las mujeres de este grupo y su necesidad por insertarse en el trabajo de confección reflejan que las opciones de trabajo para las mujeres indígenas que no cuentan con los recursos económicos o sociales se han limitado a actividades en cualquier situación y se sienten obligadas a crear sus propias fuentes de ingresos de manera informal, situación que lejos de mejorar su economía las ubica en condiciones de precariedad (Díaz y Félix 2020).

Finalmente, reconozco que más allá de las habilidades que adquieren las mujeres en este lugar, el taller se ha convertido en un espacio de encuentro que les permite escapar de su realidad y de las múltiples tareas domésticas que las esperan en el hogar, con sus esposos e hijos. Además, les ha permitido ampliar sus horizontes en cuanto a un futuro mejor para ellas y sus familias. A pesar de que llegaron al taller con la necesidad de trabajar como confeccionistas y comerciantes, hoy sueñan en crear un negocio colectivo, y quizás su propia marca.

4.4. Conclusiones del capítulo

Las mujeres indígenas que se insertan en el trabajo de confección domiciliar laboran en contextos precarios, condición que deriva del medio ambiente de trabajo en la que se encuentran, pero también de las múltiples actividades que asumen. Las mujeres laboran en espacios que se superponen con áreas de convivencia familiar, es decir, el hogar donde se tejen las relaciones más íntimas y familiares es invadida por el trabajo. Esta característica de los hogares indígenas no es precisamente algo nuevo, más bien forma parte del modo de vida indígena donde lo productivo y reproductivo se entretajan. El problema es que las zonas de trabajo no son las óptimas: deben soportar el frío de los talleres, las largas jornadas frente a las máquinas, el polvo del material que manejan y al mismo tiempo debe ocuparse de las labores reproductivas y comunales.

Al interior de las unidades domésticas que se dedican a la confección se generan acuerdos, obligaciones y medios de intercambio donde participan todos los miembros de la familia, incluso los niños, quienes ejercen un importante rol tanto en las tareas de producción y reproducción. Esta inserción del tejido productivo en la intimidad del hogar genera tensiones entre los miembros de la familia y con otras personas como, clientes, proveedores y otras costureras que en su mayoría forman parte del círculo personal y familiar de las mujeres. No obstante, esto no significa siempre un deterioro de las relaciones personales porque permite en cierta medida reforzar los lazos de parentesco o crear nuevos contactos que mantienen la dinámica de trabajo de las mujeres.

Las confeccionistas afrontan una acelerada dinámica de trabajo que al mismo tiempo las mantiene en incertidumbre. Durante las temporadas donde hay mayor consumo las confeccionistas asumen cargas altas de trabajo a cambio de pagos que no compensan el esfuerzo que realizan, algo que se ven obligadas a aceptar porque el nivel de competencia que enfrentan reduce su poder de negociación. En cambio, hay otras épocas donde se reduce drásticamente el trabajo y, por tanto, sus ingresos, así que las mujeres se ven en la necesidad de realizar otras actividades para complementar sus ingresos. En la mayoría de los casos, la confección —sobre todo a destajo— permite cubrir las necesidades básicas del hogar, pero no les ha permitido mejorar su calidad.

Las mujeres indígenas que se dedican a la confección viven experiencias heterogéneas, algunas están orgullosas de su trabajo, de tener sus propios medios de producción, los conocimientos

necesarios para trabajar, no depender de nadie y de tener su taller. En cambio, otras que han atravesado experiencias en migración y comercio consideran que la confección constituye un retroceso en su trayectoria laboral, ya que esto ha significado una considerable reducción de sus ingresos y afrontan dinámica de trabajo muy inestable donde su trabajo no es valorado.

Finalmente, los sueños de las mujeres confeccionistas, por una parte, están encaminados principalmente al futuro de sus hijos. Reflexionan sobre su trayectoria laboral y consideran que la confección no es un trabajo que merezca ser heredado, así que transmiten sus conocimientos a sus hijos como un apoyo momentáneo a la economía del hogar con la esperanza de que al terminar una carrera universitaria puedan tener mejores oportunidades laborales. Por otra parte, con su trabajo buscan cumplir con otros proyectos personales ligados a lo material como construir su propia casa e incluso con la ilusión de ahorrar e invertir en un mejor negocio.

Conclusiones generales

A lo largo de esta investigación se examinaron las condiciones laborales y de vida experimentadas por las mujeres kichwa–Otavalo que trabajan en la confección domiciliar con relación a una serie de transformaciones que ha sufrido el sector textil otavaleño en los últimos años y el papel que cumplen las relaciones de parentesco en la dinámica de trabajo. Esto se hizo mediante un estudio de corte etnográfico que combina la observación participante dentro de los talleres de confección, la aplicación de entrevistas a confeccionistas indígenas y diversos actores vinculados a la producción/comercialización de textiles, y mi participación directa en el trabajo de confección.

A partir de los testimonios recogidos durante la investigación fue posible trazar las trayectorias laborales y familiares de las mujeres kichwa desde su infancia hasta la actualidad. Estas trayectorias revelan que, aun cuando el indígena otavaleño ha sido construido en los imaginarios públicos como un exitoso comerciante y artesano que ha logrado colocar sus productos en diversos mercados nacional e internacionalmente, las experiencias de las familias indígenas que se dedican a la actividad textil son heterogéneas. Aquellas con una larga historia y conocimiento profundo en el sector textil han desarrollado estrategias para diseñar, rediseñar, producir y comercializar textiles en distintos mercados, acumulando capital en forma de bienes materiales como viviendas, automóviles y el manejo de una gran cantidad de mercancías.

Lo cierto es que, existen familias que deciden insertarse en la actividad textil desde la escasez económica; lo hacen ya sea en la confección o en el comercio, pero no han logrado alcanzar el mismo nivel de éxito. Gran parte de este grupo lo conforman las mujeres kichwa-Otavalo que son el foco de este estudio, generalmente provenientes de familias con recursos limitados, que no han heredado el taller, el conocimiento o las redes de comercialización y se involucran en la confección en la incesante búsqueda de una mejor condición económica para ellas y su familia.

Las trayectorias laborales de estas mujeres se caracterizan por una rotación constante entre empleos precarios y subvalorados desde muy temprana edad. Durante su recorrido en el mercado de trabajo —sobre todo informal— han participado en una amplia gama de actividades laborales para sostener junto a sus padres la economía familiar. Esto a corto plazo les permitió en cierta medida elevar los ingresos del hogar, pero a largo plazo limitó sus opciones de trabajo a empleos precarios, subvalorados y mal remunerados.

Las teorías feministas y de género son un instrumento importante porque me ha permitido identificar las formas diferenciales de explotación, las múltiples trayectorias laborales y de vida, así como las estrategias de reproducción social y familiar de las mujeres trabajadoras. La confección domiciliar analizada a la luz de esta base teórica vislumbra cómo la limitada capacidad económica, sumado a las responsabilidades domésticas ha determinado que la noción de una “mejor oportunidad de empleo” para las mujeres indígenas se defina principalmente por la posibilidad de trabajar cerca de casa y de la familia, y crucialmente de continuar cumpliendo con las labores domésticas y de cuidado. La confección domiciliar resulta aparentemente ventajosa en este sentido, porque responde a tales necesidades. Sin embargo, este sector se mueve bajo una compleja dinámica de producción ligada a las cambiantes tendencias de moda local e internacional que reconfiguran el modo de vida indígena y se aprovechan de los valores étnicos existentes dentro de las comunidades.

En general la actividad textil en Otavalo ha sufrido importantes cambios, pues lo que antes era un sector artesanal donde se producía principalmente prendas con alto valor cultural e identitario, ahora se ha convertido en un gran productor de prendas ordinarias que trabajan bajo un acelerado ritmo de producción. Esto significa que los fabricantes y vendedores constantemente están buscando innovar en diseños e insumos para reducir costos, disminuir el precio de los productos y aumentar las ventas mediante una rotación rápida de mercancías.

Los estudios étnicos son un referente teórico importante para entender las particularidades de la familia indígena y cómo sus modos de vida y dinámicas económicas se configuran en medio de los procesos de globalización. Hay que reconocer que los patrones de consumo y producción dentro de las comunidades de Otavalo cambiaron drásticamente permitiendo que la producción artesanal sea eclipsada por la producción textil a escala comercial. Evidencia de ello son los hogares confeccionistas donde se fabrican principalmente “prendas ordinarias” de bajo costo dirigidas al consumo popular. Esta producción muy diversificada atiende a distintas secciones de mercado, pero con más énfasis en los mercados populares, lo que explica que el costo de las prendas sea muy accesible. Tal situación parte de un evidente traslado de los costos a las trabajadoras, una explotación laboral amplia, única forma de dejar ganancia en la cadena de valor y mantener precios accesibles para el consumo popular.

Parte de estos cambios se atribuyen a la demanda de este tipo de productos, pero también, a la creciente introducción de insumos importados y máquinas de diversas marcas, costos y funcionalidades. Además, las tendencias y modas emergentes que llegan al mercado local a través de internet y redes sociales han permitido que gran parte de los productores y comerciantes de ropa puedan ajustar con mayor facilidad su línea de producción. Todos estos factores han impulsado a las mujeres indígenas de escasos recursos a insertarse en dos modalidades de confección domiciliar: la confección a destajo y la confección/comercialización de textiles.

El trabajo de confección domiciliar funciona bajo una clara superposición entre los espacios de trabajo con las áreas de convivencia familiar, aspecto que, en el contexto indígena no es un fenómeno realmente nuevo, pero sí repercute en la condición de vida de las mujeres y sus familias. Los patrones de consumo imperantes y la necesidad de obtener mayores ingresos ha permitido que los indígenas se incorporen a una lógica de producción mercantil que demanda a las confeccionistas un uso intensivo del tiempo. Las necesidades familiares, económicas y de mercado impulsan a las mujeres a autoimponerse metas de producción que las sobrecargan de trabajo y tienden a reclutarlas al espacio doméstico, es decir, al hogar/taller. Este confinamiento de las confeccionistas a las paredes de su taller reduce su participación en el espacio público, sobre todo comunal, y deterioran cada vez más sus vínculos con otros espacios que hacen parte de la cotidianidad indígena como las mingas comunitarias, la tierra y el trabajo agrícola.

El sector textil se desarrolla bajo una compleja red de alianzas familiares y relaciones personales que tanto confeccionistas como comerciantes han cultivado durante toda su vida dentro y fuera de la comunidad. En realidad, el acceso a redes personales ligadas específicamente al sector de confección y comercio textil es esencial para las mujeres que no provienen de hogares confeccionistas, ya que son mecanismos sociales cruciales que proveen recursos, conocimientos e información sobre el trabajo y el mercado que facilitan su participación en el sector. Dado que la confección y el comercio están vinculados se reconoce que las redes de parentesco actúan en dos sentidos: por un lado, las mujeres que tienen acceso a una red de comercio y producción textil tienen mayor posibilidad de tener empleadores que las contraten; por otro lado, permite a los comerciantes reclutar costureras para sus talleres o encontrar confeccionistas a destajo como apoyo en su producción.

A pesar de que en medio de la dinámica productiva y comercial textil se crean obligaciones morales y la reproducción de prácticas basadas en la cooperación y la reciprocidad que facilitan el trabajo, los vínculos personales suelen ser aprovechados por comerciantes o clientes para reducir el valor del trabajo de las confeccionistas y aumentar sus cargas laborales. Los patrones, empleadores o clientes de las confeccionistas hacen uso de dones para que la relación de explotación y precariedad sea factible, pues las personas que contratan a las confeccionistas o compran sus productos se valen de tales vínculos para reducir sus costos de producción y generar mayores ganancias. Esta situación puede crear conflictos en cierta medida, pero no significa siempre que los vínculos personales se deterioren, pues el constante contacto que las mujeres tienen con sus clientes o empleadores —que por lo general forman parte de su círculo familiar y personal— les permite reforzar sus lazos o insertarse en nuevas relaciones que les permitan ampliar su red de contactos.

Hay que reconocer que, en el contexto indígena, históricamente las mujeres han ejercido diferentes actividades para el sostenimiento económico de la familia. No obstante, los distintos programas y proyectos estatales en las comunidades han modificado el modo de vida rural y masculinizado la autoridad dentro de los hogares indígenas. A pesar de los cambios económicos políticos y sociales atravesados por los kichwas-Otavaló, las familias aún se estructuran en un modelo patriarcal que impide el reparto igualitario de las labores domésticas. De hecho, actualmente se espera que las mujeres indígenas se hagan cargo de las labores de cuidado, por lo cual terminan realizando múltiples actividades en virtud del sostenimiento económico y emocional de sus familias. Mientras que los varones siguen dedicándose casi exclusivamente a las tareas de producción, sea en la confección o en cualquier otra actividad.

La superposición de tareas productivas y reproductivas que caracteriza la confección domiciliar sobrecarga los cuerpos de las mujeres y producen un desgaste físico y mental que muy pocas veces es reconocida por su familia e incluso por ellas mismas. Estas mujeres afrontan las tensiones que se generan a raíz de su trabajo y al mismo tiempo cargan el peso de ser mujeres, madres y esposas. Esto significa que las mujeres indígenas insertadas en este sector no solo deben enfrentarse a las inclemencias propias del trabajo de confección, sino que deben al mismo tiempo cumplir con múltiples responsabilidades relacionadas al hogar, la familia y la comunidad que prácticamente se encuentran entrelazadas en tiempo y lugar. Asimismo, hay que reconocer que las condiciones de precariedad que las mujeres indígenas atraviesan en el trabajo no se limitan a los

bajos ingresos que reciben, a sus largas jornadas de trabajo o las cargas de prendas que diariamente confeccionan. En realidad, la confección domiciliar esconde una realidad muy compleja donde todo el tiempo están sumidas en el trabajo y prácticamente descansar es realizar más trabajo (reproductivo y de cuidados).

Por último, a pesar de las condiciones que atraviesan las mujeres indígenas en su diario vivir reconozco que las entrevistadas se sienten orgullosas de su trabajo y las habilidades que han logrado adquirir a lo largo de su trayectoria en el trabajo de confección. Además, tener sus propios ingresos les ha permitido ejercer un importante control dentro de las finanzas del hogar, tomar decisiones en el ámbito familiar y comunitario, y las ha ayudado a resignificar su rol dentro del hogar como trabajadoras, madres, esposas y amas de casa. Esto ha provocado cambios en la distribución de tareas en el seno familiar, ya que estas mujeres impulsan la participación de sus hijos e hijas en las actividades tanto productivas como reproductivas sin distinción. No obstante, esto es resultado de toda una lucha que cada mujer indígena sobrelleva desde sus hogares y los asientos de sus máquinas.

Bibliografía

- Acosta, Zulma. 2011. "Relación vida familiar y cymat en el trabajo domiciliario textil. Estrategias del Estado para su tratamiento". IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Albo, Xavier y Galo Ramón. 1994. *Comunidades andinas desde adentro. Dinámicas organizativas y asistencia técnica*. Quito: Abya-Yala.
- Álvarez, Luis Alonso. 2012. "Estrategias de innovación y crecimiento internacional: el grupo español Inditex-Zara". En *Innovación y empresa, estudios históricos de España y América Latina*, coordinado por Guillermo Guajardo, 141-176. Buenos Aires: Lenguaje claro.
- Arias, Patricia. 1998. "El trabajo femenino a domicilio ayer y hoy". *Sociológica* 13, n.º 37: 77-98.
- Aspiazu, Eliana. 2014. "Conciliación entre trabajo y responsabilidades familiares: una revisión teórica con enfoque de género". *Investigium IRE: Ciencias Sociales y Humanas* 1: 177-194. doi: <http://dx.doi.org/10.15658/CESMAG14.05050111>
- Banco Central del Ecuador. Tabla oferta utilización 2007-2020, (acceso 7 de abril de 2023), <https://contenido.bce.fin.ec/documentos/Administracion/CuentasNacionales.html>
- Barreiro, Ana. 2008. "Hacia un nuevo sistema de la moda. El modelo ZARA". *Revista Internacional de Sociología* 66, n.º 51: 105-122. doi: <https://doi.org/10.3989/ris.2008.i51.111>
- Borchart, Christiana. 2007. *El corregimiento de Otavalo: Territorio, población y producción textil (1535-1808)*. Quito: Centro de investigaciones, Universidad de Otavalo.
- Brownrigg, Leslie Ann. 1977. "Variaciones del parentesco cañari". En *Temas sobre la continuidad y adaptación cultural ecuatoriana*, editado por Marcelo Fernando Naranjo, José Pereira y Norman Whitten, 23-41. Quito: PUCE.
- Brunet, Ignasi y Carlos Santamaría. 2016. "La economía feminista y la división sexual del trabajo". *Culturales* 4, n.º 1: 61-86.
- Cadena Pedro, Roberto Rendón, Jorge Aguilar, Eileen Salinas, Francisca del Rosario de la Cruz y Dora Sangerman. 2017. "Métodos cuantitativos, métodos cualitativos o su combinación en la investigación: un acercamiento en las ciencias sociales". *Revista mexicana de Ciencias Agrícolas* 8, n.º 7: 1603-1617.
- Caicedo, Luz Piedad. 2010. "Los kichwa-Otavalos en Bogotá". En *Niñez indígena en migración. Derechos en riesgo y tramas culturales*, coordinado por Alicia Torres, 139-225. Quito: FLACSO, Ecuador - UNICEF (TACRO) - AECID.
- Camacho, Karina. 2008. *Las confesiones de las confecciones. Condiciones laborales y de vida de las confeccionistas en Medellín*. Medellín: Escuela Nacional Sindical.
- Casagrande, Joseph. 1976. "Estrategias para sobrevivir: los indígenas de la sierra del Ecuador". En *América Indígena*. México D. F.
- Célleri, Daniela. 2018. *El lugar de origen y la pertenencia en contextos migratorios: jóvenes indígenas en una comunidad rural de Otavalo-Ecuador*. Quito: IAEN.

- Clapham, John. 1926. *An economic history of modern Britain*. Britain: Cambridge University Press.
- Concheiro, Luciano. 2016. *Contra el tiempo. Filosofía práctica del instante*. Barcelona: Anagrama.
- Código del Trabajo. 2005. Código del Trabajo. Registro oficial Suplemento 167 de 16 de diciembre 2005.
- Cuvi, Nicolás. 2011. “Auge y decadencia de la fábrica de hilados y tejidos de algodón La industrial, 1935-1999”. *Procesos: revista Ecuatoriana de Historia* 33: 63-95.
- Delmonte Antonella. 2020. “La industria de confección: ¿un trabajo de mujeres? Feminización obrera en el período 2003-2015”. *H-Industria. Revista De Historia De La Industria Y El Desarrollo En América Latina* 27: 79-93. doi: //ojs.econ.uba.ar/index.php/H-ind/article/view/1962
- Díaz, Juliana y Mariano Félix. 2020. “Reproducción de la vida, superexplotación y organización popular en clave feminista: una lectura desde Argentina”. *Cuestiones de Sociología*, n.º 23: 1-16.
- Díaz, Pilar. 2007. “El trabajo en la confección-textil: un oficio de mujeres”. *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, Historia Contemporánea* 19: 371-392. doi:10.5944/etfv.19.2007.3167
- Díaz, Ximena y Norah Schlaen. 1994. *La salud ignorada. Trabajadoras de la confección*. Chile: Centro de Estudios de la Mujer.
- D’Amico, Linda. 2014. *Etnicidad y globalización: las otavaleñas en casa y en el mundo*. Quito: FLACSO Ecuador, Ediciones Abya-Yala.
- Eche, David. 2018. “Migración y renovación generacional en la agricultura familiar indígena: estudio de caso Otavalo-Ecuador”. *Siembra* 5, n.º 1:1-15.
<https://doi.org/10.29166/siembra.v5i1.1423>
- Las artesanías de Otavalo pierden espacio dentro y fuera del Ecuador. 2019. *El Comercio*, 7 de enero del 2019. Acceso el 18 de mayo de 2024.
<https://www.elcomercio.com/actualidad/ecuador/otavalo-productos-mercado-artesantias-negocios.html>
- Federici, Silvia. 2010. *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Federici, Silvia. 2018. *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Gago, Verónica. 2014. *La razón neoliberal: economías barrocas y pragmática popular*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Gago, Verónica. 2018. “Neo-comunidad: circuitos clandestinos, explotación y resistencias”. En *Experiencias y vínculos cooperativos en el sostenimiento de la vida en América Latina y el sur de Europa*, editado por Cristina Vega Solís, Raquel Martínez Buján, Myriam Paredes Chauca, 95-111. Madrid: Traficantes de sueños.

- García Dolors, Mireia Baylina, Josefina Cruz, Domingo Concha, Monserrat Villarino y Rafael Viruela. 1996. “El trabajo industrial a domicilio en la España rural. Un análisis desde la perspectiva de género”. *Boletín de estudios geográficos*, n.º 22: 217-244.
- Garza, Ario. 2007. *Manual de técnicas de investigación para estudiantes de ciencias sociales y humanidades*. México D. F: El colegio de México.
- Guerrero, Andrés. 1977. “Los Obrajes en la Real Audiencia de Quito en el siglo XVII y su relación con el Estado Colonial”. *Revista de Ciencias Sociales* 1, n.º 2: 65-89.
- González, Claudia. 2020. “Trabajo a domicilio en Chile: nuevas configuraciones de una antigua forma de trabajo de las mujeres”. *Revista de Sociología* 105, n.º 4: 561-582.
<https://doi.org/10.5565/rev/papers.2662>
- González, Javier. 2022. “De las estructuras formales a la relacionalidad: la antropología del parentesco y de las familias en los Andes ecuatorianos”. En *Antropologías hechas en Ecuador. Estudios históricos y sociales*, editado por Catalina Campo, Tania González, Fernando García, José Juncosa, 165-186. Quito: Asociación Latinoamericana de Antropología; editorial Abya-Yala; Universidad Politécnica Salesiana (UPS) y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO-Ecuador).
- Goren, Nora. 2017. “Desigualdades sociolaborales. Una aproximación a sus marcos interpretativos desde la perspectiva feminista”. *Revista Latinoamericana de Antropología del Trabajo* 1, n.º 2:1 – 21.
- Hamilton, Sarah. 1998. *The two-headed household: Gender and rural development in the Ecuadorean Andes*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Hernández, Luis Alberto. 2018. “Transformaciones culturales y económicas en los territorios rurales. Efectos de la maquila de confección en el Valle de Tehuacán: Un análisis socioterritorial. Estudios Sociales”. *Revista de Alimentación Contemporánea y Desarrollo Regional* 28, n.º 52: 1-26. <http://dx.doi.org/10.24836/es.v28i52.568>
- Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INEC). 2020. Directorio de empresas y establecimientos (DIEE). <https://www.ecuadorencifras.gob.ec/informacion-de-anos-antteriores-directorio-de-empresas/>
- . 2020. Encuesta Nacional de Empleo, Desempleo y Subempleo (ENEMDU). <https://www.ecuadorencifras.gob.ec/enemdu-anual/>
- Jaramillo Cisneros, Hernán. 2010. “Vista panorámica de la artesanía textil en Otavalo”. *Revista Sarance*, n.º 26: 29-54.
- Jaramillo Cisneros, Hernán. 2021. “Apuntes sobre la artesanía textil de Otavalo”. *Revista Sarance*, n.º 11 (mayo): 11-20.
- Jaramillo Cisneros, Hernán. 2021. “El Trabajo Textil De Peguche”. *Revista Sarance*, n.º 23: 41-59.
- Korovkin, Tanya. 2002. *Comunidades indígenas, economía del mercado y democracia en los Andes ecuatorianos*. Quito: Centro de Investigación de los Movimientos Sociales del Ecuador (CEDIME) y Abya-Yala.
- Kyle, David. 2001. “La diáspora del comercio otavaleño: Capital social y empresa transnacional”. *Revista Ecuador Debate* n.º 54: 85-110.

- La hora. 2017. Comerciantes textiles del Mercado Copacabana de Otavalo celebran aniversario. Otavalo
- Comerciantes del Copacabana protestan por el ingreso de nuevos vendedores. 2017. *La hora*, 15 de febrero. Acceso el 25 de marzo del 2024.
https://www.lahora.com.ec/noticias/comerciantes-del-copacabana-protestan-por-el-ingreso-de-nuevos-vendedores/#google_vignette
- Lebret, Iveline. 1981. *La vida en Otavalo en el siglo XVIII*. Otavalo: Instituto de antropología Otavaleño.
- López, M., Salles, V. y Tuirán, R. 2001. “Familias y hogares: pervivencias y transformaciones en un horizonte de largo plazo”. En *La población de México. Tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI*, coordinado por José Gómez y Cecilia Rabell, México: Fondo de Cultura Económica (FCE).
- Males, Luis. 2012. “De artesanos a la empresa familiar”. En *Interculturalidad: un acercamiento desde la investigación*, coordinado por Anita Krainer y Martha Guerra, 77-97. Quito: FLACSO Ecuador.
- Martínez, Luciano. 1996. *Familia indígena: cambios socio demográficos y económicos*. Quito: Secretaría General de Planificación y FNUAP.
- Martínez, Luciano. 2002. *Economía Política de las comunidades indígenas*. Quito: ILDIS, Abya Yala, Oxfam, FLACSO.
- Martínez Luciano y Lissa North. 2009. *Vamos dando la vuelta” Iniciativas endógenas de desarrollo local en la Sierra ecuatoriana*. Quito: FLACSO Ecuador.
- Martínez, Luciano. 2013. “La Perspectiva Local-Global En El Medio Rural Ecuatoriano”. *Íconos - Revista De Ciencias Sociales*, n.º 24: 89-99.
<https://doi.org/10.17141/iconos.24.2006.149>
- Meier, Peter. 1984. “Cambio y continuidad en la producción doméstica campesina: los hilanderos y tejedores de Carabuela” En *Campesinado y tecnología*, 84-105. Quito: Ecuador Debate.
- Meier, Peter. 1985. “Los artesanos textiles en la región de Otavalo”. *Revista Sarance*, n.º 10: 127-147.
- Meier, Peter. 1996. *Artesanos campesinos: Desarrollo socioeconómico y proceso de trabajo en la artesanía textil de Otavalo*. Quito: Banco Central del Ecuador.
- Méndez, Jimena y María Ávila. 2019. “Tejedoras, bordadoras y armadoras en Yucatán: nuevas y antiguas clases trabajo en casa”. *Íconos - Revista de Ciencias Sociales* 23, n.º 65: 155-178.
- Mies, María. 2019. *Patriarcado y acumulación a escala mundial*. Traducido por Paula Martín Ponz y Carlos Fernández Guervós. Madrid: Traficante de sueños.
- Mintz, Sidney y Eric Wolf. 1950. “An Analysis of Ritual Co-parenthood (Compadrazgo)”. *Southwestern Journal of Anthropology* 6, n.º 4: 341-368.
- Nari, Marcela. 2002. “El trabajo a domicilio y las obreras (1890-1918)”. *Razón y Revolución*, n.º 10: 1-13.
- Narotzky, Susana. 1988. *Trabajar en familia: mujeres, hogares y talleres*. Valencia: Ediciones Alfons el Magnánim.

- Narotzky, Susana. 2001. "El afecto y el trabajo: la nueva economía, entre la reciprocidad y el capital social". *Archipiélago, Cuadernos de crítica de la cultura*, n. ° 48: 73-77.
- Norverto, Lía. 2021. "Aportes de los estudios de género en el mundo del trabajo". En *Redes Vitales. Trabajo, relaciones de género y gestión en la vida en la Pampa contemporánea*. Buenos aires: Teseo.
- Ordoñez Charpentier, Angélica. 2008. "Migración transnacional de los kichwa Otavalo y la fiesta del Pawkar Raymi". En *Al filo de la identidad: La migración indígena en América Latina*, 69-90. Quito: AECID, UNICEF TACRO y FLACSO Ecuador.
- Organización Internacional del Trabajo (OIT). 2022. El trabajo a domicilio. De la invisibilidad al trabajo decente.
https://www.ilo.org/sites/default/files/wcmsp5/groups/public/@ed_protect/@protrav/@travail/documents/publication/wcms_765898.pdf
- Ortiz Santiago, Andrés Ortiz, Julio Paredes y Miriam Córdova. 2020. "Teletrabajo: un análisis normativo en la legislación ecuatoriana". *Universidad, Ciencia y Tecnología* 24, n. ° 106: 20-26. doi: 10.47460/uct.v24i106.391
- Palacios Rosario, Isadora Levy y Daniela Urbina. 2015. "Identidad y trabajo informal a domicilio: la experiencia de cuatro mujeres chilenas". *Revista Cubana de Antropología Sociocultural* 7, n. ° 7: 92-100.
- Paredes, César. 2010. "Clusters y desarrollo local: El caso del distrito textil en Atuntaqui". *Eutopía - Revista de Desarrollo Económico Territorial* n.º 1: 101-112.
- Parsons, Elsie. 1945. *Peguche, Canton of Otavalo, Province of Imbabura, Ecuador. A Study of Andean Indians*. Illinois: University of Chicago Press.
- Peiró, María. 2005. La organización doméstica en el marco de las estrategias familiares de reproducción en la pobreza: el caso de las unidades domésticas del barrio La Unión. Trabajo final de grado. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. <https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.519/te.519.pdf>
- Pellegrini, Mariana. 2019. "Aproximación a las condiciones laborales del trabajo textil a domicilio marplatense y su lugar en la cadena de valor de la industria". Comunicación presentada en II Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina, 28-29 de marzo de 2019.
- Pérez, Abel. 2006. "El trabajo femenino en torno al diseño de ropa: significados y prácticas". *El Cotidiano* 21, n.º 135: 78-88.
- Perrot, Michelle. 2009 (2011). *Historia de las alcobas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Prieto, Mercedes. 2015. *Estado y colonialidad. Mujeres y familias quichuas de la Sierra del Ecuador, 1925-1975*. Quito: FLACSO Ecuador.
- Prieto, Mercedes y María Isabel Miranda. 2018. "Travesías del cuidado de la niñez indígena en Ecuador". En *Experiencias y vínculos cooperativos en el sostenimiento de la vida en América Latina y el sur de Europa*, editado por Cristina Vega, Raquel Martínez Bujan y Myriam Paredes, 233-253. Madrid: Traficantes de sueños.

- Ramos, Teresa. 2004. "Arterasanas y artesanías: indígenas y mestizas de Chiapas construyendo espacios de cambio". *LimiaR - Estudios Sociales y Humanísticos* 2, n.º 1: 50-71. doi: <https://doi.org/10.29043/liminar.v2i1.143>
- Resinas, Saúl. 2017. "La entrevista como relación social: reflexiones en torno a los efectos de una herramienta sociológica". En *Sociología etnográfica*, coordinado por Victor Payá y Jovani Rivera, 195-226. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Estudios Superiores Acatlán.
- Rivera, Fredy. 1988. *Guangudos: identidad y sobrevivencia. Obreros indígenas en las fábricas de Otavalo*. Quito: Centro Andino de Acción Popular.
- Roberti, María Eugenia. 2012. "Rupturas y subjetividades: un acercamiento a la perspectiva de las Trayectorias Laborales". *Trabajo y Sociedad* 15, n.º 18: 267-277.
- Román Patricia, Mauricio Padrón y Telésforo Ramírez García. 2009. "Revisión teórico conceptual de la familia". XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología.
- Rubalcava, Rosa María y Vania Salles. 2001. "Hogares pobres con mujeres trabajadoras y percepciones femeninas". En *Pobreza, desigualdad social y ciudadanía*, compilado por Alicia Ziccardi, 245-270. Buenos Aires: CLACSO.
- Salgado, Paula y Carpio Jorge. 2017. "Superexplotación, Informalidad y Precariedad: Reflexiones a partir del trabajo en la industria de la confección". *Estudios del trabajo*, n.º 54: 55-89.
- Sandoval, Antonio. 2007. "Trabajo infantil e inasistencia escolar". *Revista Brasileira de Educação* 12, n.º 34: 68-80. doi: <https://doi.org/10.1590/S1413-24782007000100006>
- San Félix, Álvaro. 1988. *Monografía de Otavalo - Volumen I*. Otavalo: Instituto de Antropología Otavaleño.
- Sara-Lafosse, Violeta. 1982. "El Trabajo a Domicilio: Antecedentes generales y análisis del caso de los confeccionistas". *Debates En Sociología*, n.º 7: 83-98. doi: <https://doi.org/10.18800/debatesensociologia.198201.004>
- Scott, Joan. 1996. "El Género: una categoría útil para el análisis histórico". En *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, compiladora Marta Lamas, 265-302. México: PUEG.
- Subía, Andrea. 2018. "Análisis del tratamiento en Ecuador de la trata infantil con fines de explotación laboral durante el periodo 2008 al 2017". Tesis de maestría. Instituto de Altos Estudios Nacionales. https://rraaecedia.edu.ec/Record/IAEN_0dc52f0403d42b26282c7e233f81819b
- Tomei, Manuela. 1999. "El trabajo a domicilio en países seleccionados de América Latina una visión comparativa". Santiago de Chile: Organización Internacional del Trabajo.
- Torres, Alicia. 2004. "El Espejismo de la Igualación: Comunidad, Clase y Etnia en la Emigración de los Kichwa Otavalo". Ponencia presentada en el IV Congreso sobre la Inmigración en España. Ciudadanía y Participación, Girona.

- Torres, Alicia. 2005. "De Punyaro a Sabadell... la emigración de los kichwa Otavalo a Cataluña". En *La migración ecuatoriana Transnacionalismo, redes e identidades*, editado por Gioconda Herrera, María Cristina Castillo y Alicia Torres. Quito: FLACSO Ecuador.
- Zelizer Viviana. 2008. "Dinero, circuitos, relaciones íntimas". *Revista Sociedad y Economía* n.º 14: 7-30.
- Vallejo Janeth y Juan Rodríguez. 2018. "Pluriactividad del trabajo femenino: recurrencias y transiciones. Un estudio de caso en Tlaxcala". *Cultura, hombre y sociedad* 28, n.º 1: 10-33.
- Villalva Natalia y Taña Escobar. 2018. "La metamorfosis social de la moda: de camino hacia el mapeo de empresas de moda sostenible en Ecuador". *INNOVA Research Journal* 3, n.º 10.1: 288-299.
- Weeks, Kathi. 2020. *El problema del trabajo. Feminismo, marxismo, políticas contra el trabajo e imaginarios más allá del trabajo*. Madrid: traficante de sueños.